

YAMANDÚ RODRIGÜEZ



P28519. R47. C3  
**CANSANCIO**  
(CUENTOS CRIOLLOS)  
**HUALLPA TUPAC**

Precio del ejemplar

\$ 2,000

1927

Impreso en los talleres de la "Federación Gráfica",  
BUENOS AIRES

C. 212.970

Comfia Bore 27-VI-66

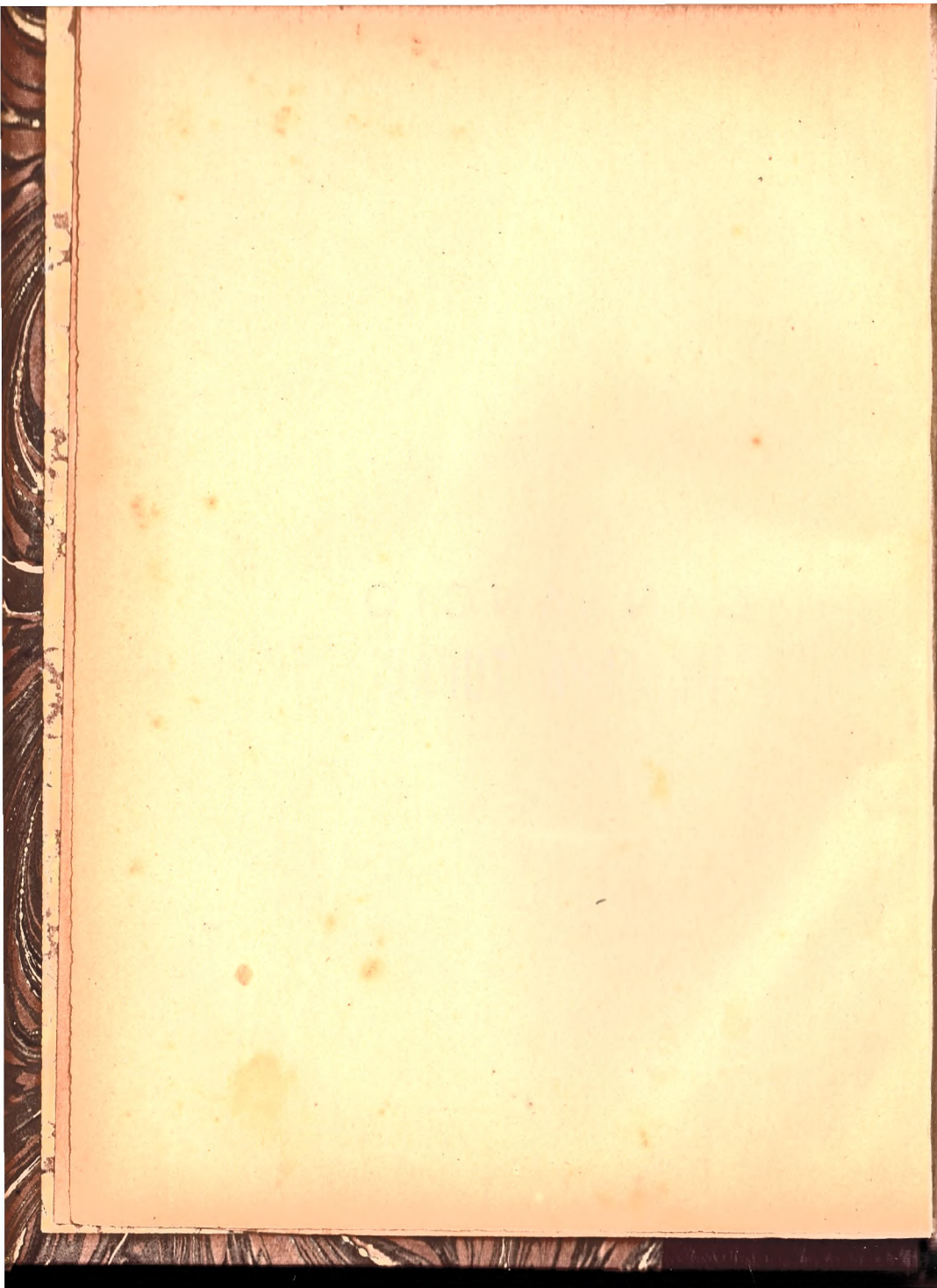
770.00

12/35.669



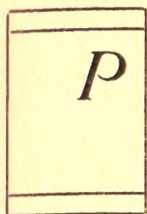


CANSANCIO  
HUALPA TUPAC





## Flor de Cerco



EDRO!

—¿Quién and'ay?

A través de la puerta se oyó un sollozo.

—Soy yo... Nicolasa... ¿puedo dentrar?

—¡Mi novia!... ¿Qué ha pasao?

¿Qué te trujo?

Se tiró de la cama; corrió hacia la puerta, la iba a abrir, pero se acordó que estaba en paños menores. ¡Cómo recibir así a su prometida! Los dos se respetaban. Su noviazgo era uno de esos idilios con muchos suspiros y pocos besos. La hospitalidad no le permitía dejar a su Nicolasa bajo el sol, mientras él se vestía y la impaciencia, casi angustiosa, de saber la causa de aquel sufrimiento le inspiró un recurso.

—¡Aguardá un poco, prienda... tené pacencia un ratito nomás!

Volvió al lecho, se acostó, estiró el poncho para que le cubriese los pies, miró el aspecto de la cama y echando un cojinillo sobre la boca indiscreta del vichará:

—Aura sí — le gritó, — empujá la puerta...

YAMANDÚ RODRIGUEZ

Allegate ñatita... ¿qué tenés? Contame...

La muchacha traspuso la entrada, se recostó al marco de la puerta y allí, con las dos manos sobre la cara morena, se puso a llorar.

En vano Pedro la llamaba; en vano le estiró los brazos desde la cama donde le retenía el respeto; inútilmente el mozo enviaba a su encuentro razones llenas de mimo, consuelo, ternura: pedíale que le mostrase su cara morena, la nariz respingada como "refalón" de carpincho, la boca corta y gruesa. Todo era inútil. Nicolasa no tenía más que ojos para llorar y manos para ocultar sus ojos.

—Mi novia, sea güenita; no llore ansina... Hable, ¿se enfermó su vieja?

La muchacha no respondía. Ahora había apoyado la nuca en los terrones y la luz del exterior le iluminaba las trenzas deshechas, las caderas angostas y el seno fuerte que temblaba a cada sollozo. El cachorro barcino del novio la miraba con la cabeza medio inclinada, ya no sacudía la cola como cuando salió a recibirla.

Pedro sintió que aquella pena lo ganaba y su orgullo de macho, reseco, cerró los puños para que el dolor, desde las manos no pudiera subírsele a los ojos. Entonces la increpó duramente como quien da un remedio amargo con la esperanza de causar alivio.

—Güeno, ¡basta e llanto! Hablá ya... ¿no ves que me augo estaquiao en la cama? Colijo que solo una disgracia muy grande te pudo arriar has-



## FLOR DE CERCO

ta mi rancho... Sé que si dentrás aquí, como novia, es pa llorar ¿querés verme enojao?

Pero el resentimiento del paisanito hizo arrear las lágrimas que pretendía enjugar. ¡Era la primer vez que le gritaba! Se arrepintió. Nunca tuvo para su chinita más que dulzura; ¡pero esa siesta ella lo puso muy nervioso! Indignado, guardó silencio. Buscó palabras cortas y suaves para llamarla. ¡Qué bienvenida humilde le hubiera dado, perfumada en romero, a la antigua; mas lo había tomado de sorpresa la llegada de un cariño tan grande a su rancho tan chico!

—¡Pobrecita, mi dueña, pobrecita! Perdonáme... llorá nomás; lavá tu pena. Estás en tu casa, mi novia... Hacé lo que querás. ¡No hay custión que no tenga acomodo en el mismo pecho; al principio nos asustamos, nos parece que no; cuando queda muy grande una disgracia la mojamos con el llanto pa que resfale y quepa en l'alma! Yo estoy aquí tragando saliva pa hacer pasar tu disconsuelo. No me rispondás... He de hablarte muy suavito, dende lejos, mimandoté... Hallo que, a Dios gracias, estás viva; yo tamién y ¡entonces, no hay que desesperarse!...

Sus palabras finales le dieron miedo. Había algo más que la vida para ellos, sí: era la fe en los dos. Ese respeto los hizo novios. Nicolasa era la mujercita más pura de todo el pago. No había mozo que no la hubiese "cortado" en un rincón de baile, codiciando permiso para hacer noche en sus ojos. Chúcara, saltaba los alambrados de las



YAMANDÚ RODRIGUEZ

guitarras, en las serenatas; defendía sus flores como el aroma, con las espinas. Contestaba el requiebro con el sarcasmo, las procacidades a puñetazos y el suspiro con un apretón de manos en aparcera, en paisana; pero nada más. Se cuidaba sola mostrando los dientes para burlarse o para morder. Cuando no pudo despreciar ni agredir, en los pocos casos donde, tranquera por medio, le pidieron respetuosamente un mate amargo y una esperanza, ella borraba a la chinita para avanzar en amigo y evitando causar un desengaño aseguró siempre su derecho a querer y a casarse. Pedro, el puestero del cardal, llegó una vez al rancho aquél, aislado de la estancia, donde entre tientos de malvón y abrazos de madreSelva, Nicolasa pasaba los días mirando el cercano camino, mientras la vieja lavandera pastoreaba una majada de ropas en asoleo. El puestero del cardal la miró mucho y le habló poco y desde lejos, como ella quería; le pareció que los ojos de aquel hombre le pedían permiso para detenerse en su cara. Comparó esa dulzura con la malicia que brillaba en las pupilas de los peones, cuando la desnudaban y la hacían cubrirse los senos con los brazos cada vez que por necesidad cruzó cerca de los galpones. Sólo Pedro le cantó a sus manos cuando para defenderlas, le picaba leña, ataba los terneros y llevaba por ella los baldes. Una tarde esas manos se encontraron unidas y al notarlo, entre los dos repartieron un solo rubor y los dos se apartaron sin decirse palabra, torturando ella su delantal

## FLOR DE CERCO

y él la copa del chambergo. Pronto harían dos años que empezaron a quererse, que eran novios y estaban "pa casarse". El, allá, en el puesto, había amontonado peso sobre peso y compró la cama y la cómoda; ya tenían sus muebles; faltábale muy poco para completar la suma destinada al cura y al juez. Nicolasa estaba por concluir los bordados del ajuar. Ahora la vieja los dejaba solos, ¿para qué hacerle "sala" a un mozo tan varío? Era el único hombre tal como Nicolasa soñó. Poco a poco ella arrimó su silla a la de Pedro, le abrazó para hablarle y juntó sus rodillas a las de él cuando hacían cunitas con un tientito. Él parecía no apreciar esas confianzas porque bajaba entonces los ojos y con cualquier pretexto se iba hacia la puerta, armaba un cigarrillo luego de romper dos o tres chalas y poníase a fumar mientras le hablaba con impaciencia del casamiento.

¿Qué pena le esperaba escondida tras ese llanto de la ñata?

Nicolasa dejó caer los brazos. Tenía la cara pálida, las trenzas deshechas y los ojos chiquitos como si se los hubieran gastado las lágrimas. Ahora, pequeña por el dolor, sacudía la cabeza, hama-cándose en una sola palabra repetida:

—¡Mama... mama!...

Luego, estiró una mano y entornó la puerta hasta que el rancho quedó a oscuras. Allá afuera, las chicharras le cantaban al sol.

—Eso es, mi novia, en l'oscuro te hallo mejor. Siempre te veo ansina. Todos los que queremos



*YAMANDÚ RODRIGUEZ*

mucho semos amigos e' la noche. ¡Cuesta más recordar entre la luz! Yo, siempre, después de anochecido te hablo como si ya estuviésemos acollaraos, y vos estuvieses aquí. Vos no me rispondés nunca... ¡Claro! no estás... Aura, esta siesta, en medio'el sueño, llegaste. Siempre cuando me despertaba te juías y era como si te escuendieses... ¿sabés? Porque al agacharme sobre la palangana estaba tu carita en l'agua, yo metía las manos pa agarrarte y ya saltabas del agua hasta mis ojos y te díbas conmigo a todas partes, a recorrer los alambreros, a picar leña, a ensillar el cimarrón... ¡Más chúcará es mi novia!

—Pedro, ya no puedo llorar más...

—Más mejor es así... Allegate...

—Aura sos mi amparo, Pedro; cerré la puerta pa que no me mirés. Tengo miedo e tus ojos... Dejáme así, como si estuviese ciega. Juntaré coraje pá contarte todo.

Se acercó a la cama, tropezó con el recado del prometido, lo arrastró hasta la cabecera del lecho y se dejó caer sobre los cojinitos. El le acarició en silencio los cabellos lacios, de los cabellos bajó la mano hasta las mejillas, la retiró mojada en llanto y se besó la diestra.

—No llores más, mi vida...

—Tengo un sueño tan grande, aura... Me he quedao tan deshecha... Oíme, mi cariño, nunca me vide tan chiquita como aura... Defendéme... ¿Sabés?... Jué después del almuerzo, mama se jué al arroyo con el lavao. Yo terminaba mi que-

## FLOR DE CERCO

hacer, me había sacao la ropa y estaba pa ses-tiar, cuando ladró mi cuzco. Me arrimé a vichar: por el camino entre polvo y chillidos y gritos: "¡Novillo!" "¡Novillo!", comenzaba a querer aso-mar una tropa. En seguida golpearon las ma-nos...

—¿Por qué no te encerraste?

—Me hacés llorar otra güelta... Pedro... ¡por qué no me encerré!

—Güeno, mi novia, güeno... ¿Qué era?

—No sé... Desde adentro pregunté qué que-rían... De a caballo, uno, me pidió agua. Juí a la tinaja, llené la guampita labrada, abrí apenas la ventana, escondiendo la cara, saqué un brazo y le dí. El tropero me agarró la muñeca. ¡Pegué un grito, Pedro! Empujó la ventana, me vió desnuda... le miré los ojos... Y grité, grité tan raro que mi cuzco aulló... ¡Naide vino a defenderme!

El novio, sudoroso, incorporado a medias, mal cubierto ahora bajo el poncho, la había tomado por un brazo y lo oprimía brutalmente. Haciendo esfuerzos para que la pregunta se abriese paso en-tre los dientes apretados, le gritó:

—¿Y después?

—¡Pobrecita yo! Después corrí y él saltó pa dentro...

Pedro tuvo que oír toda la escena. Lucharon en silencio, ella a arañones; el bruto a zarpazos. Se revolcaron juntos, debajo de la cama, aferrán-dose la pobre con un pie a cada silla que se venía al suelo. Una mano sofocaba sus gritos y ella



YAMANDÚ RODRIGUEZ

hizo presa en uno de los dedos y sacudía la cabeza para cortarlo, entre un ronquido de perra, hasta que el canalla la apartó de un puñetazo en un seno. Estaba desmelenada, jadeante, roja de sangre la boca y las manos, lleno de babas el cuello...

—Mi pobre chinita, se jué entonces, ¿no es cierto? ¿Se jué él entonces?, decime que se jué...

—¡No! Se me abalanzó otra güelta; esta vez con el mango del talero me pegó mucho en la cabeza ¡muy juerte, Pedro! Caí... ¡Naide dentró a salvarme!... ¡Naide!...

Pedro se volvió, mordía la almohada para no sollozar, y sollozaba.

—Me ricordé en el suelo... Todo estaba lo mismo... como si no hubiese pasao nada ni naide..., la cama allí, las sillas caídas... Mi rancho amigo no se había tirao al suelo pa aplastarlo, ¡lo dejó salir! Desde el suelo sentí galopiar un caballo y después hombres que se raiban, y gritos que se jueron lejos... "¡Novillo!"... "¡Novillo!"... ¡Dejame llorar!...

Silencio. El barcino metió el hocico por la rendija de la puerta y salió.

—¿Cómo era? Vos debés saberlo... Dibujameló... ¡Tenés que ricordarlo! ¡Dibujameló... te digo!

—No sé, no sé, tengo miedo e verte ansina... ¡me lastimás!

Pero no se apartó de aquella mano que la torturaba.

## FLOR DE CERCO

Pedro, vencido también, se dejó caer sobre el colchón.

—Yo no sé. Era un hombre, Pedro... tenía la sangre salada; los ojos llenos de asco, la boca blanca e'baba, ¿por qué me hizo eso? ¡Yo le había dao agua!... ¡No lo conocía tan siquiera! Me tenía odio nomás... Yo era una pobre mujercita que le había dao agua... Ayúdame vos a echarlo e mí... Cierro la vista y él está aquí, con los ojos de asco... Yo no quiero que se quede.

Mientras la chinita hablaba, quejumbrosa, el prometido se llenaba de odio. Vió todo su noviazgo pisado por una tropa. Había puesto su ilusión en un ranchito, cerca del camino, y un forastero cualquiera se la robó de paso, como una flor de cerco... Era inútil entonces cuidar un cariño. Inútil la fe, el respeto, la lucha de todas las noches con el instinto; la renuncia a todo cuanto ambicionaba para poder ahorrar vicios y dinero y llevar un juez y un fraile a santiguar el casorio. ¿Todo para qué?... Ahora su Nicolasa era como las otras. Un bestia la había dejado manchada de barro, de babas y de sangre. Ya no servía para el casorio...

—¡Ya ves qué pobrecita soy! Me duele todo... Naide sabe esto; naide, ni la misma mama. A ella no se lo contaría; a vos, mi novio, sí... ¡Sos tan güeno, Pedro! ¡Cualquier otra mujer se hubiese callao; yo tuve miedo que la vieja, al saberlo, no me dejase llegarme a decirteló! Y vine, juída, a pie, trompezando bajo el sol... Vos no sos como



## YAMANDÚ RODRIGUEZ

esos brutos, vos no sos de esa laya de mugrientos que lastiman disgraciadas... Semos dimasiao güenos pa no penar, ¿no es cierto? Una perra dispara; una yegua pateo; la vicha más ruin que no tiene vergüenza está defendida... ¡la mujer güena, no!...

Se levantó lentamente, se inclinó sobre el novio y buscó con los ojos suyos, enrojecidos, la mirada del hombre amigo que se obstinaba en callar ahora.

—Habláme, mi cariño... ¡Si vieras aura, después de contarte todo, qué aliviada me hallo! Ya no tengo cortedá; la vergüenza es pa las chinas que se entriegan; pa esas que no creen en l'alma... L'alma no se juerza, ¿no es cierto? Yo no me ablandé, mi dueño, ¡me quebraron! Pensaba en vos, en que soy honrada, en que seré tuya después del casorio y pelié como un macho, como si jueses vos quien peliaba y me quedé con carne del carancho en las uñas y en los dientes y me tuvo que dismayar pa insultarme...

El la interrumpió:

—¡Maldito cachorro, dejó la puerta abierta! Andá, Nicolasa y la cerrás.

Ella fué despacio; obedeció, contenta de poner unas tablas entre su recuerdo y aquella luz de la siesta que la vió caer. Cuando se acercó de nuevo al lecho, Pedro no se había movido.

—No quiero que pensés más en aquello, mi amor... Traéme a mí tus ojos dulces... No recordés nada... No recordés nada. Tenés razón,

## FLOR DE CERCO

estamos vivos vos y yo, a Dios gracias. Yo tengo mi amor por vos bien limpio. Aura me güelvo a casa, a llorar un poco; pero a coser mucho, me queda algo de nuestro ajuarcito entuavía..., faltan como dos días pal domingo... Pero no me voy de aquí hasta que no me digás unas palabras dulces, tristonas, no importa...

Como él no respondió, Nicolasa se puso de rodillas a un costado del lecho, y pequeñita, llena de mimos y de fe:

—Me duelen las rodillas — dijo — pero ansina e de estar hasta que me acariciés...

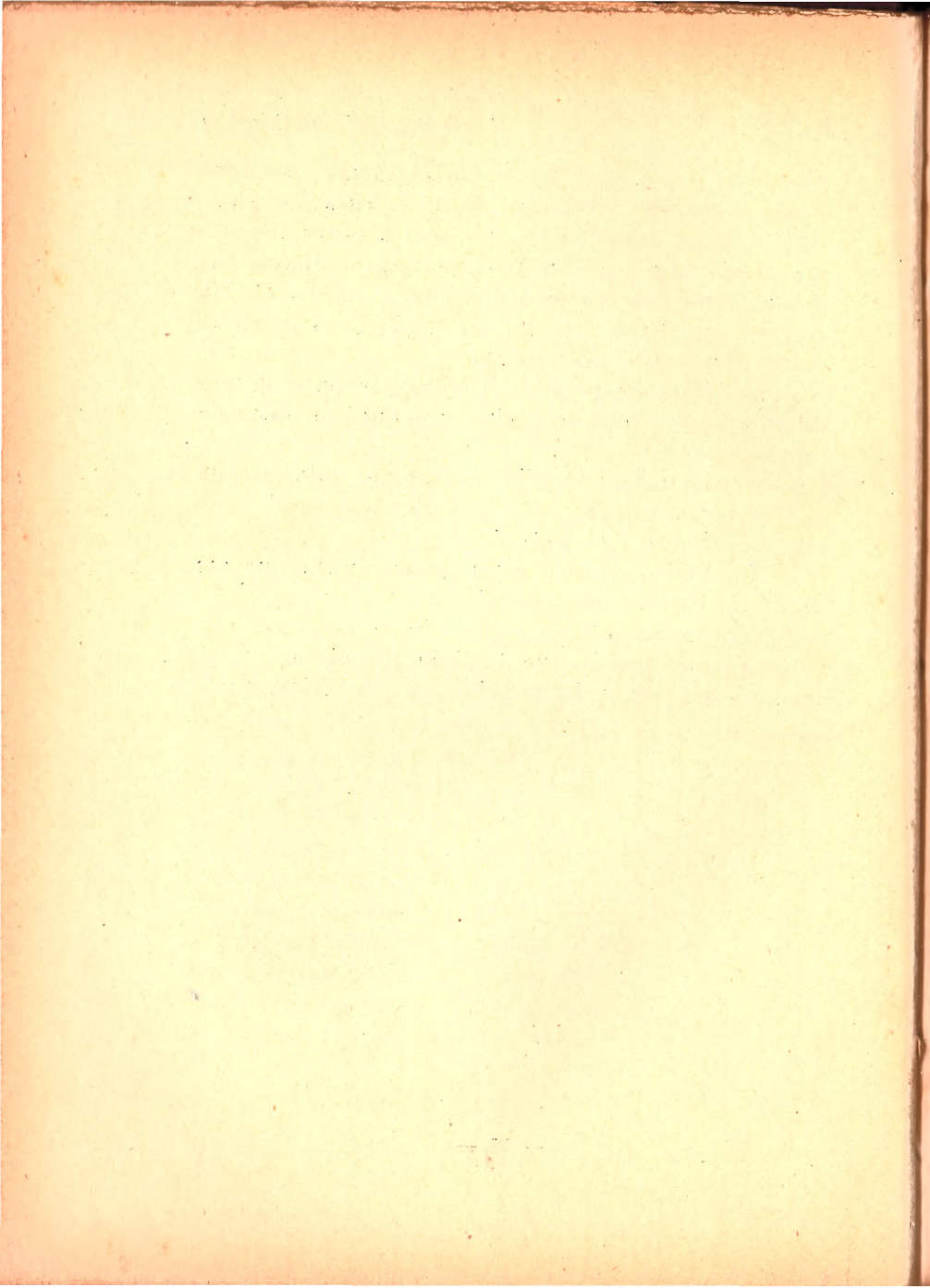
—Levantáte, Nicolasa.

—No, Pedro; quiero estar ansina hasta que me digás un cariño, un consuelo, un perdón.

El, entonces, se hizo a un lado de la cama.

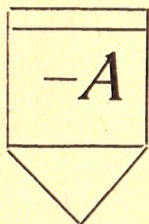
—¿Y qué querés que te diga, Nicolasa?... — levantó una punta del poncho. — ¡Acostáte, pues!





esto:

## Cansancio



ARRIBA, cabo Benítez!... El subcomisario ya puso los caracuses de punta.

Despierta el clase, manotea una bota y la arroja a otro milico. Este abre un ojo, rezonga y empieza a sentarme en su tarima.

—Maliceo — continúa el “puerta” — que don Escayola va a poner todo esto patas arriba...

—¡Es cierto que se llama así!... ¡Degüélvame mi bota, pues, Peralta!

Por no agacharse, el aludido se vuelve al “rancho”.

—Gurí, ¿no ois lo que te pide el cabo?

Benítez bosteza trazando una cruz sobre la boca y aprovecha aquella mano ya levantada, para sacar un pucho de trás la oreja.

—¡Dese prisa, cabo!

—¡Oh! El sucomisario ricién madruga y ya está apurao. Yo llevo cuarenta años de melico y he llegao a cabo sin apriesurarme mucho... ¿Trais u no esa bota, muchacho?

—Ya viene llegando — contesta el gurí, que



*YAMANDÚ RODRIGUEZ*

para cumplir la orden y ahorrar dos pasos, se echa sobre un dormido.

—¡Epa, haragán! — óyese borrosamente. — ¡Pucha, que son disconsideraos con un hombre que se acostó a las siete pasadas!

—Viene el día, Camejo, levantesé!

—Güeno, cabo... ya voy. — Se volvió y siguió roncando.

Entre el personal de la subcomisaría de Ñandú Culeco no se registra caso de diligencia semejante. ¿Quién la causa? El nuevo jefe, don Carlos Escayola, hombre joven, enérgico y porfiado. Había llegado la tarde anterior. Sin conocerlo aún amaba al pago, la oficina y los criollos. Al arribar, se encontró con una casucha de ladrillos desnudos que cubrían su rubor tras un escudito abollado. Delante de la puerta, un palenque; delante del palenque, un milico; delante del milico, un mate. Allí cerca, varios ranchos agachados. Caía la tarde; caían los aleros; caían los párpados del "puerta". El camino ya se había acostado. El personal también. Junto al patio, bostezaba un horno. Nadie salió a recibirlo y tuvo que entrar solo en la "Mayoría". Allí lo esperaba un gringo que le dió la mano en silencio, después ~~va~~ a la pipa, luego se levantó y se fué.

—"¡Puerta!" — llamó. — ¿Quién es ese hombre?

—Don Pietro, el de la tahona, señor. Y usted, ¿quién es? y disculpe.

—El subcomisario Escayola.

—¡Ah, lo maliceaba!...

Aquel apretón de manos había sido una bienvenida. ¡La única! Acercó la silla que ocupara el gringo, le pasó un brazo sobre el respaldo, y junto al amigo Pietro se puso a hojear los libros de la comisaría. Empezó por contar hasta veinte permisos acordados en un mes para celebrar carreras y bailes.

—La sección es alegre; pero la temo bravía — pensó. Por su empleo sabía que la muerte va enançada a las reuniones. Buscó el charco de sangre tras las rejas de los boliches, bajo las verbenas trilladas por los bailarines, entre el polvo que levantan los parejeros; hoja por hoja escudriña sus querencias y no consigue encontrarlas. Según aquellos libros, en el pago no ocurren duelos, ni incidentes, ni escándalos. En cambio, no pasa página sin contarle una desgracia casual: Aquí, son dos paisanos que chocan en un camino, muriendo ambos de sus resultas. Luego, un mocito se “vande” una oreja de un tiro “escapao”. Después son peones lastimados “de arma blanca”, por caídas en el rodeo. Casi siempre trátase de dos accidentes ocurridos en el mismo campo y día.

—Es indudable — pensó — que, por lo menos aquí, las desgracias nunca vienen solas.

Apenas un delito por abigeato se había cometido en el correr de la semana. Su autor era Josefo Baigorra; su denunciante, don Pietro; la víctima, una oveja. A pesar del celo policial, el tal Baigorra seguía en libertad. Luego de saber todo esto, Es-



*YAMANDÚ RODRIGUEZ*

cayola consultó su reloj; vió que el de la oficina atrasaba; fué a su dormitorio haciendo ruido con el sable, y lo chistó una lechuza.

Esta mañana se ha levantado limpio de melancolía. Va a pasar la primera "lista".

El cabo Benítez y casi todos los milicos ya están alineados en el patio. Escayola los examina con ternura. Sus policianos tienen las piernas arqueadas, las ropas desteñidas y los bigotes gachos. Aquellos bigotes tan iguales le parecen otra prenda del uniforme.

—Cabo Lucio Benítez — lee.

—¡Presiente!

—José Camejo.

Nadie contesta. El comisario insiste.

—No lo pude ricordar, señor, por más que hice... Como se acostó a las siete pasadas, ha discansao tan poco, mesmo, que lo dejé roncar.

—Veamos, clase: en la revista deben figurar quince hombres. Aquí se presentan seis. ¿Dónde están los que faltan?

—¡Y... vaya uno a saber!

A Benítez no le gusta comprometerse. El no es indagador ni curioso.

Escayola todavía consigue dominarse. Cree soñar todo aquello.

—Quien puede que sepa algo al rispesto es mi compadre el guardia cevil Peralta; es muy comedido, comesario. ¡Llameló!

Avanza un tape bajito y ventrudo que luce una

frente tan ancha como un meñique y unas cejas tan anchas como la frente.

—Queda usted nombrado mi asistente — le dice.  
— Lo necesito muy comedido. ¡No lo olvide! ¡Vaya a ensillar mi caballo y el suyo!

Entonces, Escayola se vuelve al personal y lo arenga. Dice que el de Ñandú Culeco es un cansancio histórico, nacido después de los siete trabajos gauchos. El criollo, les explica, al empezar trenzó un lazo, domó un potro y achicó el desierto. Para vestirse desnudó el yaguareté, cortó la paja más brava para poblar. Se sienta entre los cuernos de los toros cerriles. Carga una china descargando un trabuco; lame sus heridas mientras espera al hijo, y cuando éste llega, un pampero le ha llevado el rancho y un chimango al padre. Tiene que empezar a su vez, y su vida y la de su estirpe se gastan entre clinudos, espinares y colmillos. Así, durante mucho tiempo. Hasta que una mañana, despierta, monta en su flete y se lo manca un alambrado, saca el facón y se lo envaina un código. Por primera vez se sienta, y entonces a su espalda levántanse tres siglos de fatiga que salen de un cojinillo caído, hacen pie en el gavilán de su daga, trepan y se le acampan en la voluntad.

—Yo vengo, muchachos, a despertar ese hombre — les dice — a luchar contra las cosas suyas. Odio al naípe, a la vigüela que manca, al cimarrón, charquito de haraganería, donde chupan tantos varones rudos. En la capital me han asegurado que



## VAMANDÚ RODRIGUEZ

este pago tiene cien pulperías y una sola tahona. Remendaré la sección con muchos cuadrados de siembra. Por puntadas, como toda costura, poco a poco, curaremos la disciplina, el orden y los uniformes. Ustedes me ayudarán...

Mientras él sigue hablando emocionado, los milicos miran: uno, al suelo; este, un botón; aquel, una mosca.

—Les recomiendo, pues, puntualidad, energía y patriotismo. ¡Rompan filas!

Todos salen corriendo, entran en la cocina y se arrebatan las “pavas” calientes.

—¡Qué fácil es electrizar a los sencillos! — piensa el pueblero, mientras monta a caballo, seguido de Peralta.

Entre el humo del fogón, la milicada comenta el discurso del jefe.

—Cabo, explique, pues, las ricomendaciones del comesario...

—¿Qué? — pregunta el clase. — ¿Pero él nos ricomendó algo?

Ninguno aclara. Entre dos silencios ronca un cimarrón.

El segundo disgusto del día lo recibe Escayola frente al colegio.

—Peralta, ¿está cerrada la escuela?

—¿No la ve?

—¿No hay analfabetos aquí?

—Los habrá. Yo no he comprado nunca.

—¿No hay muchachos en el pago?

—Los hay... Sólo que si los gurises estudean, no ceban mate... Esa es la custión.

—¡El mate redondo y hueco ha matado al libro! — Cierra los puños y cierra las espuelas. Sofrena en la puerta de la tahona.

—Don Pietro, voy a llenar de mateadores los calabozos. Vine a saludarlo, y me voy a recetar siembras para aliviar esto. Tengo sangre vasca y energía de pueblero. Ya verá...

Galopan. La mañana está azul. Peralta, nublado.

—¡Pucha! — rezonga. — Un tipo como éste es una pulga entre la bota en día e'barro. Y lo pior es que nos va a mudar a todos. Por lo pronto, yo hacía dos meses que no ensillaba tanto caballo como hoy.

—¡Asistente! — le ruega. — ¡Haga el favor: despiértese, atuse esos bigotes, hable bien ligero! ¿Cuál es el vecino criollo más emprendedor?

—¿Más qué?

—¡Progresista!

—¡Ah!... Pa mi gusto es don Zacarías. ¡Tipo muy raro! Fijese que hará cosa de un año se empeñó en sembrar. La culpa jué de ese don Pietro... ¡Pobre don Zacarias! ¡El que era tan güena persona!

—¡No lo compadezca! ¡Hombres así animan los pagos!

—Ya lo creo, don Escayola. Los domingos, la casa d'él es un hormiguero. Se corrió la voz, ¿sabe? Y el paisanaje cae de leguas.





YAMANDÚ RODRIGUEZ

—¿A aprender?

—No, señor; a rairse. Es que es curioso mesmo mirar trabajar... Yo, a ocasiones, lo haría ver de un curandero a Zacarías... ¡Esa es la custión!

Se encaminan a casa de aquel emancipado. El "agringao" Zacarías los recibe a la antigua. Saluda sin establecer distingos. Es un viejo suave, tímido, lento. Entran en la cocina.

Sentado cerca del fogón, un hombre barbado contesta con un gruñido los "buenos días" de Escayola y continúa pelando a diente y cuchillo una costilla asada. Zacarías y Peralta ni lo miran; Escayola sí, mientras habla de sus proyectos. Nadie le interrumpe. Cuando el barbudo concluye de comer, abre su mano izquierda y deja caer el hueso; desvía luego la derecha lo suficiente como para que su cuchillo no se queme en las brasas y afloja los dedos. Luego se despereza, llega hasta la puerta y sale fatigado, a causa de tanto esfuerzo.

—Don Zacarías, quién es ese hombre?

—Es uno...

—¿Amigo suyo?

—No lo conozco. Llegó hace un mes, pidió pa hacer noche y se jué quedando. Duerme ahí conmigo.

—Pero, ¿qué hace? ¿Cómo se llama? ¿Qué es?

El dueño de casa parece resuelto entonces a asegurar algo.

—¿Qué es, pregunta? Vea, comesario, duerme de a veinte horas, y las otras cuatro, come de sentao. Pa mí, y esto no es más que un maliceo, ¿eh?

Pa mí, ese hombre es un poco haragán... El está de visita en mi casa y yo no debía pensar ansina...

—Dígame, ¿no será este sujeto un tal Josefo Baigorra?

—¡Qué esperanza! No puede llamarse así, comensario.

—¿Por qué?

—¡Por la pinta, pues!...

Es aquella indiferencia del "agringao", una tercera desilusión.

Se despiden. Peralta, que no ha pronunciado palabra durante la visita, pregunta en el camino:

—¿Pa ande vamos?

—A la comisaría. ¡Al galope! ¡Castigue!

Al verlos llegar, se nota gran movimiento. El "puerta" hasta guarda el mate en el bolsillo.

Escayola manda llamar al cabo. Enciende un cigarrillo, lo quema. Benítez llega despacio, se acoda en el palenque y cansa sus ojillos cerriles persiguiendo los paseos de su nervioso superior.

—¿Me ha llamao, don?

—¡Sí, cuádrese! Usted debe saber quién es un vago que se entró en lo del vecino Zacarías.

—¿Yo? — contesta el clase, ofendido. — ¡Yo que vía saber!

—¡Le prevengo que voy a repartir plantones! ¡Aquí todo se escurre! ¡Todo está ensebado menos las botas!

Benítez ha vuelto a recostarse.

—¡No se enoje, comisario! Tal vez mi compadre sepa de ese asunto... ¡No ve que él anduvo



*YAMANDÚ RODRIGUEZ*

e'facción por aquellos laos! — Se dirigió al compadre. — Che, Peralta, sin que esto sea comprometerse, ¿vos lo conocés a ese endevido?

—¡Claro que lo conozco! — le contesta, cruzando la pierna sobre el lomillo. — El tipo ese es Josefo Baigorra, pues. Yo lo agarré vez pasada en lo e'Martín Chico...

Escayola se le aproxima furioso.

—¿Y por qué no me dijo usted todo eso?

—No había pa qué. ¡Usté no me preguntó nada!...

Benítez, cachaciento, interviene.

—Dejeló seguir contando... Mi compadre le va a decir lo que pasó. ¡Seguí, che!

—Conque lo agarré al Josefo y le hallé en una bolsa el cuero que había abigeato en la tahona.

—¿Y cómo no lo trajo preso?

—Llovía mucho... esa es la cusión. Le propuse cambiarle el calabozo por unos palos. Acetó: se los dí y lo largué. ¡Pobre diablo!...

—¿De manera, señor guardia civil, que usted puede venir a almorzar, sabiendo que deja a un pobre viejo entregado a ese malhechor?

Peralta suelta la carcajada. Benítez lo imita.

—¡Don Zacarías! ¡Usté no lo conoce! ¡Cuanto se enoje, bonita paliza le pega al Baigorra! ¡Mirá por quién ta con susto, che Peralta! Sepa, don Escayola, que hará quince u veinte tardes, por unas risas con el asunto del sembrao, Zacarías hizo no una, ¡dos muertes!

¡Era posible! Escayola ha empezado a conocer

el pago y sus hombres. Sabe que por una ofensa, cualquiera de esos vecinos, el más holgazán, es capaz de todo. Por eso no duda del hecho; en cambio duda de haberlo leído en el registro policial.

—¡Repita eso, cabo! Las tales muertes, ¿ocurrieron en la sección?

—¡Claro!

—Y si es así, ¿dónde estuvo preso Zacarías?

Ahora es el clase quien se asombra.

—¡Cómo preso! ¡Esto sí que está lindo! Aquí, comisario, denguno semos capaz de una injusticia! — Sintió un poco de lástima por aquel forastero que sería muy comisario, pero ignoraba la ley antigua. — A un hombre que mata peliando y por derecho, no se le priende nunca, compañero — le dijo.

—¡Basta, basta! — grita el oficial. Acaba de conocer el oculto sentido de aquellas desgracias casuales, los trabucazos “juídos”, las rodadas en los apartes, los pechazos en el campo. Su personal es más gaucho que policía. Prende un pucho antes de prender al guapo delincuente y es para darle tiempo a huir que cabalga en aquellos “patrias” lerdones.

La agitación del vasco Escayola crece tanto que durante unos minutos llena la oficina, cruza el patio, llega al fogón, obstruye las bombillas y aventta el último bostezo del último milico. Parece que el milagro va a realizarse. Por distintos rumbos salen comisiones armadas a detener a Baigorra, a Zacarías, a los policianos faltadores, a me-



YAMANDÚ RODRIGUEZ

dio mundo. Acaba de inventarse la prisa. Se levantan las voces, los rebenques, los procesos y hasta el viejo camino se levanta en polvareda.

¡Cómo será de novedosa toda esta agitación, que un criollo de Ñandú Culeco se la tropieza frente a la comisaría, detiene el matungo, toca su chambergo y, ¡caso nunca visto!, interroga:

—¿Hay rigolución, jefe?

—¡Es lo que aquí faltaba, una revolución! — le contestan. — ¡Yo he venido a traerla!

—¡Ah!... — dice el vecino y se aleja, taloneando “a gatas” su caballo gordo y lerdo.

\*

\* \*

Apenas treinta días han transcurrido desde la llegada de Carlos Escayola. Fué aquel un mes de prueba para todos. Durante ese tiempo luchó un pueblero con mil campesinos: la argamasa y el terrón. De un lado estuvo esa voluntad del labriego que desde atrás del arado va empujando a dos bueyes. Del otro, una indiferencia grande; pero muy gastada por el uso. Con el pasado muerto combatió allí el presente recién nacido. ¡Dura fué la pelea!

Es la una de la tarde.

Un vecino sudoroso llega corriendo, choca con el palenque, da un empuellón al “puerta”; sin perder tiempo en disculpas llega al despacho del comisario, entra y le dispara estas palabras:

C A N S A N C I O

—¡Escayola, levantesé! ¡Hay fuego! ¡Se me quema la talhona!

—¡Cabo Benítez! — grita el comisario.

De allá le contestan:

—Estoy acostao. ¿Qué quiere?

De cama a cama, jefe y clase dialogan:

—¡Aquí llegó don Pietro! ¡Dice que hay fuego!

—¡Vea qué noticia! Ya lo sé. Dende hace rato, el olor a harina quemada no me deja dormir...

— Luego de unos segundos, pregunta:

—¿Quiere que vayamos, compadre Escayola?

El comisario se restrega los ojos, se despereza, mira el mate "ensillao" y luego consulta el caso con el visitante:

—¿Qué le parece, don Pietro? ¿Valdrá la pena? Yo, todavía no he amargueado... ¿Iremos?...





# El Agradecido

(A Carlos M. Cantú)



¡Ojalá lo guarde.

—Abajese.

Don Evaristo Chalar acerca su rosillo a la tranquera. Le extiende su diestra el vecino y agarrado a las crines del caballo gordo, sostiene el diálogo y su peso. No parecen tener apuro. El forastero trae la mañana por delante: una tropilla de horas. El vecino tiene el rancho a la espalda: indolencia de caracol.

—¿No se apea?

—Gracias. Otra ocasión será. — Señala una horqueta de caminos — ¿Cuál de esos y perdone, lleva a Palo a Pique?

Mira el interrogado en la dirección indicada. Cuando sus ojos se cansan los posa en lejana nube de polvo.

—Tropa chica.

Don Evaristo asiente.

—Ganao criollo.

—Vacaje...

—No. Más bien parece un refugio... Novillada ruin.



YAMANDÚ RODRIGUEZ

—En efeto — observa, al rato, el vecino — es un barrido... sí, señor. Tropa de estación. Animales flacos que si los mueven dimasiao se caen, lo mesmo que las hojas.

Decídese a soltar la crinera.

—¿Entonces?

—Cierto, sí, señor. ¿El camino decía? Es ese. Sígalo y lo ha de llevar a Palo a Pique.

A don Evaristo Chalar le avergüenza sentirse tan forastero. Tiene medio siglo y no conoce mundo. Casi ni su propio pago conoce. Nació, creció y maduró en la estancia. Recuerda haber salido de ella cuatro veces: la primera, en un manso, a buscar la novia. La segunda, en un parejero, a buscar la rodrigona. La tercera, en un sulky, a llevar al "dotor" y la cuarta, en un "oscuro", acompañando por última vez a la finada. Nunca pudo orientarse por impedírselo la ilusión, el ansia, el miedo y la pena.

—Una pregunta más pal estribo. ¿Queda lejos ese pago?

—Asigún... Si usted lo busca pa alegría, sí... Aura, si es pa dolor, lo hallará cerca...

Sonrien.

—Güeno, paisano, en las puntas del Chamizó, la estancia vieja e'los Chalar, es su casa.

—Gracias; lo mesmo le oferto. Aquí está a tiempo de un desensille.

—A la güelta será.

—Como guste.

Chalar talonea al rosillo y se aleja. Tardará mu-

## EL AGRADECIDO

cho en pisar Palo a Pique. El ha ensillado para salir al encuentro de un cariño. La alegría alarga los caminos. Desde que el reuma, complicado con un médico, le mató a su compañera, se le achicó la estancia. En cualquier potrero pechaba con las memorias de su difunta. Ya nunca más se "halló". Un día, tibio para los peones indiferentes, don Evaristo se levantó de poncho. El fogón empezó a calentar la osamenta tan solo. Había criado a un pardito como hijo. Lo reprendió por no sé qué diablura y el mandinga abrió las alas y se fué. Le quedaba en la orilla de su campo, una comadre viuda bien conservada. Pudo ser su querencia, se acercó a la buena moza sin saber claramente por qué; acaso iba por repartir la humedad de un recuerdo, tal vez por la dulzura de un "amargo". Pero la comadre le dijo que los Chalar y los lutos se ponían verdes de viejos...

Volvió a la cueva, largó sin bozal al rosillo, sintió la necesidad de un rumbo y encendió un pucho para buscarlo... Con las últimas "pitadas", lo encontró. Esta madrugada de otoño viaja hacia Palo a Pique.

—¡Güenas!

—Dios lo guarde — responde al saludo del "puntero".

—¿El capataz de esta tropa?

—En la "culata" viene — le dice el tropero a la pasada.

Empiezan a desfilar los novillos guampudos, con más libras de abrojo que de carne. Primero aso-



*YAMANDÚ RODRIGUEZ*

man las astas, al rato las cabezas. Los cuenta por vicio. Pasan algunos toros melenos, de cruz erizada, bueyes "cacundas" y terneros con pretensiones de bravos. No reconoce la marca, apenas si consigue adivinar el pelaje bajo el barro. Después, entre "chiflidos" y revuelos de poncho, cruzan los peones del arreo.

—¡Salú!

—Dios los guarde. ¿Cuálo de ustedes es el capataz?

—Más atrás viene.

—Gracias.

Le sale al encuentro. Ambos detienen la marcha. Se estiran la diestra, luego la chupa, después unas cuantas preguntas.

—¿Usted conoció, tropero, a un indio Nicomedes Ubillo, capataz de tropas él, criollo de Palo a Pique?

Acaricióse la barba el interrogado, bajó los ojos y se puso a buscar entre los yuyos al tal Nicomedes.

—Ubillo — dijo — es apelativo que me suena.

—Si lo llegó a trompezar, capataz, no pudo olvidarselo. El indio Nicomedes dentra a reirse y se gana en la voluntá ajena. Es hombre de mi edad... Amigo de oír y de largar verdades...

—Ubillo! Aura recuerdo. El año pasao, en la feria de Ñandú Culeco, vide un lote de vaquillonas muy mestizadas, flor de animales. Y allí se me dijo que eran, si mal no recuerdo, de un tal Nicomedes Ubillo.

## EL AGRADECIDO

—¿Qué marca?

—Una “u” volcada, ansina — detalla el capataz dibujando en el aire dicha marca.

—¡Es el indio! — exclama Chalar.

—Habrá hecho plata entonces...

—¡Dejuro! No le dije ya qué pinta era la de Nicomedes...

Se aleja la tropa. Don Evaristo toca el chambergó en un conato de saludo y antes de talonear al rosillo grita al informante:

—Gracias, paisano. Me ha proporcionao un alegrón. ¿Quiere escuchar la receta de este retozo?

—Quiero.

—Cuando se le presiente ocasión de hacer un servicio, no la deje dir orejana. De cien favores, noventa y nueve le van a patiar la mano; pero uno, al menos, sale agradecido... Crealó.

Chalar galopa hacia el amigo y el capataz hacia su novillada.

Hace cinco años a la vieja estancia de don Evaristo llegó un indio con el caballo “aplastao”. El dueño de casa salió atrás de los perros.

—¿Quién sos?

—Un disgraciao...

—¡Apiate!

No quiso averiguar más nada. ¿Para qué? El “juído” necesitaba cualquier cosa, menos palabras. Lo llevó a la cocina. Le señaló un churrasco.

—Cortá, m’hijo...

—Yo me llamo Nicomedes Ubillo...



*YAMANDÚ RODRIGUEZ*

—Comé primero...

—Soy capataz de tropa.

—¿Querés un trago e'caña?

—Dejé mujer y un hijo cuasi mozo en mi pago.

—Aura, calculo que te hará bien un amargo.

Chalar no pedía explicaciones. Mas Ubillo se resistía a callar. Refirió que al regreso de la Tablada, con mil pesos de don Luciano Ortiz en el tirador, tropezó en una mesa, se enredó en los cuatro palos de un naípe y perdió la plata ajena y el nombre propio. Ortiz lo denunció y la policía venía pisándole los garrones.

En efecto, Chalar se asomó al camino y vió en la portera a un comisario y dos milicos.

—No te movás, Ubillo — le ordenó. — Ensillá el mate.

Don Evaristo miró sus campos. Al entrar en la "sala" encontró a la compañera zurciendo el atardecer y los calcetines del "pardito". En un rincón, el gurí suplente gateaba entre pasadores y pichicos.

—¿Mujer?

Ella, levantó los espejuelos.

—¿Qué le pasa al "llegao"?

—¡Cuasi nada! Tiene un hijo mozo y no tiene apelativo que darle.

—Al revés de nosotros.

—Mesmo. Yo miré pa'dentro, vide mi conciencia limpia. Luego miré pa'juera mi campo limpio. Te hallo a vos con salú... Al pardiñas, distraído... Ahí viene el comisario a prender a mi

## EL AGRADECIDO

visita. Con agatas mil pesos se salva. ¿Te parece que lo deje llevar?

—¡Mil pesos! — exclamó ella. — ¡Es mucha plata!

En el patio se oyó un:

—Ave María...

Ella comprendió que no podía contestar. Corrió a la petaca y entregando a don Evaristo una bolsa llena de libras:

—Sin pecao... dentre — contestó. — ¡Chalar!

Don Evaristo, "mientras", contaba las monedas.

—Que güena sos, mujer — le dijo. — ¿Me hablabas?

—Sí. Entriegá esa plata, Evaristo, ¡pero haceles firmar recibo al Comesario y al huépe!

—Claro...

Así lo hicieron. Nicomedes Ubillo lloró en la ocasión. Evaristo Chalar se consideró pago con lágrimas y mientras su mujer limpiaba los espejuelos opacos, pensando en el apelativo de aquel muchacho criollo de Palo a Pique, el estanciero rompió el recibo, por parecerle que su gauchada no podía caber en un papel.

Tiempo después, Ubillo, en el instante de partir, declaraba:

—Don Evaristo, le hablo de a caballo, pa estar más alto. Le hablo sombrero en mano, asoleada la frente, con eso me atestiguará mañana el sol. Declaro que hoy salgo de su estancia a tomar el camino derecho pa pechar a lo toro con la suerte hasta dueblarla. No sé si la pelea me dejará pe-



## YAMANDÚ RODRIGUEZ

gar la güelta. Inoro, criollo noblote, si nos hallaremos otra vez, mano a mano, en ese fogón ande usté lavó el apelativo e los Ubillo. Pero en el mundo, pa rodar, quedamos: usté, aquí; yo, allí lejos. Si alguna ocasión lo agarra de a pie la tristeza, en Palo a Pique tiene un alero quinchao por estas manos; en mi hijo, un pagador; en mi lomillo quebrao, una almuada. Allí, ande quiera, nombrarán a Evaristo Chalar dende el canto del gallo disperdador del día, hasta el “güenas noches, tata”, de mi muchacho...

Juntó en cruz el pulgar con el índice y los besó:  
—¡Por ésta!

Han pasado años. Al viejo Chalar le talaron el monte: se acostó la finada, alzó vuelo el gurí, blanqueó sobre una loma el “oscuro”. Por esas abras se colaron vientos. Evaristo tuvo más frío que ponchos. Le sobra campo, oro, salud, ternura. ¡Siquiera el silencio le hubiese encontrado decrépito! ¡Si por lo menos estuviera enfermo, aislado por la experiencia o el dolor! Pero Evaristo no conoce mundo... Pensó en Nicomedes Ubillo, en el mozo, en el alero, en el lomillo... Quiere cobrar la deuda con unos días de mano dada y mate “agarrao”. Necesita un rincón lleno de humo para borrar muchas cosas. Sembró y espera saborear un pan de aquel trigo. El llega, ahora, con el corazón “aplastao”. Cuando el hijo de Nicomedes se le acerque, Chalar verá con ojos turbios de ternura al mocetón. Será como si lo mirase con los espejuelos de la finada. En silencio estrechará

## EL AGRADECIDO

su mano. Y en silencio, frente al indio Ubillo, Charlar tendrá la mitad de aquel hijo. No quiere la cabecera de la mesa.

—¡Qué esperanza! — murmuró. — El sitio más retirao ocuparé. Y estoy seguro de llegar con hambre.

Después le apena que el amigo haya hecho fortuna. No teme al oro. En su opinión, la riqueza no enturbia las memorias. Lamentaría, únicamente, que Nicomedes, alejado del camino, hubiese perdido aquellos cuentos que solía relatar entre oración y medianoche.

La mañana camina más ligero que el “rosillo”.

—¡Queda lejos siempre el hogar!

Empinado en los estribos, ve como los alambrados linderos se tocan en la distancia. Su caballo los va abriendo con el encuentro. Le parece que marcha arreando una serranía. Hace tres horas que la encuentra al alcance de la mano. La sierra no deja juntar el cielo con el campo. Quizá, en ella, Ubillo hizo pie para levantar su fortuna.

—Se estriba en un cerro, como en una mujer... Todos son albardones...

Algo más adelante, la suerte puso en el camino un recodo, en el recodo un rancho y en éste un paisano. El hombre parece estar esperando al estanciero para darle una noticia.

—¡Don Nicomedes es finao! Ayer hizo un mes que lo enterramos allí — señaló un cementerio. — Jué una mañana así como ésta. Comenzaban a soltar hojas esas higueras de mi patio. Yo gol-



## YAMANDÚ RODRIGUEZ

vía de galopiar a un potrillo zarco, marca "Pajarito", lo traiba arrocinao y es lo cierto que se me arrastró a bellaquier por motivo de una hoja que le hizo barullo en las orejas. Conque al rato, me asomé al camino y vide que traiban un dijunto al camposanto: ¡y cuándo iba a colegir que juese don Nicomedes Ubillo!

El informante detalla su recuerdo. Habla desde lejos, desde un mes de distancia. Don Evaristo hace fuerza por oírle, sin conseguirlo.

—¡Me lo acostaron tamién! — dice, mirando el cementerio gacho, alambrado de púas.

—Sí, señor; ansina jué. No sé fijo si lo dijunteó un grano malo o si se "quedó" por motivo de una quebradura. El hijo de don Nicomedes me explicó la custión; pero no le escuché bien por motivo de encontrarme en el entierro con mi compadre Badía, que me encargó un trabajo... sí, señor... ¡Era el padre del pago el finao Nicomedes! No se halla por aquí pobre que no ampara-se... Yo mesmo le estoy muy obligao...

—Jué un gran corazón.

—Cierto — asiente el informante en tanto pellizca la chupa de Chalar, tan gorda como el "rosillo" — un corazón tierno, bajo un entrecejo muy fruncido. Esa es la verdá. Era duro con los vicios ajenos, por motivo de hallarse a salvo de los propios. Ganó su plata por derecho, con las asentaderas quemadas y el tirador en la mano...

Don Evaristo, de a caballo, también se quita el chambergo. Ante él pasa la historia del amigo.

## EL AGRADECIDO

Moldeado con palabras rudas, a pulgar, en barro fresco, el indio renace. Y Chalar decide ir al camposanto a conversar con el dormido. No quiere volverse sin contarle sus desgracias...

—Hablemé del dijunto, vecino...

—Ansí jué él. Hubiese subido mucho, ya lo creo. Alcalde pudo haber sido, caso de él quererlo. El vecindario lo conocía y a su estancia caiba, con hambre de un churrasco o de un consejo...

—¿Y el hijo salió de esa leña?

—Parejo.

—¿Cuál es la estancia del finao?

El hombre señala.

—Aquella.

Al paso lleva don Evaristo su caballo. Se apea en el camposanto. Entre los yuyos brotan cruces. Busca una con el nombre del indio. No la encuentra. Tendría que pisar sepulturas para leer el apelativo del finado. Se detiene frente a una de aquellas cruces sin nombre, en la orilla del campo, tira sobre el pasto el chambergo y piensa en Nicomedes, en los cinco años de ausencia... El tiempo se acorta, los yuyos desaparecen, siente en la cara el calor de su cocina y ve cuajarse en llanto los ojos del "llegao".

—Coma, primero... tome un buche e'caña... Yo le via salvar su nombre...

Se sorprende al encontrarse con que el muerto no le aflige tanto como el pensar que ya no podrán resucitar nunca más aquel momento viejo.



## YAMANDÚ RODRIGUEZ

Junto a la cruz se despide del indio y de una buena acción.

—Lo quería mucho más cuando era tropero — murmura en el momento de subir a su caballo. — ¿Por qué?

No se lo explica. Acaso se siente disminuido ante la importancia cobrada por el “finao”.

Le enorgullece la fama de su protegido. Y, sin embargo, lo sintió antes mucho más cerca de su emoción. Aunque le avergüenza, lamenta que Nicomedes no hubiese pecado de nuevo para poder prestarle otro servicio. El “indio” le custodiaba la impresión de un Chalar cinco años más joven. Esta mañana él iba a pedir que le devolviera aquel momento noble, compartido con la finada y el gurí...

—¿Quién me va a entriegar ese calorcito, aura? Teme encontrarse solo, en la estancia del “juído”.

—¿Y el hijo del pobre Nicomedes? Cuanto llegue y me nuembre: Yo soy aquel don Evaristo... Le pedirá su bendición y el viejo se la dará trazando una cruz con el pulgar y el índice, como lo viese hacer al finado. Después, en silencio, le buscará en los ojos aquella brillazón de lágrima... Por último, pasados los primeros temblores, destrenzarán cualquier memoria...

En la portera de la estancia comprende que ya no podría tutear a Nicomedes. El establecimiento tiene un “usted” evidente, en el alambrado de ocho hilos con dos púas para hacer sentir en carne la propiedad. Desde la portera hasta la casa

## EL AGRADECIDO

se yerguen dos hileras de pinos al paso de un camino de balastro.

—¡Pensar que el dueño de todo esto es cuasi hijo mío!

Abre y avanza. Una sirvienta lo recibe.

—¿Está en las casas el hijo del finado Ubillo?

—¿Don Mauro?

—Será... Dígale que pide verlo un viejo amigo del tata.

Desciende y espera. Mira un jardín recortado. Nota ausencia de perros. Por entre los árboles cruza un peón con polainas, conduciendo un parejero de "canillas" retobadas con trapos. Poco después un mozo rasurado saluda con leve inclinación de cabeza. Don Evaristo le abraza.

—Lo acompaño, m'hijo, en el sentimiento.

Mauro Ubillo se deja abrazar.

—Gracias, paisano.

Ambos inclinan la frente y permanecen en silencio. El primero en quebrarlo es el mocetón.

—Póngase el sombrero, buen hombre — dice. —  
¿Entonces, usted conoció a mi padre?

—¡Ya lo creo m'hijo!

No se decide a pronunciar su nombre. Le ahoga un poco la emoción. Desea tranquilizarse. Comprende que va a sacudir hondamente al muchachón huérfano, a quien él trae una ternura nueva. Serénase ayudado por el gesto altanero de Mauro, su ropa de ciudad, el cigarrillo. Lo enfría aquel recibimiento en el camino y el aspecto de la casa mo-



*YAMANDÚ RODRIGUEZ*

clerna, sin cocina, sin humo, sin asomo de barro...

Por fin, calmamente:

—Yo soy aquel Evaristo Chalar — dice.

Ubillo continúa fumando.

—¿No me recuerda? ¿Su tata no le habló muchas veces de mí?

El “hijo” sacude la cabeza negativamente.

—No, paisano... Ni es extraño por otra parte. Mi padre, dada su posición, era conocido de muchas personas a quien él en realidad no conocía... ¿De dónde es usted?

Evaristo, tímido ahora, parece pedir perdón al responder.

—De las puntas de Chamizo.

El mozo cree recordar.

—Sí, paisano... es verdad... Chalar... ¡Un Evaristo Chalar!... ¿No es usted aquel capataz de tropa a quien papá hace años, salvó de la cárcel? Efectivamente, hace poco, cuando nombraron a mi padre candidato a diputado, me contó esa historia a propósito de no sé qué buen recuerdo suyo...

Don Evaristo aflojó el nudo de la golilla.

—Usted, Evaristo — continúa el mozo, — perdió un dinero al juego y mi pobre padre, con aquel gran corazón de siempre, le compró su libertad con unas libras.

Chalar, que vivía en presente aquel momento, tanteó en sus bolsillos creyendo encontrar aún los trozos del recibo.

—Muchacho...

No supo decir más. Mauro supone que el viejo

## EL AGRADECIDO

busca un pañuelo y, previendo desagradable escena de llanto, trata de evitarla.

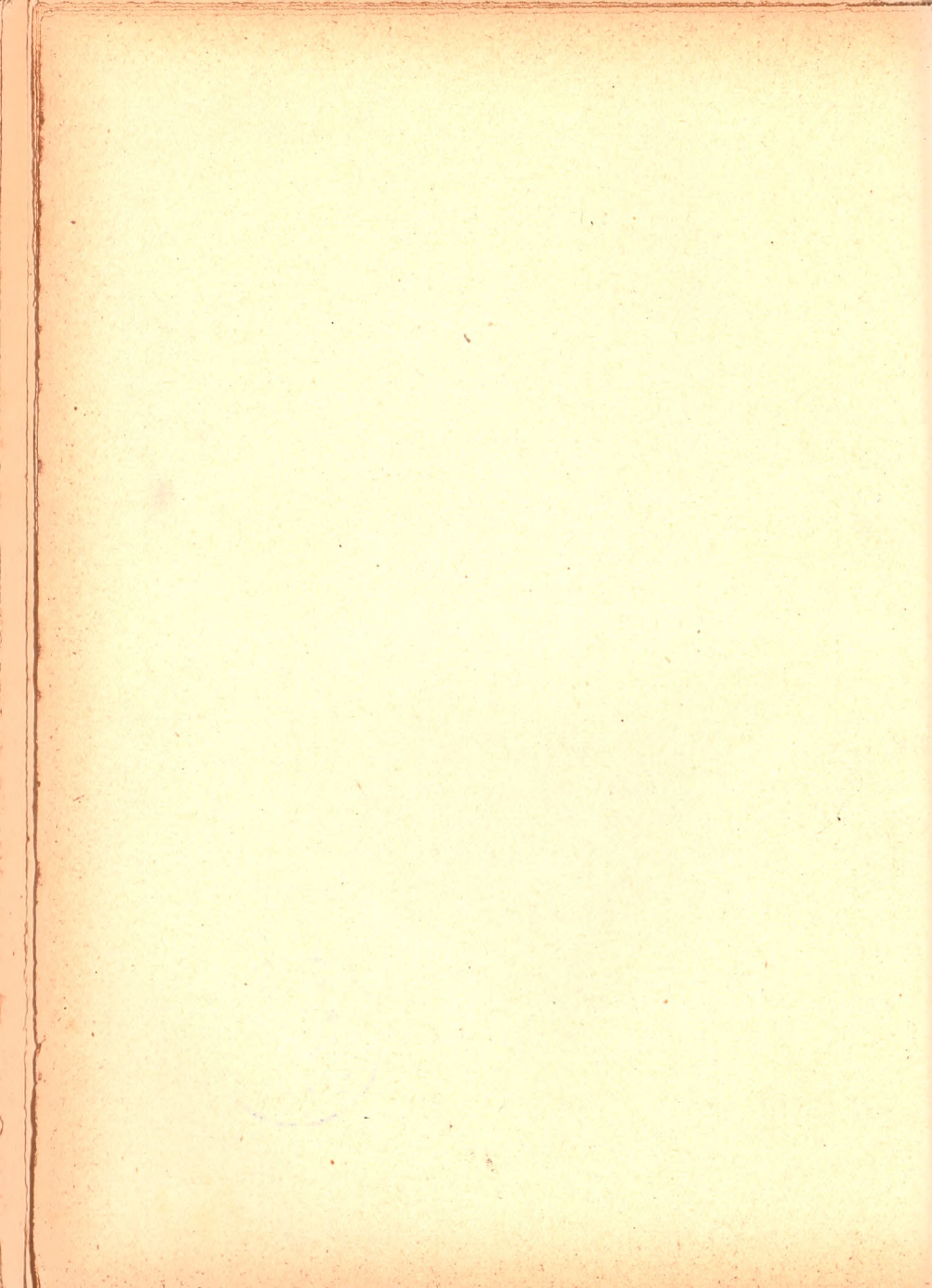
—Dejemos eso... Evaristo... carece de importancia el favor; mi padre vivía practicando la caridad.

El viejo tiene miedo de su primer palabra. Tal vez consiga alejarse en silencio. Si ese mocoso del cigarrillo se calla, puede ser que él logre poner el pie en el estribo, horquetarse y, clavándole sus espuelas al "rosillo", huir con la verdad, a resollar en el camino de Dios. Toma las riendas, vuelve la espalda, intenta estribar y no lo consigue...

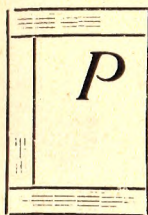
—¡Pa qué habré salido, aura, de viejo, a conocer mundo! — exclama.







## El invitado de Larriera



OR centésima vez, Primitivo Larriera lee aquella cuarteta que el pardo Leira grabó a punta de cuchillo en su mate favorito:

“No digo esta boca es mía...

Pero corre por mis venas  
algo que endulza las penas  
y no amarga la alegría...”

—El compuesto es siempre el mismo; pero no hay qui hacerle, es la cencia del verde... Sólo que el mate habla y hasta resonga cuanto le esigimos mucho... Y eso de que endulza los pesares, es mentira también; cada trago los remoja allá dentro... ¡Bah..., cosas de pardo!... ¿Y pa esto se pasó un día sin deschalar?...

Lo cierto es que Larriera se aburre. Sentado junto a la puerta de su azotea, frente al paisaje suyo, a sus mismos pensamientos, manoseando el mismo mate, la misma caldera, el mismo reloj; su natural novelero se le sale por los labios buscando amigos para pelear juntos al tiempo. Con la tijera de esquilar ya estuvo cortando dos horas y una crin. Y recién son las seis de la mañana. Se sabe de memoria el pedazo de sierra que se



## YAMANDÚ RODRIGUEZ

empina por entre los dos ombúes del palenque. Mira la pava lustrosa de tizne y lo alegra pensar que aquella cosa con pico, ya que no conversa, chilla al quemarse...

Desde muy temprano, Primitivo, fastidioso como un tábano y empolvado de aburrimiento, matea, apura a la peonada, rezonga al muchachón aguatero, por ser su "pión y su ahijao", pisa al cachorro, lo ahuyenta para llamarlo en seguida, le da tres o cuatro vueltas a la casa y a la yerba; y sobre todo eso: se aburre. Daría cualquier cosa por entretenerse. Hoy ni siquiera el tiempo lo acompaña porque la mañana se le presentó serena y firme.

Ahora ha dejado el mate recostado en el asiento de cuero crudo de su silla... Y se pasea mirando el cielo. Busca unas nubes en barra que cuando vendan el oeste, traen siempre el aguacero. No encuentra lo que quiere, en cambio sobre su cabeza cruza una de algodón ahuyentando como un fantasma una fila de patos.

—No, si es al cuete, cómo ha de llover si saben que eso me gusta! ¿Que el agua le va'cer daño a mi maizal? ¡Y güeno!... Pero ansina trataremos de otros temas con los muchachos: Crecientes bagualas... el rayo que dejó en cueros al canario Jiménez... cualquier cosa de esas bien mojadas en mentira.

Así diciendo se encontró junto a su overo, recién tusado de clavijas. El parejero se estiraba en todo lo largo del maneador por alcanzar una ma-

## EL INVITADO DE LARRIERA

tita reseca que no logra morder y abandonando por ella una brazada de alfalfa, recién cortada.

—Eso es, igualito que el cristiano... Cosa tenida ya no es apetecida, como dice el refrán... ¿Y vos no juiste ansina, Primitivo, teniendo conciencia? Justo... Ricordar que a la pobre finada le di tanto quebradero e cabeza por cualquier chirusita que dentra e piona! A los machos no debieran largar con tramojo. Güeno, y después de todo si no nos atajan acabamos siempre por atajarnos solos... La estancia, la casa, lo di'uno son cercos de piedra que hay que lastimarse el pecho pa voltearlos...

Sacó del cinto la chupa de buche de ñandú, la miró un rato, tanteó la picadura de naco brasileño que él mismo preparaba, y la volvió a guardar. Primitivo no sabía fumar; usaba aquello por tenerlo a mano para obsequiar al forastero que esperaba siempre. Pronto haría dos meses que no llegaba ninguno.

—¿No ve?, ¡tengo que hablarme yo mesmo pa prosiar con alguien! ¡Cualquier día me recuerdo balando! ¿Qué es el mate?, ¡prosa!, ¿qué es el tabaco?, ¡prosa! Esta mi estancia parece apostada... Pa uno que llega aquí, de equivocao las más de las veces, la miran dende lejos y siguen camino delante cinco o seis cristianos al año... a lo menos cinco u seis... Dejuro que se santiguan al bombearla y castigan... Un día de estos me enojo, salgo al camino, aguaito a'uno, le echo por delante, le boleó el caballo y me traigo al hombre



*YAMANDÚ RODRIGUEZ*

¡acá... preso, maniao, a la fuerza; pa que hable.

—¡Ciriaco! — llamó.

Un muchacho de cuerpo largo y pantalones cortos apareció por el lado del jagüel. Primitivo le ordenó:

—Sentáte ai y con reposo contestáme: ¿cuántos días hace que juiste a la pulpería con las cartas?

Ciriaco pensó un momento, contó despacio con los dedos y al rato alzó la cabeza, triunfante.

—Cuatro.

—¿Cómo cuatro, si juiste antiyer?

—Por eso mesmo...

—Mirá, ahijao, un día de estos que yo no tenga tanto que hacer te via'enseñar a contar ¿óis? ¿Viste a alguno en la reja, sin ser la cara e bagre del vasco?

—Sí, padrino, vide un viejo tomando todo torcido por no largar la picana que se le atravesó en la ramada. Tenía un petizo zarco contramarcacao... Traiba una carreta castillo con tres yuntas, los cuatro delanteros pampas, los del pértigo yaguaneses, marca cruz. ¡Bien flaca la boyada!

—¿El carrero ese venía pa acá?

—No sé...

—¿Cómo no le preguntastes?

—Por no hablar, padrino...

Larriera se incorporó, indignado.

—¿Y por qué no querías hablar? ¡Avestruz!

—Pa poder verlo, pues...

—¿No sabés que tamién se ve con la boca? Golvéte... ¡Ni que juese un delito hablar! No ha-

## EL INVITADO DE LARRIERA

blan los vichos... porque no pueden... Callao, te diferenciás de mi overo, en que vos andás de alpargatas.

El muchacho se había quedado frente a él, pisándose un pie con el otro. Para evitar la reprimenda desvió los ojos y allá lejos, en el confin de la estancia, vió moverse un bulto.

—Don Primitivo, allá por la culata del estero chico ,se mi hace que veo venir uno...

—¡Y recién me avisás!... ¡A vos te galopa el alma por el cuerpo! Corra a calentar esa pava, amigo... Tire la yerba esa, ponga nueva, agarre del escritorio mi bombilla de plata, saque un banco aquí ajuera; y muevasé... ¡Oiga!, ¡traigamé las botas amarillas, antes que nada!

Ya se había levantado. El anuncio de una visita le sacaba diez años a sus cuarenta. Se estiró, como para que el viajero le viese; puso una mano de visera y observó en la dirección indicada. Nada. No podía ver nada. Paseó la vista por el plan del bajío recortado por el cerco de piedra de su último potrero; escudriña luego el pedregal salpicado de mica... ¡Nada! Mira después aquellos tres sauces del cañadón que parecen buscar algo en el agua. No encuentra al viajero ni en el flechillal lejano, ni en el puesto del fondo, ni en los alrededores del último ranchito echado allá lejos, entre el pasto alto, como fatigado de haber subido la loma. ¡Nada!

—¡Ciriaco!



YAMANDÚ RODRIGUEZ

—¡Ya voy, padrino, no puedo hallar la bombilla ande me dijo!...

—Venga, deje todo... ¿Este diablo e'tape no quedrá jugar conmigo? Lo que es hoy, apartó un día malo pa bromas... Le viá dar unos lazasos...

La víctima apareció al fin, con todos los encargos cumplidos.

—¿Ande viene alguien?

—Allá, pues. — Miraron. — ¿Ve el puesto?, güeno; ¿ve el talar de Trujillo?, güeno; entre el puesto y el tala grande... una nubita e polvo?, ahí adentro viene el hombre...

—¡Tenés razón! Pero el que decís se distancia...

—¡Al revés... se allega! Hoy la cola del matungo tocaba en los talas y aura hay como una vara entre ellos... Aquí están las botas.

Primitivo se dió por vencido. El jinete existía, y, sobre todo, se acercaba. Sin embargo, mientras congestionado por el esfuerzo maldecía Larriera al señor pulpero que le había "encajado" aquellas botas potras, ¡qué potras, reservadas!, le ordenó al tape:

—Golvé a mirar, Ciriaco..., ¿ese que llega no será el bruto e mi compadre Trujillo?, ¡si juese le chumbo la perrada! Ese no habla ni con la novia...

—No, padrino; este forastero viene de poncho negro, y hasta creo que de golilla negra tamién...

—¡El pobre estará de luto! Mejor; prosiaremos de enfermedades, de curanderas, de dijuntos...,

## EL INVITADO DE LARRIERA

los finaos son lindo tema, es lo que cuesta más pa enterrar y después que uno estriba en un finao pa dentrar en la agüería y el asunto se llena de luces... Que este vido un ánima y aquel de más allá no la vido; que es cierto... o que son sustos y en el entretanto va y viene un verde y madura y se lava...

Ciriaco, lo miraba boquiabierto.

—Que hacés aura... parecés un mate... apúrese, pues, en preparar algo, que está por llegar mi amigo...

—¿Lo conoce, padrino?

—Dejuro... ¿qué te pensás? Si aura que me hablás del luto se me ha puesto que este que viene es mi primo Dositeo... decí: ¿no monta un picaso del medio, estrella blanca, muy escarciador?

—No... el caballo es oscuro tapao, de mucha alzada y estrellero más bien...

—Mejor si es ansina; porque ya le conozco todos los cuentos a Dositeo. ¡El forastero, cuanti más desconocido, mejor! Este llega nuevito desde el apelativo... trai una maleta e'cosas que no le maliceo. El no me ha tratao a mí tampoco, le soy la sorpresa en todo... Ande quiera que le hable del pago, le acierto... ¡Y como me dé un cotejo! ¡Si juese mujer yo estaba redotao. Las mujeres no conversan: hablan! Estén con uno o con diez, están solas; atajan el resuello, cortan la palabra, no oyen nunca, ¿pa qué? naidés les interesa; ¡lo que cada cuala busca es portillo pa largar lo suyo!...



## *YAMANDÚ RODRIGUEZ*

Entretanto el esperado caballero galopaba a sólo unas cuadras de la estancia.

—Padrino, este mozo, trai el poncho a lo melico, terciado... la cara y el caballo son nuevas pa mí... ¿qué le parece si descogoto un poyo y se lo llevo a la piona?...

—Dos poyos que mate y escuchá: traéte la cama'e fierro del cuarto'e los envitaos a mi dormitorio. La hacés vos mesmo con esas ropas cribadas que están en el baul y después desgraná maíz pa el oscuro del que llega y no le mesquinés, desgraná como pa quince días lo menos.

---¿Se quedará tanto el hombre?

—¡Oh! ¿y ya querés echarlo? ¡se quedará, sí señor! ¡no faltaba más se va a dir en seguida! ¡Vaya, pues... y pronto! Che ¿decís que es mozo?...

—Y bien parecido, patrón...

—Güeno, decile a la piona que vos servirás el almuerzo pa mi amigo y pa mí...

El visitante ya venía muy cerca. Chispeaba el sol en las copas de su freno de plata, en las virolas del bozal, en el encaje de los estribos de antigua usanza. Traía maleta a los tientos, poncho en bandolera y gacho aludo sobre los ojos. Primitivo observó el mentón agudo, los pómulos salientes, "dimasiao alero pa la ventana e las vistas", el dimasiao alero pa la ventana e las vistas, el bigote negro, caído... Cada detalle le confirmaba sus esperanzas.

Cuando el mozo moderó la marcha para no en-

## EL INVITADO DE LARRIERA

trar en el patio pisando pollos, Larriera salió a su encuentro con sus mejores botas y su mejor sonrisa:

—Güenos días. ¿Esta es la azotea de Larriera?

—Güenos días; la mesma es, y yo soy Primitivo Larriera; abajesé.

—Gracias, señor; pero no me apeo... no vengo e visita: llevo en cuantito pa pedirle un caballo, mudar este oscuro transijao y seguir viaje...

Hablaba empujando las frases con la fatiga y el apremio. Larriera miró el oscuro, notó que se caería en cuanto le cerrasen espuelas después del escaso resuello, y pensó: "no le doy caballo..., no faltaba más".

—¿Cómo, amigo; ya se va'dir?

—Mesmo, señor, y a rebenque. He andao cincuenta leguas. Maté un caballo zaino en los Molles; de allí al arroyo'el fraile reventé un tordillo andador; este es mi tercer aporreao.

—¿Y ande va tan de prisa?

—Busco al Comandante Lidoro Núñez, que está acampao con su batallón en el Cerro'e las Cuentas...

—¿Y de ai? Lo mesmo lo va a encontrar hoy que mañana... apeesé...

—No puedo; déme el caballo, si quiere, y rumbo ya...

—¿Y si yo me empaco y no le doy nada?

—Salgo lo mesmo, de a pie, bajo el sol, hasta que reviente...



*YAMANDÚ RODRIGUEZ*

—Eso es; pero ansina no llega con el día al campamento... Abaje y dentre...

El viajero quedó pensativo. Miró a Larriera, cuarentón, petizo, con apacible facha de chacarero; sonrió y sobre la cabeza del dueño de casa se puso a observar aquel caballo de estimación: overo, bien en carne, los corvejones, la cabeza chica, las manos finas, toda su estampa de ligero.

—Vea amigo Larriera u don Larriera, usté es dueño de negarme un caballo... pero no ha de hacerlo. Estoy risuelto a cualquier cosa porirme... No hay que hacerle. Vea; vengo reven-tao, horquetao con el coraje sói, porque las pier-nas se me acalambran. Usté es criollo, tiene cara'e güeno; lo endevino simpático; yo soy ansi-na, aparcero suyo, tengo mucho que descansar... cambiaríamos más de un proseo; pero hoy no pue-do, don Larriera. Hoy paso por la rondana'el diablo; pero me voy.

El estanciero no lo entendía así. Esa simpatía re-conocida mutuamente, no habría de romperse por una testarudez y, sobre todo, era no conocerlo el pensar que la dejara alejarse tan luego en las patas de un caballo suyo. "¡Nunca! pensó ¡ni de a pie se me escapa!"

Impaciente, casi agresivo ya, el "envitao" le gritó:

—Güeno; ya es basta; risponda: ¿me entrega un mancarrón? Yo le firmo un papel y luego lo cobra en el estao mayor...

—¿Qué estao mayor?

## EL INVITADO DE LARRIERA

—El nuestro, pues.

—¡Entonces riventó la guerra! ¡Y yo sin saber palabra!

—Mesmo, nos alzamos contra el gobierno, hará cuestión de dos meses ya... Peliamos una batalla y yo me hallé después en tres tiroteos bravitos...

¡Y aquel inocente pensaba irse! Primitivo lo miró con odio. ¡Era un ladrón, le robaba un rodeo de chismes! ¡Las cosas que habría visto! Los cuentos que sabía aquel mocetón simpático y apurado... Donde entra una lanza se alarga un relato. ¡Peligros, muertes, quién sabe si hasta el interés de un degüello a escondidas! El rodeo del fogón, bien cerrado y bien cerca de los tizones para no enfriar la charla. El episodio heroico que va de boca en boca como un cimarrón... Humo de coronillas y de pólvora... Quince días lo menos, le querían llevar, quince días lleno de pali-que... ¡Nunca!

—Está risuelto, amigo; no le doy dengún caballo. Estése aquí hasta que se rehaga el oscuro.

—Güeno, entonces será lo que mandinga ordene! — y el hombre echó pie a tierra, se quitó el poncho, sacó el apero, lo tiró al suelo y largó su derrengado mancarrón.

—Lindo, amigazo; lindo, deje todo en el suelo, no se preocupe; aquí nada le va a faltar. — Y señaló la puerta. — Pase...

Pero lleno de estupefacción notó que el militar en lugar de atenderlo, caminaba hacia el ove-



## YAMANDÚ RODRIGUEZ

ro, le prendía su cabestro y se disponía a ensillararlo.

—¿Qué hace? ¡Está loco!

Mientras “horquetaba” las bajeras sudorosas, el desconocido volvió la cabeza y, calmosamente:

—Ya lo ve — le dijo, — ensillo su parejero; ensillaría un burro, un tigre, cualquier vicho de cuatro patas, ¿oye? No me lo da; se lo quito.

—¡Mal hecho, mal hecho! Me importa muy poco del overo, se lo hubiese regalao con tal que se quedara; le he pedido por lo suave que se apiase, amigo; jué al ñudo, bien lo veo; entonces se quedará a la juerza...

—¡El qué!

—A la juerza, a maniador, por coraje... Entendió, mocosito — gritaba, ronco ya; — güelva atar otra vez ese parejero o lo via'llegar a rebenque hasta la estaca... ¡Vamos!

—¡Me va a lonjiar a mí, al alférez Paiva!... ¡Atrevido!

Un relámpago de acero brilló en la diestra del paisanito, ya todo en tormenta; arrolló en la izquierda uno de sus cojinillos y haciendo espalda en el overo espantao:

—¡Vengan esos lazasos — gritó, — vengan aura o lo marco en la cara!

Una nube de polvo de la que salían malas palabras los envolvió. Paiva echó el sombrero a la nuca y el alma al pecho. Afirmado en la valentía, con decisión que le dobló las piernas, resistió la acometida de Primitivo, buscándole los

## EL INVITADO DE LARRIERA

ojos relucientes y movibles como su facón cortito y sin ese, de guapo.

—No te vas a dir, Paiva; no te me vas — decía por entre los dientes apretados; — te via'tener un mes aquí, conmigo, charlando... entre las vendas...

Era un acoso salvaje de tajos y palabras, y guapeza. El alferez se vió empujado por aquel cuchillo que le cortaban el vellón y le rayaba la blusa, arañando el pecho jadeante. Dió un paso atrás. Callado. Con el alma en el puño, parando el aguacero de tajos en el poncho de la piel agujereada ya.

—¡No te me vas, hijito!... Dispués te regalo el overo... Pero aura me aburro... Te abro dos ojales en el cuero, y te maneó, hijito..

De cabestro caído, el overo hecho un arco, resoplaba mirándolos ~~pegar~~ ar. Paiva trastabilló al pisar uno de los estribos de su recado. Primitivo aprovechó el claro con un golpe de punta que, parado apenas, en la cara misma, alcanzó a cortar al alferez y Paiva, debilitado por la fatiga del viaje, la pelea y las heridas, no pudo sostener el facón primero, después el brazo, después el equilibrio y cayó.

—¡Toro el mocito! ¡Me hizo sudar; pero lo tengo aquí, a mi lao, canejo!

Primitivo se inclinó sobre el "envitao" desvanecido; buscó hasta encontrar el pliego para el comandante Núñez.

—¡Ciriaco, mi ahijao! — Apareció éste. — En-



## YAMANDÚ RODRIGUEZ

sille mi overo y le entriega este papel en las mismas manos del comandante que está acampao en el cerro e'las Cuentas. Hacé pedazos el caballo y llegá en el último; pero con el sol. De pasada gritále a la piona que haga bien recocidito el espinaso'el puchero, con eso mi envitao, no pierde fuerzas mascando.

Y como el tape se quedara mirando a Paiva, en el suelo, lleno de sangre:

—Dejálo nomás... No muere. ¡Marche! Le via'hacer un cementerio de cruces de tafetán en el pecho sólo... ¡Cómo se va a morir si tiené tanto que contarme!...

Se inclinó sobre el herido, le miró las manos, contó los tajos del brazo: un puntazo en la muñeca, cuatro cortaduras superficiales, pero largas, como si un felino se hubiera cebado en el tórax velludo.

—¡Nada! ¡Arañones — decía — unos rajuños de gato... sangre... Con salmuera y una enagua de mi piona, sanao!... Aura la cabeza... ¿a ver? ¡ni una lastimadura!... ¿Y la cara?... ¡El bigote le sangrea mucho! ¡Lo tiene chuzo en los cuajarones!

Apartó con trabajo los pelos rebeldes y palideció espantosamente: El "envitao", el conversador, el soñado cuentista de batallas, tenía el labio superior seccionado por el cuchillo de Primitivo Larriera...

—¡Como pa que hable! ¡Si seré disgraciao!

# Jazmin



AZMIN!

—No voy, mama señora...

—¡Dentresé muchacho que pueden alcanzarlo con los jusiles!

—¡Diande! ¡Si la pelea es a media legua lo menos! ¡Qué manera e'meter chumbo! ¡Oye, agüelita?

Es un negrillo de trece años mal espigados. Tiene ojos amarillentos, narices abiertas y mota cerrada. No ha sido cristianado aún. Calza pies desnudos. Resulta demasiado pequeño para sus bombachas y muy grande para su camisón azul con remiendos grises. Está en cuclillas bajo el alero de un ranchito ventrudo y sillón que no se ha acostado por miedo al cardal. Allá lejos sigue co-siendo una ametralladora. Jazmín por ella reconstruye el combate según las versiones caprichosas que le trae el viento. Cuando mira en la dirección del fuego, siente calor en la cara.

—¡Negro!

—¡No voy, mama señora!

—Güeno, si está alunao, no venga.

Recién entonces el niño entra en la "sala" de barro, totora y miseria. Allí el catre sigue rengo, la morena acostada, el fogón apagado y el cachimbo encendido. Sobre el piso se marchita una bra-



YAMANDÚ RODRIGUEZ

zada de hinojo "pa" las pulgas. En la "culata", sobre un cajón de velas, descansa un gacho alicaído con divisa. Junto a la pared se empina una lanza de tres regatones.

—¡Pucha, agüelita, que nací disgraciao!

La vieja asegura que en esos momentos se está luchando por última vez. Jazmín sabe que ella no erra. De ahí su mal humor. El fuego se apaga y el gurí no ha podido entrar en él haciendo cimbrar la tacuara del finado, aquella lanza que el polvo ha empezado a enterrar de pie como a los héroes.

—¿Quiere dir a peliar? Mire ese gacho. ¿No basta ya con el finao su tata? Mirelo al gacho y aguarde siquiera a crecer...

—¡Por qué no seré crecedor de un día pa otro como el arroyo!

—Tamién el arroyo! Alléguese, Jazmín, a la culata a bombiarlo.

El nieto abre la ventana, observa y ríe.

—Viene bravísimo, señora. ¿Sabe de aquella banda hasta ande llega? ¡Agarresé! ¡Lambe el cinc del galponcito e los Piriz!... ¡Está buchón el loco!

En tiempos normales sus veinte metros de anchura los pasa un gato al trote. Los calores del verano suelen adelgazarle y cuando pelea con las secas éstas siempre lo cortan. Desde hace dos días aquel arroyo haragán y de buen fondo, incomodado con tanta y tanta lluvia, resolvió galopar. Rueda, se hace un ovillo en el cauce, abre los bra-

zos sobre los campos, resbala y se agarra a los árboles que descuaja y arrastra.

—Jazmín, poné esa estampa de San Benito con la cabeza pa abajo, verás cómo el arroyo comienza a'gacharse.

Cuando dejan de pensar en el agua, empiezan a oír el fuego. Ahora, las detonaciones llegan una detrás de otra, en fila, cansadas. Jazmín husmea buscando olor a pólvora; pero el cachimbo recién apagado lo despista. En todo el pago, barrido por la guerra, sólo quedan dos machos: el negrito y su tordillo. Hasta Tiburcio y Eleuterio, los aradores de la loma, mansos como los bueyes y tan compasivos que nunca quisieron degollar a su ruana cuando se les mancó del encuentro, hasta aquellas dos almas de Dios habían cambiado la mansera por el corbo. Todos se han ido.

—¿Usté me quiere sacar pa fraile, mama señora? Y si ésta llegase, por disgracia, a ser la última rigolución, ¿qué hago yo?

—¿Qué te van a dar allá?

—Ucaciones; un general, un jusil...

Para él lo único noble es seguir al general y cosechar gloria. No se sabe gauchó, negro y bruto, tres borrones prontos a caer uno tras otro sobre la línea de historia que cuente sus hazañas. La vieja lo apea del entusiasmo.

—La pelea endurece, nieto. ¿Ti acordás de aquella ucación en que tu tata, que Dios guarde, le sumió la daga a la ternera machorra? Al balido que pegó el pobre vicho se le desenriedaron las



## YAMANDÚ RODRIGUEZ

motas. Estabas pa lagrimiar... Aura te has aficionao ya y cuando ves un ganao que se cierra a lloiar alrededor de unas panzas, poco te falta pa zapatiar un candombe. ¡Ansina es el cristiano! Sale a la guerra y 'degüella, primero por despenar a un lastimao; después por hacerse de unas botas y al último por distrairse...

—Disculpe, señora. No le creo. ¿Va a decir que unos vecinos como Tiburcio y Eleuterio pueden hacer herejías? Y el general, mama señora, ¿quiere algo más güeno?

Cuando su padre evocaba al general, su voz tenía algo de relincho, de estribos tintineantes y rebencazos. Faltan espuelas y sobran frenos siempre que el caudillo conduce un escalón a la carga. Recordó a su finao tata, cuando, temblando en la voz, le relataba cómo vido al general, sólo, recostado al tronco de un ombú y sollozando después de la matanza de Espinillo. Si aquel hombre homérico y sentimental no es Dios mismo, le anda muy cerca.

—Jazmín, aguardá a que el alma se te cuaje un poco más. Ya vendrá un espejo, alguna rubia y muchos años de pobre pa'certe guapiar...

Un tero gritó en el patio.

—Ai anda gente, vichá...

—Sí, mama, un montón. ¡Con divisa!... Son de los nuestros... Ya güelvo.

Son diez roñosos al mando de un alférez rasurado y cejijunto. Entre aquellos, el niño reconoce a Tiburcio y Eleuterio, los vecinos de la lo-

ma. Jazmín ve botones dorados y se acerca al oficial, con ganas de pedirle uno.

—¿Sos de por aquí, negrilla?

—Zí, señor oficial. Yo zoy Jazmín.

—Lo conozco, alférez — apoya Tiburcio. — Este munyinga vive en esa tapera. Es hijo del finao Pastor, un moreno que nos mataron en Carreta Vieja...

—Alférez, ¿usté zabe si el general se acuerda e'mi tata?

No obtiene respuesta. Algunos guerreros suelen la carcajada.

—Yo maliceo que no, muleque... — le dice Eleuterio. — ¡Por claro que era tu tata, como pa acordarse!

El alférez impone silencio. Manda una comisión a montar. Ordena a otros que desaten dos maromas de la rastra y avanza con Tiburcio hasta la orilla del arroyo. Jazmín mira todo y no comprende nada. ¡Cómo quiere a aquellos héroes! Por fin tiene soldados al alcance de su mano. Pien-  
sa que esos hombres de ojos irritados y cara sucia han visto al general, los admira y abre mucho los ojos para contemplarlos mejor.

—¿Habrá que vandiar a nado, alférez? — dice Tiburcio, mirando el arroyo blanco de espuma, que rezonga mostrándoles los dientes.

—No queda otro remedio. Cuando los ingenieros lleguen para tender el puente, nosotros tenemos que haber pasado las dos maromas.



YAMANDÚ RODRIGUEZ

—Está feo, mi oficial, usted nos trujo de baquianos; pero con el arroyo ansina... la verdá...

—Bien. Yo pasaré primero — se volvió. — ¡A ver un voluntario que me ayude a pasar con la primer maroma! ¡Pronto!

Todos se miran. Ninguno avanza. No hay voluntarios. Allí la muerte está lejos de la gloria.

—Está bien — grita el jefe indignado. — Necesito uno. Le doy dos minutos para sortearse! — y le enfundó el revólver.

Jazmín se asustó. Aquel hombrecito de los botones parece muy capaz de matarle sus héroes. No puede consentirlo.

—Alférez, yo por respeto no me comedí. Mi tordillo es nadador. Si usted da permiso zambulló a su lao.

—Acepto, morenillo. Le diré al general tu comportamiento.

La emoción no le dejó correr cuanto esperaba. ¡Saber aquéllo su general! Saltó en pelo. Miró hacia el ranchito. Sin duda, tras los terrones vió el cachimbo temblón y la tacuara enhiesta. Le mostró los dientes a sus amigos y esperó órdenes.

—Tiburcio, Eleuterio, Jiménez!

—Mande, alférez.

—Ustedes deben pasar con la segunda maroma. Al que desobedezca lo hago fusilar. ¡Vamos, negro!

—¡Viva mi general! — grita Jazmín, se santigua y entra en el agua. Avanzan unos metros y desaparecen entre espuma. En seguida vuelven

a verse los hocicos de las bestias y las cabezas del hombre y el niño. Aquél va preocupado y éste riendo.

—¡Guapito el tisnao! ¿verdá, Jiménez?

—Dejate e'pavadas! Aquerenciaio pal agua es nomás. El tordillo sí es güenaso. Trai la otra custión de alambre, vamos a prenderla a tu cide-ra. — Y sonríe entre las barbas.

Los nadadores avanzan timoneando las bestias a puñetazo limpio. Cortan al sesgo la correntada terca, peligran mucho, adelantan apenas. El negro está ronco de vivir al caudillo. Por fin, entre bufidos, interjecciones y golpes, tocan la otra banda. Hacen pie los caballos. Chapotean. Vencen.

Jazmín ríe mirando a su compañero que, impartiendo nuevas órdenes, se ha olvidado ya del borroso baqueano. En pleno cauce nadan Tiburcio y sus dos compañeros. De pronto, se oye un grito angustioso.

—¡Me augo, Jiménez! ¡No me dejés..., Eleuterio!

—¡Adelante! — les ordena el oficial.

Es que el caballo de Tiburcio, enredado, hunde el hocico, manotea, desaparece. El niño negro ve a su amigo en peligro. Siente que su caballo tiembla de cansancio. El instinto de perro le hace clavarle los talones y zambulle callado. Llega a tiempo. Tornea a su bestia y vuelve con el chacarero, pálido, pero vivo. Nadie se ocupa del muleque. Todos trabajan, renegando, apresurados.



*YAMANDÚ RODRIGUEZ*

La posibilidad de una retirada acicatea sus esfuerzos. A la otra margen empiezan a llegar carretas. El cañoneo continúa.

Jazmín se achica cuanto puede. Se da un atracón de entusiasmo. El alférez es bueno, a pesar de todo, porque va a contarle sus proezas al señor general. El niño tira del saco a Tiburcio.

—Don Tiburcio, ¿el general va a pasar por aquí?

—Preguntale al alférez... vas a ver cómo te saca. ¡Alférez! — llama.

—¡Silencio! ¿Ahora te ha vuelto el habla? — Y ordena el jefe. — ¡Déjate de charlas, negrilla!

¿Por qué lo retaba? ¿No se había portado bien? Le reprendían ahora, en plena gloria, cuando él estaba por animarse a pedirle a su amigo alférez uno de los botones dorados para ponerlo allá en la tapera, junto al gacho del "finao". Bajó la cabeza. Se le mojaron las alitas y los ojos ingenuos.

—¡Hacete a un lao, munyinga metido!

Jazmín retrocedió con el rabo entre las piernas.

Jiménez ha notado que aquel niño adora al general. Le guarda rencor porque verdea junto a ellos resecos de solazos y fatigas y resuelve darle una broma.

—Mirá, tisnao — le dice: — si no te mandás mudar, le decimos al general que por culpa tuya no estuvo pronto este puente.

¡Aquéllo era demasiado! El negrito tiembla, balbucea, quiere decir mucho. No lo consigue y llora.

—¡No, compañero! No le diga eso al general.

Yo le pido disculpa. Me voy, aunque el tordillo está acalambrao de nadar tanto.

Se acordó de la anciana y la anciana de él, porque a través del arroyo llegó con esfuerzo:

—¡Jazmín! ¡Negrito!...

Lleno de vergüenza, el niño montó, miró a Jiménez, que ya ha olvidado la broma, al oficial que continúa maldiciente y a sus amigos los chacareros. Nadie se ocupa de él. Nadie se digna tranquilizar a aquel terroncito de tapera que encierra una tormenta. Y Jazmín, llorando, entra en el agua, para que no lo infamen ante su general.

—¡Che, Tiburcio, ese negrillo me palpita que esta vez se auga!...

—¡Puede nomás!...

—¡Te juego un paquete e'tabaco a que se zambulle tres veces!...

—¡Pago, a que no alcanza a dar esas zambullidas!

El niño ya no grita sus vivas. El caballo no puede con su fama en mitad del arroyo; los dos se hunden y reaparecen aguas abajo.

—¡Una! — grita Jiménez.

—¿Ya están prontas esas estacas? — les pregunta el alférez.

—¡Sí, señor, ya van a estar!... ¿Ve aquel granito e'pimienta entre la correntada?... ¡Es Jazmín!

—¡Pobrecito!...

El niño ve la muerte. Saca el brazo del agua mientras mira por última vez a sus amigos y, agi-



*YAMANDÚ RODRIGUEZ*

tando la mano, les pide que no le cuenten al general. Luego se hunde por segunda vez.

—¿Qué habrá querido decir con esa seña, che Jirénez?

—No sé. ¡Van dos zambullidas!

Miran unos segundos. Nada asoma esta vez. El arroyo se ha desquitado.

—¡Jazmín!... ¡Negrito!... — gritan allá en la tapera.

—¡Se augó, Tiburcio! ¡Negro flojo! ¡Me ha hecho perder mi tabaco!

—¡Jazmín!... ¡Negrito!...

## De Apuro



a los novios se alejan en el tílbury caprichoso como el camino. El vehículo, muy inclinado sobre un elástico, inspira malicias y rubores. El viejo Ponciano Ramírez aprovecha la rendija para meter la punta de una de sus comparaciones.

—Va ladio a lo pollo en día e viento... ¿Por qué será, Rosa? Tu hija y el marido salieron de aquí pesando casi parejo, con poca diferencia.

—Se les ha de haber acostao la carga...

Una carcajada seca los últimos lagrimones.

El cura se santigua tres veces en la boca, sale a cruz por bostezo; pide permiso, enciende un candil, empuña su paraguas y gana el lecho.

Las viejas buscan los rincones.

—¡Cómo se vino a casar esta Justiniana!

—¿Quién lo iba a crer? A la cuenta, el novio, que es tan guardador de plata, no miró más que el ahorro e las pariciones... Porque carculo que Rosa no va a cobrarle a la hija por sacarla de cuido...

—A la cuenta es eso el amor, doña Remigia...

Y los pericotes se agitan en aquel rincón para que alce llama el chisme.

El guitarrero paró la viola en sus rodillas. Su



## YAMANDÚ RODRIGUEZ

acompañante acostó el “acordeona”. Polleras y bombachas hacen rueda esperando; y por fin la dueña de casa:

—Una polca — grita, — con eso comenzamos y hasta que las velas no ardan...

Rosa, la comadrona del pago, tiene cincuenta años, más bien más que menos. No los representa, gracias al finado su marido, que dió en morir echando humo de la pajarilla. Era un paisano demasiado seco y se mojaba en el boliche. Si Rosa se olvida de algo, es del “dijunto”. Si algo recuerda, es su juventud: aquellos bailes con guitarra y peine, de los cuales salía despeinada. Cobreteaba ante cualquier envite. Nunca planchó. Recibió ella sola más pisotones que playa de horno. Por eso se explica que esta noche apareciera en la sala calzando unas alpargatas mansitas. Antes no comía, bailaba. Hoy no baila; pero come. Le dió su hija al marido, su cama al cura, su rancho al pago. Si allí se escapa un beso, otra lo recibirá en las mejillas; pero ella en las memorias.

—Che, Pablito, no sea cosa que ustedes se traguen todos los pasteles, ¿oye? Es asunto de pa mí y pa vos. Peligra que se les ensebe el tragadero... Y después via tener que atravesarlos en un asador pa que se escurran...

Estos “ustedes” son los tres gurices conchabados para servir menta y dulces. Cuando el peoncito, cuerpeando bailarines, juega a las esquinitas con los golosos, Rosa se sienta a contemplar su obra. No quiere ver a nadie descansando.

—¿Cómo es que no bailás?

La interrogada es su sobrina Lucía, una de esas chinillas románticas que van a sufrir a las fiestas. Vestida de amarillo, con su cabellera de un rojo subido y moño alto, mira a Rosa en silencio.

—Parecés una vela encendida. Esperá que hai-ga razón siquiera, muchacha. Aguardá por lo menos un rato a ver si matan alguno...

Lucía sonríe y suspira.

—Mirá que te voy a despavilar — le dice riendo la comadrona. — Parece cuento que le guardés tanta ley a ese ingrato... Es hombre, che y éstos el menor dolor que causan es el de en-tuerto...

En las puertas, los viejos marcan el compás con las botas y se burlan del baile moderno. A un costado de la sala hay una mesa con un nai-pe boca abajo entre cuatro sillas. La baraja en-lutada en los bordes espera una mano que la despene, de cara a la cumbrera y un truco que le eche flores.

Rosa, que está en todo, se dirige al viejo Pon-ciano Ramírez.

—¿No truquean?

—Güena falta nos hace... pero precisamo una pierna... Tengo ganas de llevarme a mis muchachas. Ando con la boca como horno de tanto bostezar.

—Ya te vas a dir, si recién escurece. Atendé, tal vez Lucía nos saque del paso...



YAMANDÚ RODRIGUEZ

El viejo se puso serio mirando a la moza.

—Yo creo que sería una linda pierna, la señorita, sin ofenderla... No la he visto, pero por la pinta... Debe ser güena pa jugar de mano co ella...

Lucía contestó secamente.

—No aceto gromas...

—¡Qué lástima!

Rosa la reprende.

—Estás muy créida vos... A qué viniste a rezar?... Güeno, pero suspirá un poco pa'quel lao tamién, a Ponciano y a mí nos tenés en una corriente de aire... — Se volvió a los danzarines.

— Abran un poco e luz, muchachos!

La mozada con rodajas y tacones, levanta una nube de polvo y la cuelga de la quinchá entre las viejas y ellos. Salta un "gato" de la boca de las guitarras. El acordeón se estira para alcanzarlo. El baile araña el piso con los punzos de las nazarenas. Levantan sus polleras las mozas para huir. Su pareja las llama con el castañeteo de los dedos. Se persiguen, se esquivan y se encuentran para volver a alejarse. Run-runean las bordonas. Abren la ronda del lazo las enaguas. Hacen corral los mirones. Ondula el acordeón. Parece querer alejarse de su propia voz. Y cuando los bailarines echan mano de sus pañuelos para despedirse de aquella pieza...

—¡Alto! — grita un intruso.

Se apaga la música. Un tocador le aprieta el

cuello a la guitarra. Todos miran. El recién llegado se adelanta.

—¿Doña Rosa? — inquiérese nervioso.

La dueña del rancho reconoce a su vecino Aniceto Pargas.

—Allegate, Aniceto... ¿Qué te pasa?

—Dejemé... tengo que pedir disculpas de presentarme ansina... Pero sucede que mi hermana ya está pa salir de cuidao y a Julián, el marido, asustadísimo lo dejé... Por esa razón, Rosa, es que vine a buscarla.

A la comadrona se le quiere ir el baile.

—Pero, amigo — dice. — ¿Rufinita no pudo esperar a mañana, sabiendo que yo estoy de fiesta en casa?

—Yo también lo he pensao, Rosa; pero parece que mi hermana no quiere esperar... El muchachito ya ha de andar llegando a la tranquera... Conque, haga el favor, los dos estamos amolaos, póngase un rebozo y vamos...

Rosa maldice su profesión. La culpa recae sobre el finado. Esa noche ella debió haber mandado un aviso a todas las casadas y hasta a alguna soltera: "Esta noche doy un baile. Que todos los infantes apurados esperen veinticuatro horas más y se les atenderá. Nadie puede dar a luz mientras no llegue el día."

—No es justo, Aniceto... vos mesmo lo estás viendo — dice.

Aniceto comprende. Sólo un desalmado es capaz de ir a cortar un baile. Doña Remigia, repen-



YAMANDÚ RODRIGUEZ

tinamente azorada por aquella parturienta a quien no conoce, mete cuchara en la rueda.

—Rosa, primero está la obligación...

—Natural, Doña Remigia..., sólo que la vamos a llevar a usted a que nos acompañe...

—Habrá que dir saliendo, partera — insinúa Aniceto.

—¡Qué más rimedio, muchacho! Atendé, aguardamos a que termite este “gatito” y en seguida puertiamos.

—Como le parezca.

Rosa se dirige ahora al malicioso don Ponciano Ramírez.

—¿No andabas campiendo un compañero pa jugar a los naipes? — señaló a Aniceto. — Ahí tenés uno. Mientras termina esta pieza, muchacho, ¿por qué no los complacés?

Al intruso le brillan los ojos.

—Es que...

Don Ponciano lo picanea.

—¿Se anima paisano? Un chico e'truco a gatas... Pa medio despuntar el vicio.

El tentado se decide.

—Güeno, una sola mano, de parao nomás... Quién había de decirnos, don Ponciano, que íbamos a toparnos con “toparías”, en una carpeta, después de tanto tiempo!

Rosa no se ha movido de su asiento. Sigue a los jugadores con los ojos. Ve que barajan, primero, de pie; luego dan cartas y por fin se sientan.

—¡Pablito! — le grita a su peón, — cuidao con distraerme a los paisanos que se han puesto a jugar!

—Está bien, señora.

—Ofertale una pastilla a Lucía.

—Gracias, no tengo voluntá — responde la marchita muchacha.

Allá, en la mesa, los cuatro jugadores, cortados mano a mano igual que el mazo, barajan, dan y se trenzan. Desaparece para ellos el pago. Se achuca todo hasta caber dentro de cada carta. En la muestra, da la cara el dos de oros. Abre los ojos para ver la fiesta. Son como dos soles reflejados en el lago verde del tapete. En seguida calientan el juego. Se abre una flor. Merece un canto. El otro jugador lo imita. Parecen cuatro gallos pasándose una nota. Baraje tras baraje los bastos se clavan en torno de la jugada hasta cerrar el corral. Las copas son apuradas al paso. Marean. El as de espadas aparece en cada vuelta pronto a cortar a todo importuno que se acerque.

—Juegue bien, Aniceto, asegúreme la primera. Yo soy el pie, tengo carta, cuanto se nos empaquen los sacamos en calle, bajo una lluvia e “palos”...

—Truco... .

Ahora hasta el rancho parece dar vueltas en un vals. Rosa no ha ido aún por el rebozo. El viento de los giros hace saludar a los candiles. De tanto en tanto, algunos mozos, cansados de no saber qué decirle a sus parejas, salen al patio. En-



*YAMANDÚ RODRIGUEZ*

cienden allí un cigarro y se lo muestran como un cebo a las estrellas. Quizá si una se decidiese a bajar, tal vez la ofrecerían a cambio de un monosílabo. No se les ocurre punto más brillante para cerrar un compromiso.

La dueña de casa, ya no teme a Aniceto Pargas.

—Mire que este loco — piensa — venir a alzármelo de un baile... Ya no estoy en edá...

Pero se interrumpe y palidece:

—Pare el baile! — acaba de gritar en una puerta, Julián, el propio marido de Rufinita.

—Adelante, muchacho.

Parece venir muy enojado el vecino.

—¿No llegó Aniceto por aquí? — pregunta.

—Aquí estoy, Julián...

El cuñado se pone en pie, sin soltar las barajas.

—Pero, amigo, que sos mal'alma. Nunca creí hallarte de jugada. Ahí está tu pobre hermana a los balidos y vos, como si se tratase de una oveja, ¡truquiás!...

Rosa intervino.

—Yo juí la culpable, Julián... Pero es que asígún mis cálculos nos sobra tiempo...

—Qué ha de sobrar, doña Rosa, si el guricito viene golpiando las manos...

—Yo lo esperaba mañana. Sigún la luna...

—Güeno, partera, disculpe; pero erró la cuenta. El gurí ya anda vichando lo que sucede... Yo sé por qué le digo, pa mi gusto aura nomás se apea...

La mozada impaciente pide un pericón.

—Puede ser, Julián... No le discuto... — asiente doña Rosa.

—Ni quedaría tiempo pa conversar, señora.

—Ya vamos en seguida, m'hijo... Me pongo un pañuelo por la cabeza y güelvo.

Sale apurada.

Julián espera. Baja los ojos para no encontrarse con el descastado Aniceto, que continúa carteando. Pero alguien dulcemente le dice:

—Güenas noches, Julián.

—¡Lucía!

—La misma.

—Por fin se animó a venir a un baile.

Ella, ruborosa, explica todo con dos palabras y un suspiro enancado.

—De prestada...

El diablo mete el rabo entre el cordaje de las vihuelas y empieza a tocar una mazurca. Rosa demora. Julián y Lucía permanecen callados, mientras la música les habla desde lejos... El idilio breve, pero hondo... La mazurca aquella, iniciada sin palabras, danzaba sin mirarse y terminada en medio del grupo de danzadores que les formó una muralla para que se besasen...

—¿Por qué no la baila, Lucía?

—Una hermana de esta mazurca me costó muy caro...

—Si en ésta, mientras Rosa no viene,uviésemos tiempo, yo le degolvería la plata.

Ella se puso de pie con idea de rechazar la invitación; pero una pareja se la llevó por delante.



*YAMANDÚ RODRIGUEZ*

Julián la abraza, para que Lucía no se caiga. Es preciso seguir el compás porque incomodan a los otros... Mandinga enreda las cosas...

Cuando Rosa llega con todo apuro, encuentra que Julián danza y que Aniceto se ha vuelto a sentar. Ella no tiene prisa.

—¿Iremos? — le pregunta el marido en una vuelta.

Rosa espera a que Julián vuelva a pasar cerca de ella.

—Sí, cuando te parezca, muchacho. No te asustés. Yo sé lo que te digo. ¡No pretenderás saber más que yo de estas cosas!...

La menta empieza a dar cuenta de la última vieja. Mozos y mozas le hacen asco a las bandejas de dulces. En brazos de Pablito, rojo de tanto tragar golosinas, pasan, despreciados los comestibles. El pago tiene el corazón en el estómago. Ya nadie se preocupa de la luz al danzar. Hasta creo que todos pagarían porque un ventarrón soprase los indiscretos candiles. De tanto en tanto, rezonga una bordona. A la prima fué preciso atarla con tres nudos para que no se marchase. El acordeonista no toca, aprieta con las manos a su instrumento. Parece querer ahogarlo. Las notas se le escapan entre los dedos. El día se enciende para apagar la fiesta.

—No te apresurés, Julián...

Contesta Rosa al vigésimo "Iremos" del padre en ciernes. Pero ahora es la dueña de casa quien empieza a impacientarse. La calaverada de aque-

lla pareja le preocupa. El amanecer, enemigo, se acerca. Ella no quiere presenciar su entrada de vencedor en aquel rancho. El sol es rubio. Su finado era rubio también. Le parece que va a ver entrar al difunto otra vez. Por último, la idea de su clienta alumbrando sola...

—Si no juese por lo de alumbrado — piensa, — ya estaría junto a ella... — Se pone de pie. — ¿Julián?

—Doña Rosa...

—Ya es la hora, pues, amigo...

—En seguidita vamos, aguarde este pericón y salimos.

—Con su compañera valsando — ordena el bastonero.

La jugada termina. Aniceto está impaciente.

—Vamos, pues, cuñao...

Lo detiene por un brazo.

—Estás loco, che... No te olvides que tu mujer es mi hermana. ¡Yo no te puedo aguardar más!...

—Te hubieras apurao antes — le contestan. — Te doy entuavía permiso pa jugar otro chico. Hago este sacrificio por el cariño que te guardo...

—Una sí y otra no, caballeros — grita el director del baile.

Las parejas obedecen. Lucía sonríe; es la única carita alegre. Todos los demás bailan porque la música quiere. Cuando todo parece haberse calmado, un niño en camisa, descalzo el pie, entra en la sala y pregunta:



*YAMANDÚ RODRIGUEZ*

—¿No andan mi tata y mi tío Aniceto por aquí?  
Hay un silencio.

—Sí, Juancito... Ya vamos...

—¿Qué ha pasao, m'hijo? — inquiera Julián.

—Nada... Les manda decir mama que no se apuren aura... Que se estean tranquilos... Que mi hermano ya llegó. Es chiquitito ansina — dice, indicando con sus manos el tamaño del infante.  
— Tiene una boca tamañaza... ansina.. y salió llorón y sanito que da gusto...

—¿No les dije? — exclama Rosa, quitándose el rebozo. — ¡Pa qué apurarse tanto! Todo ha salido bien, gracias a Dios...

—¿Nos vamos, partera?

—Y aura, ¿a qué cuento? Diviértanse otro rato...

—¡No! — protestan a dúo.

—Y a la verdá, Aniceto, termino el pericón...

¿Me aguardás?

—Güeno...

## Liboria



AMA, déame la ropa, quiero levantarme cuando llegue el dotor...

—No, Liboria, tu marido es quien te perdió e'mimos. ¿Pa qué dejás la cama? Hace frío ajuera.

La enferma se incorpora hasta que alcanza a mirarse en el espejo

de la cómoda.

—¿Usté se cré, mama, que tengo cinco años? Alléguese; mire mi cara, vea estos colores; reviento en salú. Traiga p'acá mi pollera...

—¿No óiste lo que ricomendó el dotor?

—¡Es un burro! A mí déame aire limpio. ¿Sabe? Yo no tengo nada más que el susto de usté, el de Braulio, que ya nació asustao, y el de ese viterinario. ¡El dotor! Lo estoy aguardando. Hoy vamos a tener una discusión grande los dos.

La viejecita sacude en silencio la cabeza y no se mueve de su silla baja. Desde que se enfermó Liboria no hace más que sonreír a la doliente, bromear mientras la cuida y rezar por los rincones. Liboria es ahora su única hija. La mayor se le murió una madrugada de agosto, el año de la seca grande. La finada, durante su corta enfermedad,



## YAMANDÚ RODRIGUEZ

clamaba por Liboria, se prendía de su cuello en los accesos de tos, dormía a ratos con la cabeza apoyada en su pecho, no aceptó nunca otro consuelo, otra almohada, más compañía que la de esa dulce hermana, hasta que un amanecer, Liboria la ayudó a bien morir, mientras le sostenía la cabeza entre sus brazos, que se le llenaron de sangre.

—Mama, sea güena... Van a concluir por avicharme. Yo tengo un poco e'tos. ¿Y diay? Nunca me hallé más juerte que hoy. Allégume los polvos y la peinilla. Viá parar los caracuses.

—Mirá, muchacha, que aunque seas casada te viá dar unos chancletazos. Braulio te tiene ansina de mal criada.

La viejecita ríe, mas no se levanta.

Liboria vuelve a dejar caer su cabeza sobre la almohada. La madre torna a meditar. En el silencio, el péndulo del reloj repite para la enferma una sola palabra: Braulio... Braulio. La vieja, como si oyera el nombre que su hija dice mentalmente, se incorpora y mira el camino por la ventana llena de tiestos.

—Braulio demora en pegar la vuelta con el doctor. Otros días ya están acá. Mirá el sol, está dando en el ombú chico, ya deben ser las cinco...

—Vea el reló, mama; usted sigue a la antigua...

La vieja suspira:

—Yo no creo en la cencia...

—¡Ah!, ¿no cré en la cencia? ¿Y cómo cré en el doctor entonce?

—Che Liboria, bien se echa de ver que estás

mejorando, aura siquiera prosiás. Braulio, tu marido, por un lao sin abrir el pico, vos al otro costao pasandoté los días y pidiendo las cosas por señas. Cualquiera que no los haiga estudio cré que vos te hallás muy grave, y tenés un refrió. Braulio da asco por lo flojo; no come, no duerme, no sestea... Se está quedando en la osamenta... ¡Porque la mujer agarró un refriao!

Liboria también creyó que su mal era pasajero. Mas el recuerdo de la finada está muy fresco en su memoria. Día a día sigue la marcha de su mal. Lo reconoce. Se le acercó de puntillas, la golpeó en la espalda con el índice huesudo. Fueron puntadas que no quiso atender. Luego sintió un cansancio como si llevara algo a cuestras. La dolencia aquerenciada subía de los hombros a la garganta y se la arañaba. Empezó una tosecilla seca y cargosa. Ya la había oído tanto, que despertaba creyendo encontrar a la hermana enferma, todavía allí. Se calló. ¡Para qué incomodar! ¡Braulio trabajaba demasiado! El arado pesa mucho y ella veía a su marido empujarlo de sol a sol, clavados los pies en la tierra blanda. De día se escondió para toser. Por las noches el labriego fatigado no la sentía. Ella pasaba en vela hasta el amanecer; miraba dormir al marido, sentía que su dolencia la envolvía en una ternura infinita, aviso de algo que al acortarse se ahonda. Y amó la vida por el hombre, por los pájaros libres, por el rancho de barro. Empezó a sobrealimentarse, a



## YAMANDÚ RODRIGUEZ

pelear. Tuvo fe en sus veinte años, en el aire seco de la chacra, en la primavera cercana...

—Escuchá, Liboria, ahí vienen. El potrillo le relincha a la tubiana; sentilo galopiar al largo e' la sogá.

—Dejuro son ellos, mamá. Salga y le hace sala al dotor mientras me arreglo un poco.

En el patio, la vieja se encuentra con el médico y Braulio. Hacen rueda; y los brazos caen y los ojos bajan y el tono de la voz descende también.

Liboria cierra con llave, y, fatigada a punto de tener que sentarse entre prenda y prenda, termina de vestirse, extiende las ropas del lecho, abre y llama al facultativo. El médico, contra lo que era de esperarse, le demuestra alegría por encontrarla de pie.

—¡Muy bien, Liboria! Es inútil; carnadura criolla; les cortan un brazo y les crece otro. Ahí la tienen llena de colores, sin fatiga... ¿A ver? (le toma el pulso agitado). ¿No dije? Ni temperatura. ¡Es admirable! Pronto saldrá al campo con el delantal lleno de semilla a tirar puñados de trigo...

Es un viejecito de los de tristel y sangría, casi inofensivo. Conversa mucho y receta poco. Ausculta a la enferma. El respeto mantiene de pie y en silencio al marido y a la madre. Braulio, ceñudo, oye la respiración fatigosa de su mujercita. La vieja seca sus ojos con el delantal.

—¿Por qué llora, mamá?

—De alegría, Liboria... ¿No óis que estás casi sanita?

—Dotor, ¿es cierto eso? ¿Se alivea mi prenda?

El médico continúa percutando el dorso de la enferma. Luego se incorpora.

—Sí, el estado congestivo es pertinaz... Pero está muy mejor.

—Entonces, ¿podré ajuntarmelé, dotor? Yo ando perdido sin Liboria. Anoche me despertó a media noche y me echó de su lao, a dormir al galpón. ¡Está muy rara conmigo! Éramos tan aparceros antes... Mi prienda no andaba sino atrás mío, como una colita... Apareaos díbamos al surco, al arroyo... Codo con codo partíamos el mismo güeso de espinazo. ¡Está muy rara conmigo!...

—Sí, ¡pobre!, está un poco fastidiosa. La salud hace la bondad, Braulio...

La enferma los interrumpe.

—Güeno. Yo quiero prosiar sola con el dotor. Mama, váyase con Braulio a la cocina y de paso priende fuego, y hace algo pa comer.

Cuando los dejan solos, Liboria se sienta en la puerta, cortando la retirada del médico, reacio a toda explicación.

—Dotor, ¿si acuerda e' la finada mi hermana?

—Sí, hija...

—Güeno. Ella murió tísica y yo juí quien la cuidó. Yo estoy lo mesmo. Y muy mal... ¿oye?

¡Si lo sabrá él! Las ojeras le dicen fatiga. Los colores gritan fiebre. La mano llevada al pecho,



*YAMANDÚ RODRIGUEZ*

dolor. Nada ha podido con el enemigo. Pero el médico se niega a causar con su verdad amarga nuevos dolores a la pobre vieja. Siente compasión por Braulio, a quien ha visto llorar por el camino. Miente una vez más; le es imposible sentenciar a una criatura de veinte años, dulce como Liboria, cuyo sacrificio por la hermana le ha costado la vida.

—Dotor, contestemé... Yo lo tengo por un hombre de conciencia.

—Usted tiene una congestión curable en unos meses; nada más.

—No. Si habré bombiao a la finada! Es muy ruin engañarme! Mentirle a una pobre mujer que no ha vivido nada! Me crié aquí. Aquí mesmo pené, inorante... Dispués cayó enferma la finada, yo me encerré con ella y dispués con el luto y dispués con el novio... Siempre sin salir, sin ver, sin conocer más que trapos negros y miserias, entre totoras y barro. La cosecha este año iba muy linda, pensábamos por una vez salir de este mundo tan chico e'la chacra y ver algo e'la vida.

—El año que viene, podrán pasear, mi hijita — le dice el médico mirando al suelo por miedo de que la enferma descubra su dolor.

—¡Dotor, yo no tengo año que viene! Yo quiero que usté me resguarde. Mama rai mucho, luego se sienta en l'oscuro y llora sin ruido. No me incomoda. Pero ¡Braulio! Ese viene, dentra, habla, me mira, me manosea, me quiere distrair. ¡Distrair! — se exalta y la fatiga la ahoga. — No

se da cuenta el disgraciao que yo tengo apenas unos meses de vida. Si pienso en cualisquier cosa, el tiempo se me va sin sentir que resuello. ¡Dotor, que no me roben este cabito e' vida! Hasta hoy mesmo, como créiba sanarme, lo aguanté a Braulio. Di hoy pa adelante si acabó!

El médico se asombra; pero comprende. Liboria, verbena de colores fuertes y aroma suave, tan llena de generosidad en la salud, tiene ahora el lógico egoísmo de los enfermos.

—¡Tú eras tan buena muchacha!

Ella colérica le interrumpe. Se ha puesto de pie, ha cerrado los puños y grita:

—¡Güena muchacha! Venga p'acá.

Va hacia el lecho, levanta de un tirón las ropas y le muestra sábanas y colchón empapados en sangre.

—Mire esto. Sabe que es ¿verdá? El gómito ¡Un charco! Ni una vaca degollada suelta tanta. Quiero morir a gusto — le suplica. — Sin freno, sin miserias, sin naide...

—Calla, hija... Debe ser del estómago. No te pongas así.

—Escuche, yo no tengo miedo de estar tísica. Me asusta sólo una cosa: no saberlo, que la muerte me agarre dormida. Aura dotor, piense en lo que ha de risponderme: ¿estoy como la finada?

En vez de contestarle, guarda silencio. No debe engañarla; y, sin embargo, no puede, no tiene valor para pronunciar la verdad. Cabe en un monosílabo y no sabe decírselo.



YAMANDÚ RODRIGUEZ

—¿Le falta coraje pa largarmelo? No importa. Si estoy tísica y me voy pronto, usted sale ajuera y me libra de Braulio; le dice que se vaya lejos. No lo puedo ver, como a este rancho, como a estas sábanas. ¡Ansina sabré la verdá!

El buen galeno se ahoga allí. Levántase en silencio con su paraguas y su sombrero alto. Cuando traspone la puerta Liboria le detiene.

—Mi dotor...

El viejo vuelve la cabeza. Ella le suplica.

—Miremé...

Las pupilas brillantes y las otras apagadas pupilas se hablan en silencio unos segundos.

—Aura sí, sé que ha de rispetar mi voluntá de di-junta. ¡Que Dios lo ayude!

Queda esperando. Cae la noche. Llegá de la tranquera una conversación en voz baja. La vieja, sentada en el umbral de la cocina que se agacha entre los yuyos, continúa su rezo y descuida el asado. Hay olor a carne chamuscada. Al rato Liboria siente partir el "sulky" llevándose al médico. En seguida oye y reconoce los pasos lentos de un hombre. Braulio desde que la mujer se le enfermó camina como en los entierros. Ahora se ha detenido junto al rancho de su compañera y solloza.

—¡Liboria... dice que estás cuasi sanita!

—Creo en Dios todopoderoso — se oye entre el humo y los terrones de la cocina.

—Liboria, mi prienda, ¿sabés lo que me dijo tamién?

Ella, desde las tinieblas de su cuarto, le gritó:

—¿Qué? habló pues...

—Que me juese de aquí. Que es preciso pa tu mejor curación. Liboria, ¡mi cariño! ¿Vos lo pensás ansina? Podés pasar sin mí, ¡sin tu indio!

—Sí; me parece que lo primero es mi salú. Perdoname. Estribá y te golvés a tu casa. Son unos meses apenas, quizá menos...

—¡Mi china! No sé que vas a hacer cuando yo no ti alcance el vaso di apoyo y tomemos los dos como antes por el mismo lao en la espuma marcada por tu boca. Y de noche, mi alma ¿quién buscará tu querencia cuando yo no estea? ¿Quién se va a tirar ái, en el suelo, junto a tu cama, pa lamer a lo perro tus manos? Naide...

—No quiero, Braulio, he pasao demasiao miedo, he sentido a la muerte arañarme los bofes... Vos no me dejás en paz. Respirás junto a mí, me robás el aire. Andate; por cariño me podés hacer daño, mucho daño.

El, desde la puerta, le extendió sus brazos. Ya no lloraba.

—Yo ¿sabés? me voy. ¡Vos lo querés ansina! Siempre mi vida jué tuya y aura dende la ausencia lo será...

—Eso es ser cariñoso. ¿No decís que juraste pa dentro campiar un gran dolor si yo sanaba? Ai lo tenés; ¡cumplilo! Así me curo más pronto.

—¿Cuándo ordenás que estribe?

—Aura mesmo. No le digás nada a mama. Ai



*YAMANDÚ RODRIGUEZ*

tenés ese caballo ensillao pa dir a lo urgente, montálo y te vas.

—Güeno mirienda! Dame un beso.

Ella retrocedió hasta cerca del lecho.

—No. Braulio. ¡No!

Pero él salta en lo obscuro, la toma en sus brazos de labrador, vence la pobre resistencia que le ofrecen con desesperación y al susurro del nombre querido le roba un beso y muchos besos en la boca apretada, en el suello suave, sobre la frondosa cabellera. Es un minuto de sesenta caricias, anticipadas al hambre de la ausencia.

Ella logra por fin desasirse, se toca la cara húmeda de llanto y besos. Y entre la fatiga silban dos palabras.

—¡Qué asco! ¡Qué asco!

Ha caído en el lecho. No puede moverse de extenuación. En seguida se incorpora. Oye el galope de un caballo y la voz de Braulio que se pierde a lo lejos repitiendo:

—Adiós... Adiós... Adiós...

Entonces cae de rodillas sobre el mismo barro donde el marido pasó las noches en vela besándola dormida; hunde la cara en ese polvo humilde y lo besa y lo acaricia contándole su secreto.

—¡Braulio! ¡Sos pa mí más que Dios! Hombre güeno... ¡Aura que estoy por dirme te quiero tan hondo! Cuando güelvas me campiarás sin hallarme. Lejos de vos yo tengo que morir antes de la misma muerte... Pobrecito, tan flaco, tan cansao, tan triste... ¿Cómo querés que te deje a mi

L I B O R I A

lao? ¿No ves que tu Liboria es un yuyito malo? ¡Braulio! ¿No ves que en mi boca anida la muerte y te puedo pegar el mal?

Con un candil humeante apareció la viejecita en la puerta. Al ver a Liboria corre hasta ella.

—Mi niña... mi Liboria ¿estás mal? Alzate, por amor del crucifícao...

—No, mama. Quiero estar ansina sobre este mesmo barro ande él me cuidaba... Sabe, Braulio... ¿Si acuerda de él mama? ¡Hace tanto que se jué!...

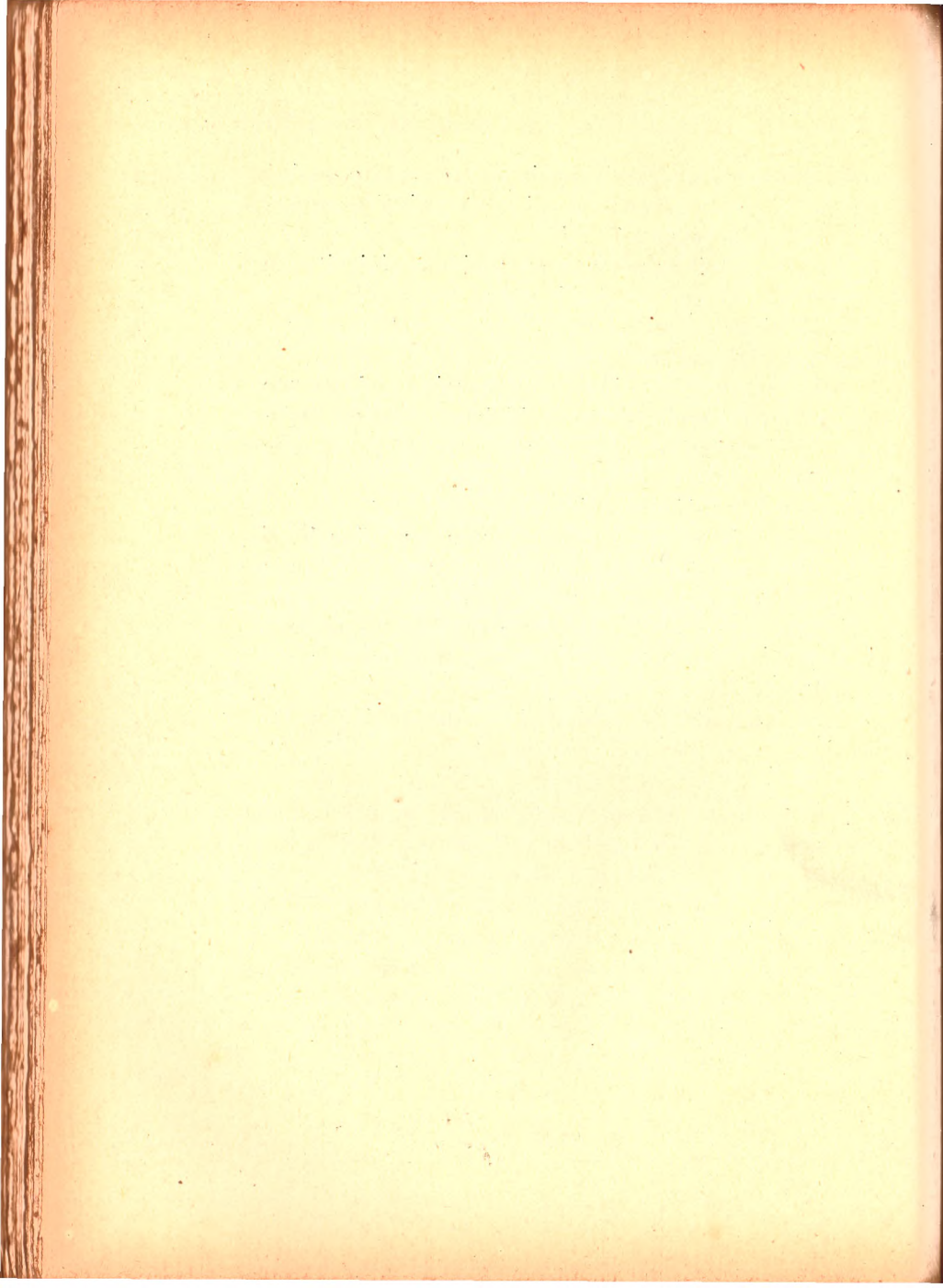
—Ande rumbió ¿a qué?

—Lo eché yo, mama, yo mesma pa salvarlo e' la peste... Pronto me muero, mama; la finada me está llamando...

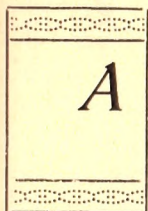
La madre la ayudó a tenderse en el lecho, la besó en la frente, en el pecho y en los hombros, santi-guándola:

—Dormite, m'hija, discansá... discansá por las dos...





# Manso



VE María!

Por la puerta de la cocina asoma un ojo el gurí. Dos peones, que medicinan ovejas bajo una ramadita, alzan las cabezas melenudas, miran al recién llegado y continúan su trabajo. Y hasta la clueca encrespada que desparrama sobre el asoleado patio una media cebadura, interrumpe un instante su tarea al oír el religioso llamado y, en seguida, sigue llenando de polvo y yerba a sus pollitos.

Desde el interior de la cocina, el gurí grita entonces con la voz ahogada por el humo:

—¡Padrino! Ai llegó uno...

Es ley en la estancia que, fuera de su dueño, nadie salga a recibir las visitas. Don Primitivo Larriera, en mangas de camisa, bombachas y botas, aparece en la puerta de la sala; echa hacia los ojos el viejo chambergo de ala quebrada y se encamina al palenque buscando entre sus recuerdos la cara barbuda y morena del recién llegado.

—¡Güenas, paisano! — grita mientras avanza trastabillando en los huesos que erizan el patio. — Eche pie a tierra, desensille, suelte su oscuro y dentre, si es gustoso. Aquí, a esta mano, queda



## YAMANDÚ RODRIGUEZ

el galpón — señaló. — Y en frente, la cocina; hallará fresco en un lao y fuego en l'otro.

El visitante es un fornido mocetón de barbas negras y ojos claros. Luce la frente ancha, el gacho a la nuca y una mejilla rubricada por larga cicatriz. Se adivina, bajo el ala del poncho, su musculosa armadura bronceada por el sol. De toda la arrogante figura despréndese un vaho áspero de confianza. Sin embargo bala en vez de rugir, como si le hubieran prestado la voz. Habla calmosa y suavemente, con esfuerzo.

—Vea, don, muchas gracias por su oferta; dispús, si acaso, será. Yo soy Macario Tejera, pa servirlo; un hombre que quiere salir de oscuro. De los Molles Chicos hasta aquí llevo galopiao medio país sobre la güeya de sus mentas.

Primitivo entiende que su fama apenas tiene fuerza para saltar el cerco de piedra de la estancia, llegar con mucha fatiga al rancharío vecino y morir magullada entre las piedras del primer arroyo. Es indudable que Macario Tejera ha llegado por equivocación. El único hombre del pago, con menta de cincuenta leguas, es el rubio Dávila, la mejor vista y el mejor puñal de su tiempo: una cabeza zurcida a tajos como melón escrito. Rezago de la época del cuero crudo y de los hombres crudos, cuando los brutos heroicos, al caer malheridos, taloneaban estertóricos sobre los pastos, apurando el galope para salirle al camino a la muerte.

Sí, el forastero llega equivocado. Mas la edu-

cación cierra, tras el anca del oscuro, las porteras de la estancia. Aclarar sería rechazar al visitante.

—Bien, paisano Tejera, diga en qué puedo servirlo.

—Muy clarito es... He llamao en su azotea pa de a caballo decirle: cuentan que usté es muy toro y yo soy toro namás. No pienso que me desaire...

—¡Nunca desairo a nadie que estea pisando mi campo!

—Ansí lo creo y, como tal, teniéndonos por machos los dos, vengo a convidarlo pa resolver a puñal esa custión.

Primitivo permanece en silencio. Ya no cabe duda. El mocetón del habla suave y el ceño adusto ha errado el camino. Larriera admira aquel ancho tórax donde cabe cómodamente un rodeo de tajos; luego, los brazos nervudos capaces de arriar ese rodeo hasta el pecho del adversario. Mide el facón de "S" que rebasa la cintura de Macario Tejera. Es un arma larga de esas que despachan por varas en las pulperías. Palpa en cambio, su cuchillito corto, de reyunar gatos. Piensa en su trabuco atorado de balines y, sin embargo, no duda. Se acuerda de Dávila. Evoca la cara que pondrá el rubio cuando le cuente el duelo, luego los ojos asombrados del retador al conocer el chasco y sobre todo, antes que todo, alto entre las consideraciones como un penacho de plumas indias, piensa que un forastero ha llegado a la azo-



YAMANDÚ RODRIGUEZ

tea de Larriera a pedir algo y es fuerza complacerlo.

—¡Güeno, Tejera amigo, si tal es su gusto, quiero servirlo! Elija cancha, arma y hora. Usté es el dueño e'casa.

—¡No aguardaba menos de un crudo e su laya! Hablaremos a cuchillo ai nomás, en ese playo frente al corral; y en siendo, que sea aura mesmo, con sol alto y parejo.

—Abajesé. ¡Ahijao! ¡Ahijao! — llamó.

Con el mate cebado, adelantándose a la orden, apareció el gurí.

—Deamé ese amargo, ahijao. Vaya a mi cuarto y traigamé el poncho vichará que debe estar en la cómoda u sinó junto al recaó nuevo.

Mientras tanto, Tejera le saca el freno a su caballo. La soberbia del gesto trae a la memoria de Primitivo el recuerdo de los suyos. Los Larriera siempre fueron criollos de lengua y manos sueltas, palabreros y bravíos.

—Dicen que el coraje es callao ¡mentira! — piensa. — El tigre, el yaguareté, salta en silencio. Los míos prosiaron siempre hasta en el peliar. Un entrevero pincha más con los insultos que con las lanzas. Yo no era más que criollo a medias. Antes...

Como el gurí demora, Primitivo le grita a su contrincante:

—¡Aguarde un pucho, don Macario, y rece una uración si acostumbra!...

Hasta la edad de treinta años, Larriera vivió pacíficamente sin pelear con otro enemigo que la

suerte. A solas luchaba combates imaginarios. Le preocupaba entonces medirse el coraje, pero desnudeaban ya los alambrados amansadores. Inútilmente esperó una "topada" de toda su talla varonil, puesta el alma en las pupilas y éstas en el cuchillo, apretados los puños y bien abiertos los pies para adherirse a los yuyos del terreno. No ceder allí ni una pisada de chimango. Quitar; pero más que quitar, herir. Dejar al otro en cruz sobre el campo — de cara al sol para no difuntearle el ánima — y luego salir herido dando traspiés hasta la primer cañada, tirarse de bruces en la orilla y allí beber tendido como beben los pumas.

Para salir de dudas fué a la última revolución. A los quince días de marcha encontró la batalla. Alineado en el segundo escalón, espera la señal del clarín para cargar a lanza. En el silencio que precede al tropel oye con asombro que un temblor parecido al miedo le hace tintinear las espuelas, y se llena de rabia. Avergonzado, enristra el lanzón, y diciéndose improprios carga con todos los suyos. Al principio no ve nada más que polvo, luego crines flameando entre el humo. Quiere que su caballo muerda el anca del caballo delantero para no quedarse atrás. Adelante, el clarín, resoplando, es un cuarteador de bronce que los cincha. Chiflan el viento y las moras. A sus lados los compañeros tropiezan en las balas y caen. El primer escalón apenas logra morder con las moharras el cuadro de infantes enemigos. El segundo, rebasa la línea azul erizada de bayo-



*YAMANDÚ RODRIGUEZ*

netas. Lancean y gritan. Y entre el pantallazo de las descargas, Primitivo, se encuentra solo en medio del cuadro, haciendo girar en las riendas su redomón. Había que volver a salir; dar la espalda a los contrarios y, acaso, recibir la muerte por la espalda. Acuérdate allí del tintineo de las espuelas y se condena a muerte por maula. En un grupo de caballeros, a su derecha, reconoce al jefe enemigo y su estado mayor. Pone proa a ellos, y al tranco, despacio, con el gacho a la nuca y bien alta la tacuara viboreante, cruza por frente a los oficiales, pega con la mano en el hocico del caballo del jefe y dice a éste, sonriendo:

—¡Asujete, coronel, que pasa un gaucha!

Mientras se aleja, oye a su espalda un movimiento y una voz imperativa que grita:

—¡No le tiren, no lo maten, déjenlo ir por guapo!

Recién entonces, limpio por esas palabras de su cobardía anterior, Primitivo Larriera cerró espuelas y se alejó al galope.

—Padrino, aquí está el poncho.

—Apurate, pues, trái acá, ti has quedao distraído haciendo esperar a ese hombre.

Deja caer el chambergo a la espalda, envuelve en el poncho el brazo izquierdo y se acerca a Macario.

—Disculpe si lo he dimorao. Hoy no calculaba peliar, ¿sabe? Su visita me agarró sin poncho. ¿Vamo's?

—Di acuerdo.

Llegan al playo, lo despejan y se colocan frente a frente: los aceros casi unidos, los ponchos al brazo y, en la arruga del entrecejo y las alas abiertas de los párpados, la señal de la cruz.

—¡Tejera, que Dios ayude al más güeno!

Combaten trazando círculos al ruedo de la muerte, descubiertas las frentes, cubierto el pecho, emboscada la intención bajo la maleza de las cejas. Los aceros chocan, resbalan sobre el filo, se muerden en la cruz. Es un relampagueo del que surge el rayo del puntazo. Tejera, firme, aguanta y rechaza las embestidas, atacando a su vez con golpes altos, mientras revuelan los ponchos en una llovizna de flecos. A cada acometida, Primitivo cobra bríos. Son fuerzas que llegan a su brazo desde muy lejos, de aquellos antiguos Larriera cazadores de pumas, que cosían con tientos los desgarrones de las zarpas, tejían con esos tientos un bozal "potriador", y sentaban de garrones la muerte.

—¡No lo he desairao, Tejera! Y eso que me lleva usura en lo mózo...

Calla para desviar un golpe.

—¡Güen brazo, amigo! Lástima que la lengua no lo ayude. Macario, si usted no juese tan callao...

Acomete. Lo empuja el orgullo. Su diestra abraza la empuñadura con las cinco vueltas de los dedos; es como si su cuchillo corto estuviese enastado en carne al brazo largo de bravura. Sus puñaladas, rumboadoras al pecho, encienden de chis-



## YAMANDÚ RODRIGUEZ

pas el facón enemigo y se apagan sobre el poncho lastimado. Tejera reconoce un valiente digno de su fama en aquel cuarentón conversador y baquiano. Comprende que ha llegado el momento de retroceder o de atacar, y ataca. Los dos sangran, jadean e insisten. El mozo se encoge, salta y apuñalea. El escudo de Primitivo no llega a tiempo, su pecho no logra apartarse más que a medias y el arma de Tejera hace carne en el costado y resbala sobre las costillas. Larriera se llena de dolor y sangre: mas, por un instante, siente libre frente a su cuchillo, el pecho enemigo, fatigado y ancho. En ese momento puede envainar en Macario hasta la cruz. Y en vez de herirlo vuelve el arma y, desde lo alto, pega con el mango de plata en aquel tórax. Tejera tose al golpe, trastabilla y cae.

—¡Pudo matar! — le grita, ronco por la fatiga. Larriera aprovecha la caída del contrario para respirar.

—Pude matarlo, mesmo; pero dije: ¿pa qué? ¡Yo no busqué más que darle un gusto! Levántese, Tejera, y comencemos.

—No, señor. Me doy por redotao. Que lo siga peliando Calengo. Deamé su mano de amigo. Le sangrea mucho el costillar...

—¡Dejeló! Estoy demasiao gordo!

Entre las protestas de Primitivo el vencido se quitó la golilla bordada y, quieras que no, le vendió con ella la herida.

—Aura sí, ande quiera que Macario Tejera ca-

mine, ha de rilatar el cómo teniendo usté mi vida en su puñal, lo dió güelta y me acostó de un mangazo.

—Como le parezca, aparcero. Aguardo que desensille, dentre y discanse...

—No, señor. Me va'disculpar; de aquí mesmo pego la güelta, tristón...

Ha parado a mano el oscuro, lo enfrena y estrecha en silencio la diestra de su vencedor. Luego empareja las riendas y amaga poner el pie en el estribo de copa; pero una pregunta lo maneja todavía y luego de muchas vacilaciones, animado por la cara sonriente de Primitivo, acaba formulándola:

—Perdone, amigo, la curiosidad y digamé: ¿si usté es indio derecho, ¿por qué le llaman el rubio Dávila?

—Yo no soy ese, soy Primitivo Larriera. Macario tambaieó.

—¿Cómo dice?

—Como l'oye: Larriera... Estanciero soy y creo que hasta medio flojo. Usté es el primer varón con quien me sacudo mano a mano.

—¡Yo lo pelié errao, entonce! Buscaba al rubio Dávila...

—Lo calculé... Lo calculé y me raiba...

—¿Y por qué no me lo dijo, amigo?

—No venía a cuento. Usté llegó a la sombra e mi azotea, me convidó a peliar ¡y güeno! ¿Cómo iba a desairarlo?



YAMANDÚ RODRIGUEZ

Tejera levantó el poncho y estribó. Tenía ganas de reír y de enojarse.

—Y entonces, Larriera ¿no es peliador, dice?

—¡Di ande! En este pago no hay más que un solo guapo. Usté lo sabe: es Dávila, y vive en una azotea ai a mano derecha, como quien va pal Talar del Medio. Ese sí es hombre probao, tiene una cadera como cincha e queso di aujeriada. Pa combatir vealó a él. Juera e Dávila no va'hallar más que gente igual a mí, todos los demás aquí semos pobres chacareros mansitos... ¡Si parecemos criaos guachos!

Macario Tejera torneó el caballo rumbo al camino, dando el anca a las azoteas de Dávila y de Larriera. Antes de castigar miró a Primitivo y le gritó, entre encrespado y zumbón:

—¿Entonces, Larriera, mansitos a lo guacho, dice?

Luego hizo mosquear el oscuro de un rebencazo y galopó entre el polvo.

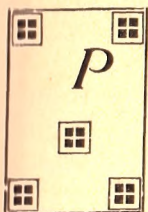
Primitivo lo miró alejarse, se apretó la herida y saludó con la mano a su enemigo por equivocación.

—¡Qué galope lleva este Macario bandido! ¡Vea que es preciso ser loco derecho pa salir de su casa a peliar ansina, como quien sale a tomar un mate! ¡Lo que se va a ráir el rubio cuando le cuente!...

*Hasta acá:*

# El Rapto

A C. Martínez Paiva.



RIMERO un silbido; luego, el grito:

—¡Eh, paisano!...

Pedro sujeta al “picaso”. Desde la puerta de un rancho “lunanco”, “uno” lo llamaba.

—¿Es a mí, amigo?

El atajador, criollo de bigotes gachos, avanzó hacia el camino con el paso lerdo, el sombrero sobre las cejas, un pucho entre los labios y las manos en los bolsillos de la bombacha.

—Aquí ande me ve, amigo, ando un algo preocupao.

—¿A causa?

—De que van pa diez horas que llevo con un dijunto en el rancho. Mi tío Pascualón Badía se me quedó en la madrugada como un pajarito.

—¡Vea! ¡Pobre!...

—No lo compadezca. Ya llevaba cinco años comiendo poco. Los pasó ahí, sólo, sentao en la culata el rancho... ¡Pa lo que se distraiba aquí!

Pedro paseó sus ojos por el paisaje: una cerri-llada agria, un campo de espartillo, un camino “pelao”. En vano las miradas buscaban un árbol para posar. Ninguno. Ni un cañadón. Junto al



*YAMANDÚ RODRIGUEZ*

rancho, el barril del agua, daba sed. En torno, todo se había acostado al sol. Se explicó que el rancho tuviese dos puertas asomadas curiosamente hacia dos vientos. La novedad que entrase por una de aquellas aberturas, si miraba el féretro, salía huyendo por la otra. Imaginó al difunto sin luces, sin flores, tal como al parecer había vivido... Y asintió:

—¡La verdad!...

—Lo vengo bombiando hace horas, dende que usted era un humito en el camino. Cuando se jué acercando y vide que traiba un carro e'pértigo, medio resollé...

Pedro no puede precisar para qué lo querrá aquel hombre. Los dos callan. Mientras uno, con la pierna cruzada sobre el lomillo, conjetura, el otro, por debajo del ala, observa. El pasajero va bien trajeado. Sus botas "rejucilan". El nudo de la golilla blanca aprisiona un clavel rojo, como si al apretarlo hubiese el pañuelo soltado una gota de sangre. Le han afeitado al mozo las mejillas a prueba de besos. En aquella melena tan brillante y lisa se nota que ha "dentrao" desde peine hasta lengua.

—¿Usted no es de este pago, no?

—Justo.

—¿Va pal pueblo?

—Tengo esas miras.

A pesar del solazo, callan de nuevo.

—La cosa es que aprieta el calor y tío Pascualón sigue dijunto. Yo no tengo caballo agarrao.

## EL RAPTO

Y no está bien que por llevarlo hasta el pueblo, deje la casa abandonada tantas horas... Usted dirá que yo no lo conozco pa pedirle un servicio... Y tiene razón... — Le pegó un par de chupadas al pucho que se encogió ante el fuego. — Por eso ha de risponder derecho. ¿Quiere u no prestarme una mano?

—¿Cómo?

—Muy fácil: de paso que va a cruzar cerca del camposanto, carga con el finao y hace de modo que lo entierren. Aquí está juntando moscas que es un disparate. ¿Aceta?

Pedro es servicial arrepentido. Cada atención suya, argolla safada, buscando cidera le golpeó la frente. Cuando un gacho se vuela y descansa y salta y pasa el alambrado de púas para esperar al perseguidor, lo deja acercarse y torna a huir, hasta que se rinde, por fin, en el macizo de un cardal, el dueño siempre espera y Pedro siempre corre. Las piedras rodando se hallan, dice siempre. Y lo peor es que lo cree. Suda para regar agradecimientos. ¡Esta tarde camina tan alegre con su carrito vacío! No anda con plata, pero lleva una misiva en el tirador. ¡Tiene tantas esperanzas! Se deja un amigo por llevar un muerto. Luego, más tarde, bien pudieran mudar las cosas y él hallarse con un dijunto en las casas...

—Aceto...

En silencio llegan al rancho. Allí, sobre el catre, descansa don Pascualón. Una mosca azul le camina en el rastrojo de las barbas. Le han ves-



YAMANDÚ RODRIGUEZ

tido con una camisa verde a lunares y un chiripá obscuro. Pedro busca algo por los rincones.

—¿Y el cajón? — pregunta.

—Yo le doy lo preciso y usted lo compra en el poblao. Aquí, ¿ande via sacar leña pa un cajón? Si le tiene desconfianza podría retobarlo en un cuero... Pero desaprevengasé. Los muertos no muerden...

—Claro...

Entre los dos dejaron a don Pascualón en el carrito.

—Güeno, amigo, gracias...

—Dejesé de pavadas, un servicio se hace siempre pa adentro. Yo le voy a rezar y todo. Sestee tranquilo.

Le contestó un bostezo. Antes de que el "picaso" empezase a trotar, ya el sobrino del finado ha emprendido el regreso, "cabrestiado" por el olor a carne chamuscada que llega de la cocina.

—Vea... Vea qué compañía pa dir a un candombe. Las más veces ocurre que se sale ansina de los bailes, cuando se apagan los candiles y se arma una trenza de ocho...

Mientras el carro tartamudea sobre los terrones, Pedro llama a Poncianita y la sienta en la cabezada. Equilibra así el peso. Fué aquélla su flor de yuyo. Le duró unas horas de novia. Era ñata, con un bozo como durazno verde y un lunar cerca del bozo. Tenía veinte años que valían por quince; un portillo en los dientes y un hoyo debajo de la boca, por si se escapaba un

bese. La tardecita que ella llegó "pa quedarse", Pedro, arisco, sintió ganas de dirse; pero se con-  
tuvo. La ayudó en el amasijo. Le calentó el hor-  
no, con leña fuerte y miradas tiernas. Poncianita  
reía, y Pedro suspiraba. Poco después, la patro-  
na, por chismorreos y envidias, la echó de la es-  
tancia. Cuando la ausencia se le horquetó en los  
hombros, el mozo anduvo desganado, comiendo en  
las noches miguitas de estrellas. Aunque muy ler-  
dón, pasó un mes... Hasta que recibió una carta,  
no de la ingrata, sino de su comadre, Sibila Cor-  
neta, curandera del pueblo.

—¡Güenaza, mi ñata! Trompezó conmigo, dia-  
blo como soy y dejuro, cayó. Es que salí embo-  
rrachador, derecho...

Ha vuelto la cara veinte veces para mirar a Pas-  
cualón Badía.

Si un dijunto es feo — piensa — ¿por qué le  
aquerencia los ojos a uno?

Siente fastidio de encontrarse con aquella cara  
siempre igual y la cubre con su pañuelo.

—Aura sí, don Pascualón — le dice — no po-  
drá quejarse de su último aparcero. Le daba mu-  
cho el sol en las vistas... Si siente olor a helio-  
tropo, no se asuste y piense que es tierra floreci-  
da.. Es mi pañuelo agatas.

Al reiniciar la marcha, se pone a deletrear aque-  
lla carta de su buena comadre.

"Pedrito: Sos un abombao. Si no juese por el  
sacramento que nos une, nunca te hubiese escre-  
bido esta carta. Ponciana está aquí, en este pue-



blo, aconchavada. Un hombre la hubiese rastreado: vos la dejaste dir. Lo pior es que la pobrecita a cada día que pasa te recuerda más. Dice que vos juiste la causa e'que la patrona la despidiera. Calcula que esa señora ha de andar queriendoté y por eso inventó un amor entre el marido y Ponciana, pa librarse de la rival...

—¡Oh! ¡Y pudiese ser nomás! Yo, tiro que hago, cachirla al suelo... — Mira a don Pascualón. — ¡Pobre viejo! Si resollase se iría augando.

Desmonta. Le quita el pañuelo y encuentra que ahora los barquinazos le han ido aflojando los párpados y las mandíbulas. El difunto lo mira y sonríe.

—¡Diablo! ¡Aurita nomás se pone a conversar! Le pego un tajo a la cidera y salgo por esos campos pechando alambres...

Arrepiéntese ya de aquel servicio. Por las dudas, coloca al muerto de bruces y torna a avanzar sobre el camino y la lectura:

...“Te previendo que esta ñata, conociendo mi amistá con vos, me ha ordenao que no te escriba. Yo le hago un feo a la pobre y me salgo al camino del correo pa medio ponerte en el secreto e'lo que anda por suceder. A las mujeres, Pedrito, hay que ganarlas el tirón. Ande nos den lazo, endurecemos el cogote y no hay campo que nos baste. La ñata está de linda que hasta rabia da. Con razón, pues, le arrastran tantos el ala. Hay uno más que todos, mozo de aquí, caminador, como güen pueblera, que no se le cai de la oreja:

caravana de ella parece. Lo llaman Raúl. Güeno, ni siquiera así la pobre te olvida...”

Al llegar a esta parte, pincha al “picaso”, el caballo se abalanza, testerea el carrito y por poco pierde al difunto. Don Pascualón está todavía allí, pero con ganas de quedarse: Lleva medio cuerpo casi de arrastro, la cabeza colgante en la cula y los brazos caídos. Parece extenderse al barro. Reclama el entierro.

—Vaya un finao andador éste. ¡Quién me habrá metido a trairlo!...

Don Pascualón está empeñado en no dejarle leer. Pedro echa pie a tierra, tira del finado hasta que los pies rígidos se apoyan en el anca del mancarrón que se arrolla y, para asegurarlo, se sienta sobre aquellas piernas frías.

—Ansí voy, como si tuviese “perico ligero”. ¡Bien fresquito! ¡Vamos!...

“¿Sabés lo que lamenta, compadre? Que no jueses pedigüeño. En cambio, el Raúl se vande. Dice que vos te enllenabas con una palabra dulce y el pueblero, cuando menos pide, le pide una ristra e'besos. Atendé: en amores hay que dir subiendo o dir bajando siempre. Una mujer te lo asigura. Ponciana cuenta que vos, hombre que ha vivido y conoció mundo y trató tantas chinas, sos muy capaz de hacer su felicidad. Sólo un mozo avispa y conecedor de amores es tolerador. Y no se pone a custionar si de pronto le aparecen, pongo por caso, un hijo o dos a su novia. La cosa se te presienta muy linda. Si es que la seguís queriendo,



*YAMANDÚ RODRIGUEZ*

venite por aquí. Ella, si la envitás, tal vez se dejase robar. Bien la conocés, mal hombre, pa' darte cuenta que Poncianita no es ñata capaz de andarte exigiendo promesa ni anillo. Es a la usanza antigua la inocente. Se marea con el agua de unos ojos. Si quiere a un criollo, lo sigue a lo cuzca. De pasada me contó que es maturranga, se refala po' el anca. Tal vez un carro e'pértigo o una rastra vendría mejor pa' el caso. No hay por qué precipitarse en la vida. En un caballo no se puede llevar el atao de ropa, ni el catre de tijera, ni las cubijas. ¿Pa' qué dejarlas? Y hasta ha de ser lindo y con olor a nuevo cometer un raptó y mudanza en un solo viaje... El sábado e'noche vamos a dar un baile en casa. Quedás envitao. Poncianita va a venir y a Raúl, como es hijo de un gran amigo e'tata, no podemos desairarlo. Yo calculo lo que va a morder el freno, cuando le alcés la paloma y se quede chairando. Aura, de ai pa' adelante, lo que le digás a la ñata pa' convencerla, es asunto en el que no dentra la güena voluntá de tu comadre. — Sibila."

—¿Qué le parece, don Pascualón? Ya ve: yo voy de robo y usté de entierro. Y, sin embargo, los dos cabemos lindo aquí y temblamos lo mismo a causa e'los terrones. No me conteste, viejo... Via sentir frío en el espinazo, con su aliento...

El sol, ahora, apenas consigue vichar el carrito. Apera el flechillal de una loma con cojinillos dorados y se los quita en seguida para teñir de rubio al sauce aquel... De pronto se ha hecho ás-

## EL RAPTO

pero el chirriar de las ruedas. La noche empieza a esculpir una lechuza en el cabezal de cada poste y por los agujeros del vaho violeta salen ladridos y candiles. A Pedro, ese atardecer en compañía del muerto, le ha dado hambre. Primero, para engañarla, tragó el humo de un "chala". Luego, sin resultado mejor, evocó las emociones del rapto y, por último, se puso a silbar, sin duda llamando un almacén. Cruzaba un pago despoblado, caminos llenos de yuyos y vacíos de huellas. A las cansadas, encontró un boliche.

—¡Pulpero! — gritó. — Alcánceme un poco e' queso y un mucho e'vino. ¿Quiere?

El comerciante le llevó lo que tenía: un vaso de caña.

—Me agarró medio desprevenido...

—Será lo mismo. Con esta pesco el hambre.

Rieron.

—El pueblo Ñandú Culeco ha de quedar cerquita ¿no es eso?

—Cuasi le está pisando la cola. Haberá, si acaso, una legua.

—¿Custión de una hora?

—Con güen camino, sí. Pero esta madrugada cayó una manga de agua pa ese lao. Hoy se peludea de lo e'Fajardo pa adelante... Si el "picaso" es cinchador, a eso e'las nueve e'la noche, más bien más que menos, llegará.

—¡Caramba, amigo, es que a esa hora comienza un baile! Y yo llevo este dijunto...



YAMANDÚ RODRIGUEZ

El pulpero, mientras cuenta las monedas del cambio, le dice:

—Ya lo vide. ¿Es alguno e'los suyos?

—No, señor; un encargo.

Callaron.

—Güeno, hasta la vista... Pucha, mercachifle indiferente — se decía, cuando le alcanzó una recomendación:

—Vea, mozo: si halla una yegüita rabicana, ai en el camino, espantemelá pa este lao, ¿quiere?

No le contestó. Otro servicio. ¡Así se la espantase un ánima! Ya tiene bastante con don Pascualón. El viejo aquel es un peso "muerto", a propósito para cruzar lodazales. Por subir hasta ese difunto que sabe suyo, el barrial va a agarrarse de las ruedas. Si no fuese por la condenada encomienda, él pudo haber llegado a lo de su comadre junto con las guitarras y el licor de rosa. Piensa en el primer vals, en las luces, en el embrujo de las vihuelas, en Poncianita arrinconada con aquel pueblerito ligero de manos...

—Ai tenés, Pedro, apriéndé... Bah y después de todo, en algún lao había que enterrar a este pobre... La ñata no se me va a dir. Al ñudo no vengo con carro y perjumes. Y este finao es un asunto e'corazón tamién... ¡Vamos, "picaso"!

Busca el medio del barro. El caballo resbala mucho y avanza poco. Las ruedas no saltan. Don Pascualón deja de temblar durante ese trecho, aunque sigue muy frío.

Ahora empiezan a menudear los ranchos. A

## EL RAPTO

unos los ahueca un velón. Otros se agachan hasta juntar abrojos en los flecos de la quinchá:

Nandú Culeco.

—Güeno, viejito, ya hemos llegao. Aura cerca lo via librar de vivo y usté me va a librar de muerto, ¿oye? Allí, en aquel cercao que tiene un altar, con una cruz grandota, aí lo via dejar. No lo tome a mal. Es que nos aguardan a los dos cosas diferentes. Si no juese por la ñata, creame que antes de dejarlo quieto pa siempre, lo llevaría a dar otra güelta por este pueblo, conmigo. Ya no le hacen cosquillas las moscas. Don Pascualón... ya no se rai...

El sepulturero dormía. Despertó con humor fúnebre. Es un criollo de voz aflautada, que lo hace más alto.

—Alleguesé, enterrador. Tengo prisa. Aquí le traigo un dijunto.

El hombre, luego de acercar al carrito su linterna, cantó:

—Creiba que me lo decía en groma. ¿Y para qué lo quiero de noche?

—Será pa enterrarlo, calculo...

—¿De noche? Usté anda mal aconsejao, paisano... ¿Es suyo el muerto?

—¡Qué ha de ser! Me lo dieron en un rancho... Más bien es de su marca...

—¿Trujo los papeles?

Pedro no recuerda. Como no los tenga don Pascualón en algún bolsillo...

—¿Cuáles?



*YAMANDÚ RODRIGUEZ*

—Los que da el dotor. El certificaio que acredite como este hombre tuvo una güena muerte. Si no jué apuñaliao...

—A mí no me dió nada el sobrino. Tal vez los tenía y, de haragán, por no estirar la mano, se los quedó. Güeno, yo lo truje de puro servicial y asunto acabao, que es tarde. No le quiero cuestio-nar nada. Soy envitao a una fiesta. Ya me está je-diendo el finao!

—¿Quiere un consejo de enterrador? Nunca se enoje: porque se echa tierra encima. Y sepa que dijunto sin papel enrieda siempre. Güélvase. Yo, ansina, no se lo aceto. ¿Si más tarde viene a re-sultar que este viejo jué asesinao? ¿No ve, güen hombre, que el propio sobrino pudo haberle dao la muerte? Yo que usté no lo andaría mostrando tanto. Echelé un poncho encima.

—No truje.

—En fin, ya sabe...

—Stá bien. Lo que es por mí, mañana se pue-de podrir el pago... ¡Maldita sea la hora!...

Le cierran una puerta. ¿Qué hacer? Está solo, "cortao", al filo de la medianoche. Empieza a co-rrerse sobre su camisa la mancha del clavel. En tal caso, es, por lo menos, cómplice. Antes pudo dejarse "olvidao" a don Pascualón en cualquier obscuridad. Ahora no. El camposantero lo de-nunciaria. Se ve peludiando en el delito y tor-na a caminar con el "otro" a cuestas. Calcula en nueve las polcas perdidas... Y, bajo otros tantos

rebencazos, lleva a su pingo en carrera hasta la fonda. ¡Está salvado!

—¡Portón! — grita, mientras golpea el cinc con su rebenque.

—¡Va! ¿Quién es?

—Pedro Alvarao. Soy forastero...

Hasta él llega, apenas, un vals torbellino, de esos que dejan torcidos como naco a los bailarines. Es en lo de Sibila. Allí, al alcance de sus alas de gavilán, está la ñata.

—Paisano, salgo encandilao... ¿Está aí? ¿Sí? No me quedan piezas... ¡Han caído tantos de los del baile!

—¡Y qué importa! Dejemé entrar el carro aunque sea. Yo pago. Tengo apuro... bastantito.

—Es que también el corralón lo tengo cuajao de jardineras. Si lo que busca es cuidar la carga, la dentramos entre los dos. El carro lo puede desensillar aí... — Se acerca solícito. — ¿Qué trai? — Tantea. — Pero esto que toco, ¿es un hombre?

No le queda otro remedio que mentir.

—Acertó, fondero. Es un pariente mío... lo traigo muy enfermo... ¡Es caridá acomodarlo!

—¿Enfermo dice? ¡Dijunto está! Helao y duro. ¡Pucha, amigo, que es poco gaucho y mal alma haberlo dejao morir a lo perro!...

Lo retan ahora! Ya ni se enoja. Comprende que merece hasta garrote por "redentor".

—Ya que anda usted tan compadecido, yo se lo via dejar un rato; con eso voy al baile y güelvo en seguida.



YAMANDÚ RODRIGUEZ

—¡Nunca! Esto no es camposanto, señor. Dejeló en la Su-comisaría, si se anima. Pero no diga allí que se le quedó en el viaje, porque lo van a estirar en las estacas.

—¡Y güeno, si he vivir acollarao a este dijunto, prefiero las guascas! Lo que es aura, salga pato o gallareta, yo voy al baile. Capaz que me enojo y dentro con don Pascualón en la sala: aquí les traigo esto. Hincho el lomo, muerto al suelo: Vahídos, desmayos y descomposturas en manada. La ñata que se arrima, el carro que la recoge y el picaso que se desoca en el terronerío pa la que-rencia.

Es su plan. Llega a casa de la comadre. Está alborotado con su última idea. No ha sentido detrás de él el galope de un pirraco y el ruido de maíz en "imbornal", que van haciendo las balas en las cartucheras. Cuando desmonta:

—¡Asujete! — le gritan.

Obedece. Es un cabo de policía con el casco a la nuca, facón a falta de sable y una carabina en bandolera.

—¿Pa ande va con esa víctima?

—¡Yo qué sé! Pa mí que nací con un carro y este dijunto enrabaos...

—Deasé preso. Entrigue su cuchillo. Estríbe y sígame.

Está de Dios que a Pedro y su finado los enterrarán juntos. Camino de la policía, el clase le da otras quejas.

—¡Pero, amigo, a quién se le ocurre juir pa este

rumbo! Usted no ha dejao dormir a naide con el barullo de estas ruedas. Ya cayeron dos a denunciarlo. Se mi ocurre que usted es muy maturrango como delincuente. Hoy se han rejuntao un baile y un hecho e'sangre. Con dos noches igual a ésta por año, nos quedamos sin polecía. Nosotros semos hombres de carne y hueso también...

Pedro mira y calla. Tiene la conciencia tranquila. Explicará. Le queda una hora de noche por delante. No se ha perdido nada más que un poco de tiempo. El pueblo no se le puede escapar y Ponciana, cuando sepa esto con un poco de gusto a sangre, se le prende a lo abrojo.

En la "mayoría" lo esperan: el escribiente, el fondero y el enterrador. Pedro entra riendo. Ha logrado por primera vez alejarse unos metros de don Pascualón.

—¡No te riás, desalmao! Respetá. Lo que respondás quedará en el sumario. Agarre esa pluma, cabo Benítez. — Se dirige luego a los vecinos — Ustedes atestiguan. Inculpao, contestá clarito. ¿Por qué lo mataste?

El acusado explica lo ocurrido. No le creen. Incurre en serias contradicciones.

Le acusan, le asedian. Se ahoga. Ve, a su alrededor, subir la sangre. Allí cerca, horquetado en una silla, el cabo Benítez no escribe, dibuja las palabras del sumario.

—Escuche, oficial; si el melico va a dir pintando a ese paso lo que hablamos, cuando acabe la cosa, nos agarra el día. Y esto no puede ser. Han



*YAMANDÚ RODRIGUEZ*

errao la picada. Repito que sigo inocente. Llame al Comisario.

—Está durmiendo.

—Ricuerdeló.

Benítez se apea de la silla y toca con los nudillos en una puerta.

—Comisario Escayola, aquí ha caído un endeviuado al baile de la Sibila y como traí un dijunto, lo prendimos. Dice que es inocente. Me gusta pa qué sí. Pide que usted se levante. ¿Qué prefiere? ¿Atenderlo u que lo larguemos?

A través de la puerta el comisario pregunta, a su vez:

—¿Qué heridas presenta el muerto?

—Denguna, señor. Puede que abajo e la camisa tenga alguna. Eso se podrá ver mañana. ¡Ya es tan tarde!

—¿Qué cara tiene el acusado?

—Cara e' disgrasiao, señor.

En ese momento entra otro guardia civil. Trae la casaquilla desprendida y el casco en la mano, pendiente del barbijo. Se sienta, traspira, sonríe, destalona una bota con la punta de la otra. Suspira y luego da cuenta:

—¡Escribiente!...

Todos callan.

—Ai, en lo e' la Sibila, Raúl, el hijo del gringo que jué dueño e' la tahona, cayó con tres u cinco mozos de su laya y apagaron las luces, cuchillo en mano. Cuando golvieron entre chillidos a en-

## EL RAPTO

cender los candiles, todos los del alboroto desaparecieron...

—¿Hubo heridos, asistente Peralta?

—No, señor escribiente.

—¿Robaron algo?...

—Ésa es la cuestión. Se robaron a una chinita de nombre Ponciana, más liviana ella que cascarón de mata...

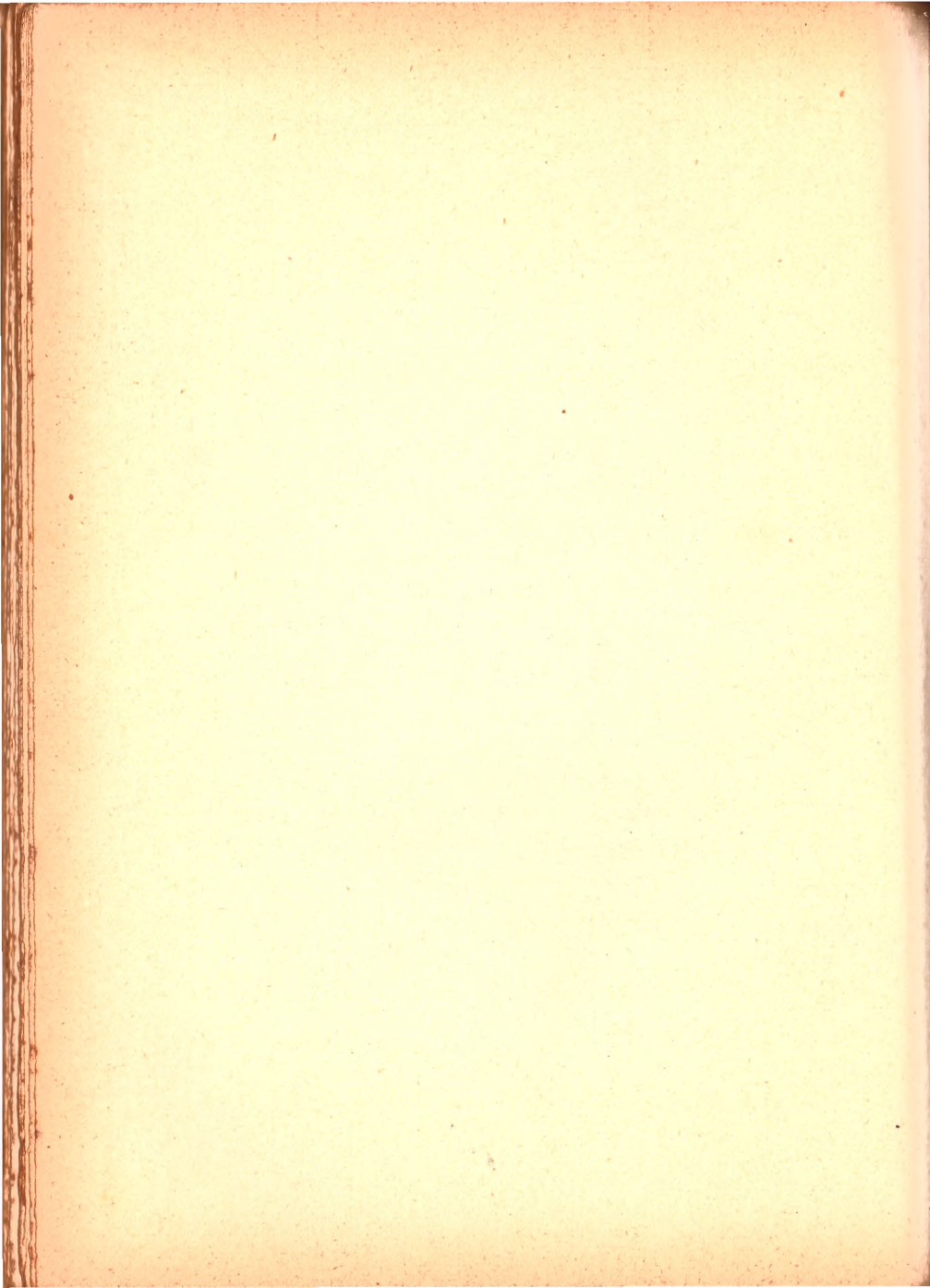
Pedro, tembloroso, se dejó caer sobre una silla.

—Atendé, Benítez, — se oyó tras la puerta.

—Ordene, comisario.

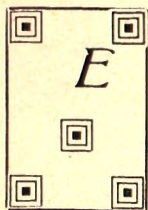
—Tengo mucho sueño, decile a ese desgrasiado que mañana arreglaremos su asunto. Ahora, larguenlo para que se vaya al baile.





# Aquella

A Enrique Larreta.



N aquellos tiempos los hombres sembraban más discordias que trigo. Usábase el calzoncillo cribao, el caballo arisco y el hombre de confianza. Los políticos de la mayoría abusaban del tiro de lazo en los escrutinios, y los perdidosos, del tiro de

fusil en las revoluciones.

Se dormía bajo la vela de la tacuara, con el trabuco a pelo y el parejero ensillado. Y el paisano pasaba los años con el pie en el estribo para ganar el monte o perder el pellejo: entre el oficio de matrero o el de difunto.

A raíz de un comicio de aquellos donde policianos, gringos, milicos, analfabetos y finados impusieron en urnas y picadas la soberanía de su voluntad, para sostener a don Cesáreo Mandillo en el desgobierno, don Cesáreo llamó a su presencia al soldado de alta Pablo Urquiola. La entrevista tuvo lugar en la estancia del señor jefe, pues éste deseaba quitarle todo carácter oficial.

—¿Urquiola?

El paisano se cuadró militarmente.

—Ordene, mi jefe.



YAMANDÚ RODRIGUEZ

Don Cesáreo pasea por la habitación con su martirizado y eterno palillo entre los dientes.

—Bajá la mano. Sentate nomás. Vos sos un vecino, un igual mío, un ciudadano de esta tierra de la cuala yo mando en un pedacito. Por eso, conociendo tu manera e pensar, te he llamao a mi presencia pa que me aconsejés en cierto sentido. ¡Pa que me aconsejés! ¿Has óido?

—Ordene, mi jefe.

—¡Ya te he dicho que en esto yo no te ordeno, ni te mando! ¡Vos solés confundirte! ¡Acordate de lo que pasó con el finao Evaristo Pérez! Yo te mandé prienderlo porque supe que él pensaba asesinar al comisario Cruz. Como Cruz era enemigo mío después de haber sido mi amigo, yo no quise que la oposición saliera acusandomé de negligencia. Está!... Vos no llegaste a tiempo, el pobre comisario cayó bajo el puñal del asesino. Está!... Y cuando la polecía te entregó maniao a Evaristo Pérez pa que lo trujeras al pueblo... vos decís que no te pudiste contener en tu indinación y le diste de puñaladas por el camino. ¿No jué así que me contaste el heclio?

En efecto: Urquiola en esa oportunidad había cumplido claramente las insinuaciones y medias palabras de don Cesáreo. A través de ellas dedujo que el comisario debía morir a manos de Evaristo Pérez y éste a manos de Urquiola. Pérez sabía demasiadas cosas sin duda. Quizás al jefe le importaba mucho hacerlo callar. Urquiola tenía interés en heredarlo y no era hombre de meterse

a indagar en la conciencia propia, ni en la de don Cesáreo. Lo mandaron y cumplió. Sólo que no se animó a combatir con el asesino, hombre de mala traza y peor cuchillo, esperó a que se lo entregaran engrillado, salió con él razonando y en la primer picada lo apuñaleó. Don Cesáreo, fanático del orden, lo entregó a la justicia con la declaración policial donde resultaba: "que el extinto Evaristo Pérez había intentado huir, poniendo a su custodia Urquiola en la dura necesidad de matarlo". A los seis meses de encerrona recuperó Urquiola su libertad. Don Cesáreo Mandillo lo da de alta, le confiere la gerencia de una casa de juego, le vuelve a reprender duramente por aquel exceso de celo en el cumplimiento de su deber y lo conserva a su lado. Desde entonces Urquiola vive para conversar poco, ignorar mucho y "coimear" más. Su jefe es avaro de todo lo que no sean buenas intenciones. Pedro sabe que es muy peligroso tener memoria y conocimientos: cierra aquella, cierra la boca y cierra el puño con algunos pesos de la banca, por ignorancia.

—Contestá, ¿no jué ansina como pasaron las disgracias aquéllas?

—Ansina nomás... ¿Sabe, jefe? estoy medio trascordao de la cosa...

—Bien, mi hijo, hoy te quiero consultar otra güelta. Decime ¿vos querés a esta patria ande naciste? ¿Vos rispetás este gobierno mío que te ha dao silencio, coimas y consideraciones de un hijo?



*YAMANDÚ RODRIGUEZ*

—Sí, padre. Me siento capaz de hacer cualquier cosa por la patria y por Usía...

—Güeno. La tierra se halla en peligro de ver correr sangre de sus entrañas y tu amigo aquí presente, en puertas de entriegar el puesto ande lo ha llevao la voluntá popular.

Fué a su mesa y eligió un oficio.

—Mirá lo que me ha mandao el comisario de "La Calagüala": — "Tengo el honor de comunicar a Usía — leyó — que asigún datos, en el plan del cerro de don Bildigerno Olla se halla acampao el coronel Ventura Benítez, conocido por el apodo de coronel Tática, quien aguarda la incorporación de la gente del Talita pa llevarle una rigolución a Usía. El infrascrito se allegó a bombiarlo y vido las carpas blanqueando y rejucilar carabinas..." Guardó el papel. — Y por ai sigue, che. Aura atendé: Hay dos maneras de evitar que se redame sangre, porque yo no aceto que por mi causa caiga una sola gota ¿me óis? esté!... Una, es que yo le entriegue la jefatura a esos rebeldes.

—Esa no me gusta, mi jefe.

—Y la otra, es que algún amigo mío, hombre que me quiera y me deba servicios... algún interesao en que el gobierno, esté!... le deje algo de las coimas, salga por su propia voluntá, sin que yo lo sepa y en nombre de las madres de todos estos pagos le dea muerte al coronel Benítez, por alias Tática. Y ansina ese hombre oscuro hará lo que aquel libertador de los tiempos antiguos...

Se dirigió a la puerta de la antesala, la abrió.

## A Q U E L L A

—Che, secretario, ¿cómo se llamaba aquel que vos me leíste el otro día? Uno que mató un tirano en los tiempos antiguos...

—Bruto, se llamaba, señor.

Don Cesáreo vuelve a cerrar la puerta y a pasearse, mientras Urquiola espera el prometido nombre.

—Mi secretario no lo recuerda tampoco; pero es lo mismo. Ai tenés, Urquiola, pa qué busco conocer tu opinión.

Al consultado le pareció prudente reflexionar unos instantes. Cuando juzgó oportuno dar por terminado su examen de conciencia, se puso de pie, unió los talones y adelantó el pecho.

—¿Cuándo le parece a Usía que ese hombre, horrorizao por la sangre de sus hermanos, monte a caballo y dijuntee al coronel Tática?

—¡Ah, yo no entiendo nada! ¿Cuándo, preguntás? No sé. Está!... esas cosas de la endinación siempre salen arrebatadas, che.

—Entonces, jefe, ese hombre monta aura mesmo, con ese noble fin.

—¿Y qué trayeto pensará recorrer?

—Esta noche la hará en la pulpería e Maricho, di ai cortará campo al sur buscando vandear el arroyo Guasubirá en las puntas, mañana al escu-recer caerá a la estancia de don Yuca Bentos, allí muda caballo, duerme y con el sol galopa todo el día pa ver de dentrase juntos en la sierra e las Calagualas, campos del viejo Olla. Allí aguardará



## YAMANDÚ RODRIGUEZ

ocasión en la noche pa dentrar a las carpas y rezarle al finao Benítez.

—Güeno, Urquiola. Yo te mandao llamar porque he risuelto, esté!... en premio a tu güena conduta y el conceto que tengo e vos, que den-de hoy pa adelante la coima e taba y la del truco sean enteras pa tu bolsillo particular. ¡El gobierno te debe meses de tallador!

—Mi patrón, vea que esa es mucha plata...

—¡Dejate e pavadas! Hasta mañana entonces.

—Hasta la güelta, mi jefe.

No sale alegre. Aquella generosidad le pre-ocupa: encuéntrale olor a difunto. Por concepto de güeso y truco él recauda para don Cesáreo arriba de mil pesos fuertes. Desconfía. El jefe no da un peso como no sea a cargar. Muy pensativo llega al palenque. Allí se cruza con un mocetón mal "engestado", vestido de negro, quien después de manear su rabicano le baja el apero, carga éste en los brazos, saluda a Urquiola con un "güenas tardes" y entra en el galpón.

—Es cosa rara — piensa Urquiola — la cara de ese hombre me ricuerda una cara que no es la d'él... — ¡Y no puedo saber cuál! Mirada fuerte...

Observa el caballo: desconoce hasta la marca. Monta en su mancarrón y al cerrarle espuelas vuelve a pensar en la generosidad tan poco tranquilizadora del superior. Ha resuelto pedirle un poncho negro a su amigo Chalar; mas sus recelos le aconsejan no perder tiempo en detalles y pone ca-

## A Q U E L L A

mino entre su cuero y la recompensa. A solas se anima a confesarse miedoso.

—Puede que me haiga naqueao al ñudo; pero... dende que el jefe me abrió su confianza ya vide a Tática enfermo. ¡Eso no me importa! ¡Lo pior es que después me abrió su generosidá y no sea cosa que ande por apestarme yo tamién! Ansina mesmo le pasó a Cruz y a Evaristo Pérez. Los dos finaos parecían reventar en salú...

Galopa sobre el trillo para poner una nube entre él y su posible perseguidor. La fama no le permite volver la cabeza. Ansía una cañada: en ella podrá dar agua a su caballo y mirar hacia el miedo. Las orejas del zaino le dicen que nadie se acerca.

—Al viejo tero e don Cesáreo le conozco el nido. Muy capaz es de llamar a cualquier alma atravesada de esas que me codicean las coimas y decirle: "¡Ai ha salido este diablo de Urquiola a matar al coronel Benítez. Ya vez pasada me dijunteó a Pérez que yo apreciaba muchísimo. Este Urquiola es un perro fiel conmigo; pero yo estoy aquí pa sofrenar atropellos. Vaya usté y si lo ve matar a Tática, priendaló; si después ese asesino se enferma y revienta de un pasmo por el camino, ¡no se preocupe! Yo no quiero díscolos a mi lao..."

Recuerda que el jefe se interesó por su rumbo y resuelve seguir cortando campo, hacer a un lado el camino, apretar alambrados y borrarse.

—¿Y si no juese ansina? ¿Si el jefe no me quiere hacer callar? ¡Pierdo la ucación pa salir de po-



## YAMANDÚ RODRIGUEZ

bre, tengo que vivir a monte, Tática se salva al ñudo! ¡Y es tan bruto! Capaz que me haga julsar.

Si le envían la muerte, ha de ser por ese viejo camino. Quien sea se le acercará como amigo. No puede ser peligroso hasta tanto no haya muerto Benítez. Tiene, pues, tres días, cincuenta leguas y un difunto por delante.

Una cañada serpentea y se apura para que no la pisen al atravesar el camino. Urquiola deja beber con freno a su caballo. Mira hacia atrás y allá lejos, donde el trillo se adelgaza, distingue a un jinete. Parece que el hombre galopase sobre un filo de tierra. La nubecita que levanta hace sombra en la frente de Urquiola.

Muy preocupado desensilla en la pulpería de Maricho. Duerme con un ojo. Abre el otro antes del día. Allí no ha llegado nadie. Ningún alma viviente cruzó siquiera. Urquiola siente sueño, pide una "gñebra", la bebe a la salud de don Cesáreo, estriba y galopa.

—¿No dije? Si el jefe es mi mismo padre. ¡Este animal de Maricho no sabe que riventó la guerra! ¡Pulpero agringao, sin querencia; pa él es pior que el sol le reviente un güevo e pato!

Viaja lleno de confianza. Tiene el optimismo de la madrugada. A su espalda rezonga una carreta de bueyes. El cachorro negro que ayer le siguió los pasos se aleja; pero otras preocupaciones lo acompañan al fiador.

—La cosa va a estar medio entreverada allá en

el campamento. ¡Tática, con lo maniático que es por los centinelas y retenes y hacer todo a fuerza e santo y seña y consina! Dejuero que los voluntarios amilicaos tienen hasta jusiles con gatillo. Le viá pisar la cola al diablo pa dentrar en la carpa. ¡Dispués adentro, que rece cortito y se agarre fuerte!

El coronel Benítez es un revolucionario. Pretende ser caudillo sabiendo leer. Inspecciona los cortes, los derrumbes de cerco, la quema de árboles y hasta las carneadas. En su campo ya no se puede matar un novillo para sacar y cocinarle la lengua; ni derrumbar un corral de ñandubay para calentar una pava de agua. Ha presentado a la señorita Bayoneta despreciando a la vieja criolla doña Tacuara. Se permitió impedir el juego, desterrar la cantina y fusilar un buen hombre por robo y violación. Es un verdadero peligro de orden. Nadie lo ha visto formar un pelotón, manotear una lanza, desprenderse la chaquetilla y "tirao sobre la tabla del pescuezo" cargar al enemigo entre alaridos. Suele quedarse atrás mirando un papel lleno de marcas y banderitas. Cuando entra en el fuego es como si saliera a revistar, con su caballo al paso y unas medias o calcetines zainos en las manos. Todo hace pensar que es flojo.

—Sí, ese agringao debe morir a mis manos pa que se salve Usía y la coima. — Espolea al zaino. — Ansina yo vendré a ser lo mesmo que aquel de los tiempos antiguos, que don Cesáreo no me quiso decir cómo se llamaba...



YAMANDÚ RODRIGUEZ

A boca de noche entra en la estancia de don Yuca Bentos. Se emponcha de humo en la cocina. No hablan más que de guerra.

—Don Yuca, ¿pasa mucha gente pa la sierra?

—Algunos han pasao con caballos de tiro. Ayer unos milicos cortaron un alambre ai, en la horqueta. Arriaban una caballada grande. — El viejo hacendado sacudió la cabeza y alzando el tono como un rebenque. — ¡Pucha, Urquiola, con la guacha política!

—¿No vió dengún conocido? ¿Alguien de la jefatura?

—Nadie ha llegao. ¿Pucha, Urquiola, andás por risertarte?

—No, don Yuca, tomando aire... Me va a empriestar un poncho negro y un caballo oscuro. ¿Quiere?

—El caballo sí; porque aquerenciao, güelve. El poncho no lo tengo; el último me lo llevó un viento.

Urquiola durmió a puerta cerrada con la pistola entre los cojinillos. Se levantó con el sol alto. Ya no tiene apuro. Ondula al trote sobre lomas. A las dos horas de marcha empieza a ver la sierra azul. A su derecha, varias manchitas se corren por un camino alto; le parece una línea picada por las balas. De hediondez en hediondez, osamentas cerdeadas, con el índice del rabo, le marcan rumbo. A su paso los chimangos se levantan como un chambergo, le saludan y se vuelven a posar sobre la carniza. Todos aquellos caba-

llos le parece que se ríen. Ahora galopa cuerpeando cerros. El sol, cansado de quemarle la nuca, ha bajado a su cintura y juega con el mango plateado del facón. Para verlo pasar asoman curiosos algunos talas, a riesgo de caer. Todo le intranquiliza. Siéntese señalado por huesos, vichado por árboles, costeadado de cerros donde el ruido se agranda y rueda. Para colmo, un jinete en caballo blanco galopa a su espalda. Urquiola comprueba si su facón continúa tan largo como siempre.

—¿Será un chasque, u será Aquella? — Encajonado en aquel camino hondo, sin duda al decir “aquella” alude a la muerte. Mira a la derecha. Un abra pequeña y montuosa le ofrece escondite. Acerca a ella su cabalgadura y espía al desconocido jinete.

—¿Será capaz Usía de mandarme una enfermedad?

Por pensar, mirar y oír el galope del tordillo, no siente a un paisano de luto que se le acerca por el anca del obscuro y le aconseja:

—Escuéndase más adentro, Urquiola; el que viene es un chasque de Tática. ¿No ve cómo le chicotea el corvo?

Urquiola siente frío en el espinazo, sin embargo, no hace un ademán, no vuelve la cara; ahora mira el camino y sólo ve a quien tiene junto al anca. Con ruido de latas y cascos pasa el chasque. Entonces Urquiola desmonta. Sin apuro afloja la cincha de su caballo para terminar de serenarse. No ha visto aún la cara del compañero. Ar-



*YAMANDÚ RODRIGUEZ*

ma un chala rin romper. Prende. Se llena de humo y por detrás del humo, lo observa.

—Diga una cosa y perdone: ¿nosotros no nos cruzamos el otro día en lo de don Cesáreo?

—Eso es. Yo estaba pa largar mi rabicano cuando usted salía. Don Cesáreo jué quien me mandó aguaitarlo por aquí. Soy muy baquiano en estos cerros. Tática se halla acampao aquí a dos o tres cuadas. El señor jefe me ordenó que esta noche, cuando usted disponga, lo saque sierra adentro hasta dejarlo libre de cuidao, en camino seguro. Dice que no quisiera perderlo. Y como yo soy tan baquiano en estas sierras... ¿Comprende?

—¡Es al ñudo, Usía es un padre pa mí! Mesmo que compriendo. La noche está como una conciencia. No vamos a ver nada claro. Me conviene pa lo que la preciso. Pero la verdá que sin un hombre rumbiador, quién sabe ande voy a salir... si salgo.

El baqueano calla y lo observa sonriente. Urquiola está tan contento de su compañía, que no puede guardar silencio. Mientras busca en sus recuerdos esa cara, le interroga:

—Dígame, amigo Pérez...

El mocetón vuelve la cabeza rápidamente y le dice con reposo:

—¿Qué desea Urquiola?

—¿Anda de luto por el finao don Evaristo?

—Sí, señor, por mi tata.

Urquiola vuelve a cinchar su caballo. El viento les trae a ratos alertas de centinelas,

A Q U E L L A

—Ya es la hora. Vamos. No se me aparte, baquiano.

Los dos salen a pie por el camino, con rumbo al campamento.

—Póngasemé aquí, a la zurda, mi baquiano, a favor del viento. Esto anda oscuro, mesmo. Pienso que si a usted le sucediera una desgracia, que Dios no permita, yo me vería mal pa salir de aquí. ¡Con decirle que a usted no lo veo cuasi!...

El baqueano le impuso silencio.

—No grite, Urquiola. Agachesé. Ai, entre esos árboles está la tienda e' Tática. Ande pasea el centinela ese.

Urquiola saca su pistola, la amartilla. Se incorpora.

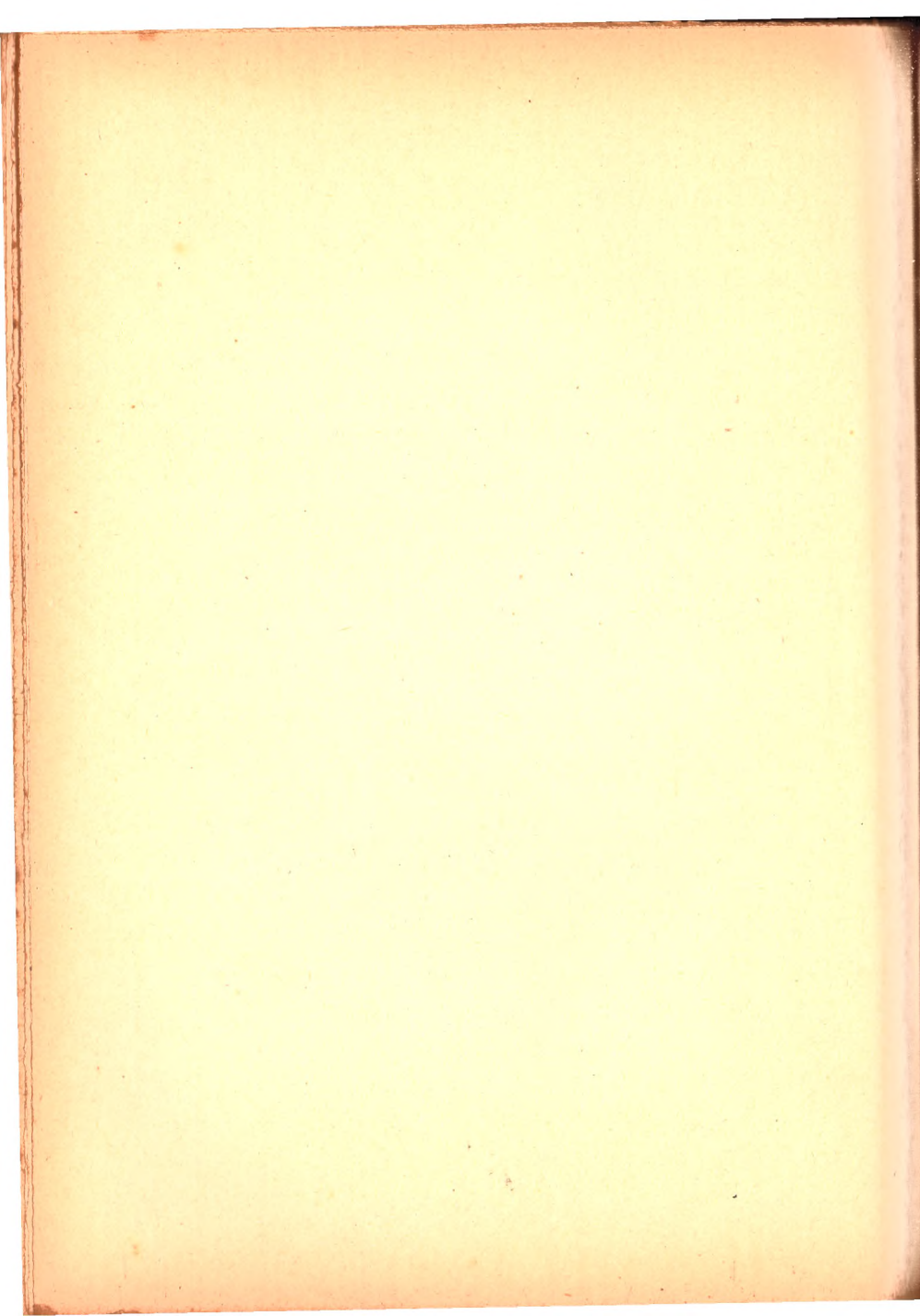
—Baquiano — le dice al oído — yo voy a arrastrarme hasta allá. Usted quédese aquí. — Le señaló hacia la izquierda. — ¿Ve la taperita aquella?

El baqueano vuelve la cabeza buscando dicha tapera. Urquiola aprovecha el momento. Le afirma en la oreja los dos caños de su pistola y aprieta ambos gatillos. Una detonación. Un difunto. Un grito del centinela. Y otro del asesino.

—¡No hagan fuego! ¡Soy un amigo! ¡Estoy en triegao!

*Hasta acá.*





## La carta de Julian



E Aroma a Julián:

Ricordao Julián:

Escribo tu nombre y me pongo a pensar en vos y ricuerdo tu mano, y ansina la güelvo a ver, sacudida en el adiós por encima e la tranquera ande te ibas empinando asigún la de-

ligencia se alejaba, pa alcanzarme entuavía a bombiar. Aquella pastilla e menta con versito que vos me ofertaste al dirme, jué lo único dulce en tuito el viaje. Vos no me querías crer cuando te dije que era muy disgraciada; aura en la ausencia, dende lejos, lo vas a compriender, cuando tus ojos me campeen por entre los postes del corral y cada vez que tu caballo aquerenciao se pare junto a la tranquera; aquella tranquerita e sauce ande yo te esperaba llena e cintas, como tu guitarra, con un mate amargo en la mano y una cosa dulce enredada entre mis pestañas. ¡Lo uniquito que me alivea en la ausencia es el pensar que me hallarás más linda; me lo alcanzaste a mentir tantas ucasiones que hasta se m'hizo ser cierto! Y aura, aquí en mi pago, en el rancho, los muchachos me resongan, Julián, porque me refugio todo



el día pa mirarme en el pozo, lo mesmo que la luna. Ya van pa quince días que me vine u que me trajeron y en el ricuerdo me les escapo siempre pa ganarme en aquel rinconcito e la cocina ande el humo y el cariño juntos, nos hacían llorar... ¿Te acordás bien, mi novio? Allí una uca-sión te animaste a declararme tu amor. Ajuera llovía; con el delantal por la cabeza dentro madri-na, nos halló juntos y me miró maliciosa y yo me juí poniendo colorada cada vez más hasta que disparé. Hay cien leguas estirándose entre nosotros pa separarnos. Al cair la tarde, cuando balan los guachos temblones, y temblonas le risponden las primeras luces en el cielo, no he dejao de asomarme a las memorias pa verte aparecer en el tubiano y quedarnos un rato largo de manos agarradas, mirando los dos pal lao ande se dentra el sol. Julián, ya van quince noches que no sabemos pedigüenarle algo a las estrellas locas que rayan el poncho el cielo. Tengo recelos de que hayás mudao mucho y ya no me animo casi a tutear-te. ¡Qué suertudo es el arroyo que viaja tanto y es el mesmo siempre!... Cuando ricuerdo que el güen vasco Marincho es quien te lee esta misiva me dentra cortedá. ¡Decile que no se raiga e mis cosas! Vos que las sentís cuasi tanto como yo mesma, vos decile, Julián, que son muy tristes. Güeno, mi novio, adiós... Dende aquí oigo crecer el canto del pioncito que de pasada pa la estación viene a alzar esta carta. Canta una vidualita tristona como tu ausencia; la mesma pa-

## LA CARTA DE JULIAN

labra, la mesma siempre, ¿por qué el canto que es tan lindo sólo habrá de subirse a las bocas en pena?

Aroma.

Posdata: Julián, aprendé a escrebir, con eso me escrebís. ¡Estás tan lejos! Las cartas son unas alitas blancas que nos ajuntarán...

Pehuajó, diciembre de 1922.

De Aroma a Julián.

Mi novio:

Encima de este papel, pensando mucho, a güeltas en la cama, más luego aura bajo del cielo en la medianoche, mirando las letras escrebidas allá arriba con tinta de luces en la carta negra que tengo adelante de mis ojos sin acertarla a compriender, he créido que eso debe ser lo que vos sentís al mirar esta carta que vos no sabés deletriar. Atendéme, Julián: ¿sabés qué he hallao pa que me entendás? No escrebir nadita en algunos renglones; pedacitos blancos, pedacitos potros, albardones ande sabrás hacer pie; sembralos vos mesmo, ponelos adentro la palabra que más codiciés, ansina acoillararemos con el lazo e la firma una ovejita blanca y otra ovejita negra. Es un pedazo que no tiene yuyos, lo que te digo allí endevinalo vos. No está escondido abajo e las letras, lo vas a agarrar fácil. Si yo no supiese escrebir ya te había mandao más de una carta ansina. Cuando calculábamos que nos debíamos de separar alguna vez y romper pa rumbos diferentes, aquellas ucasiones en que nos gus-



*YAMANDÚ RODRIGUEZ*

taba llorar y le salíamos al camino a las penas, vos me decías al oído unas razones muy lindas, unas palabras, que pa mi gusto, hacían los burucuyases que después me dejabas en la ventana... “¡No sé escrebir y así soy inorante nomás!... Pero no te apenés, mi Aroma, te iré a escrebir en l'aire... Cuando el viento se ponga pal rumbo de tu pago, salí ajuera y presentale la cara; allí va carta mía, una mesiva cantora y con manos que te va a dispeinar...” Mi hombre: ansina lo hago; y cuando te allegás en los vientos te quiero tanto que hasta me trascuerdo de sacarte mi cara pa que no la besés. Pero tengo miedo que el trillo e los días me borre los ricuerdos! Pa difenderme sé que tu rancho queda en este rumbo de ande, pa mí más que pa naide, sale el sol y camino entonces, a pie y sola por ese lao del potrero, muchas cuadras hasta que me ataja el alambrao. Así me paso los días y los días como matungo mirando la queren-  
cia, junto a un sauce y a un tala; me acerco a este porque se retuerce como varón, mientras el otro llora y le hablo, mi Julián, y como vos el tala no quiere contestarme porque al oír mi voz se callan sus pájaros... ¿Mi dueño: comenzaste a escrebir? Te pido que le rogués a Rosalía, la hija e Marincho, que te enseñe... ¡Aprendé! ¡Si vieras cómo dentra el alma y se arropa en estos garabatos! La u son dos brazos que se alzan y en la o abrazan; la í es el miñique riclamando silencio por eso la boca le pone encima su puntito colorao. Llegate ansina hasta mi pena, tus renglones me

## LA CARTA DE JULIAN

van a apuntalar. No te esmerés mucho en la escritura, hacela fea más bien, ansina me quedo más rato junto a cada palabra pa entenderla. Aura ha dao en llegar a casa muy a menudo un estanciero, que tiene el campo grande en la linde del puesto e mi tata. Ese hombre me anda'rrastrando el ala.

Al ñudo. Mama dende que llega no sabe ande ponerlo. Yo tengo que hacerle sala porque sino talvés que me moquetiasen y me sientto entre él y una silla vacida que pongo adrede pa vos, mi Julián. Colijo que me rondan muchas penas. ¡Defendeme! ¡Si yo pudiese esconderme atrás de una carta tuya, que vengan nomás! ¡Julián, Julián, estoy tan sola aquí!

Aroma.

Pehuajó, marzo de 1923.

De Aroma a Julián.

Mi vida: Tu pobre china, tu aroma e yuyo ha estao muy enferma, muy cerquita e dirse, entuavía ando agarrándome a las puertas pa poder seguir en este mundo tan grande ande resollás vos. ¡Me da pena verme! Aquellos colores que vos hallabas iguales a tanto malvón, se me han juído a la cuenta asustaos de hallarme tan delgadona. Se me han agrandao mucho los ojos; y lloro más. Vino un zurandero y me dió una contra pa la tristeza; el hombre dijo que yo ando enamorada, cuando lo que ando es sola. ¡La ausencia sí que adelgaza! Ahi han quedao, dos meses a medio hacer, las zapatillas que te estaba bordando con tus iniciales



## VAMANDÚ RODRIGUEZ

en un corazón. El corazón es mío, calculo que con él podrás ablandar el camino ¡pisalo nomás! Mi enfermedadá comenzó el mes pasao. Don Ruperto, el estanciero rico de que te hablé, arrigló con mama el negocio e mi casamiento. Andaba por alzar una azotea con qué sé yo cuántas custiones de lujo pa ofertármelas. El día que lo disengañé, a mama le dió un váido y después unos temblores que por cuasi la estaquíamos. La pobre no podía acetar que yo dispreciase un estanciero por vos, mi Julián, que no tenés ni caballo pa venir a verme. ¡Don Ruperto andaba penando dimasiao por mí! Otra, chino, lo hubiese consentido. Sé que duele mucho un cariño: que se gana en el pecho y crece y mata. ¿Vos no has visto un brutal augar un cipó macho? ¡Ansina me abrazás! Dende que he güelto acá soy la forastera, no me quiere nadies, hasta el cachorro overo me ladra... Por eso me arrempujan al camino, me arrempujan contra esa carta tuya que no llega. El alma me duele de tanto esperarla... ¡Pero la aguardo, mi Julián y pa esto me he quedao ansina, enferma, dispreciada, orejana en mi rancho! Algo me dice que te has puesto a apriender, pienso que hacés palotes como postes a pique en el ricuerdo pa acorralar a tu Aroma. Hace ya lo menos cuatro meses que estarás en las lecciones. Apriendé primero tres o cuatro palabras: "te ricuerdo, te beso, te quiero"; nada más. Ya son bastantes. ¡Pensando en eso me dentra una confianza! Hasta reverdezco, me curo, me parece que eso sería dimasiada paga pa

## LA CARTA DE JULIAN

todos estos ocho meses que sufro por vos. Mama me dice que no todos los hombres son güenos; que no todos los hombres son costantes... No te conoce a vos, no te ha óido nunca la pobre, no sabe que tenés una guitarra escuendida en el pecho... Yo la dejo hablar, no la desengaña. En cuanto llegue tu primera misiva áhi me voy a vengar. No pongas besos porque quiero lérsele a ella... Te quiero más que nunca aura que estoy enferma, te quiero con más tristeza. De veras. ¡Escribí! Tengo unas ganas bárbaras de aprender de memoria tu carta.

Aroma.

Pehuajó, agosto de 1923.

Quince días más tarde.

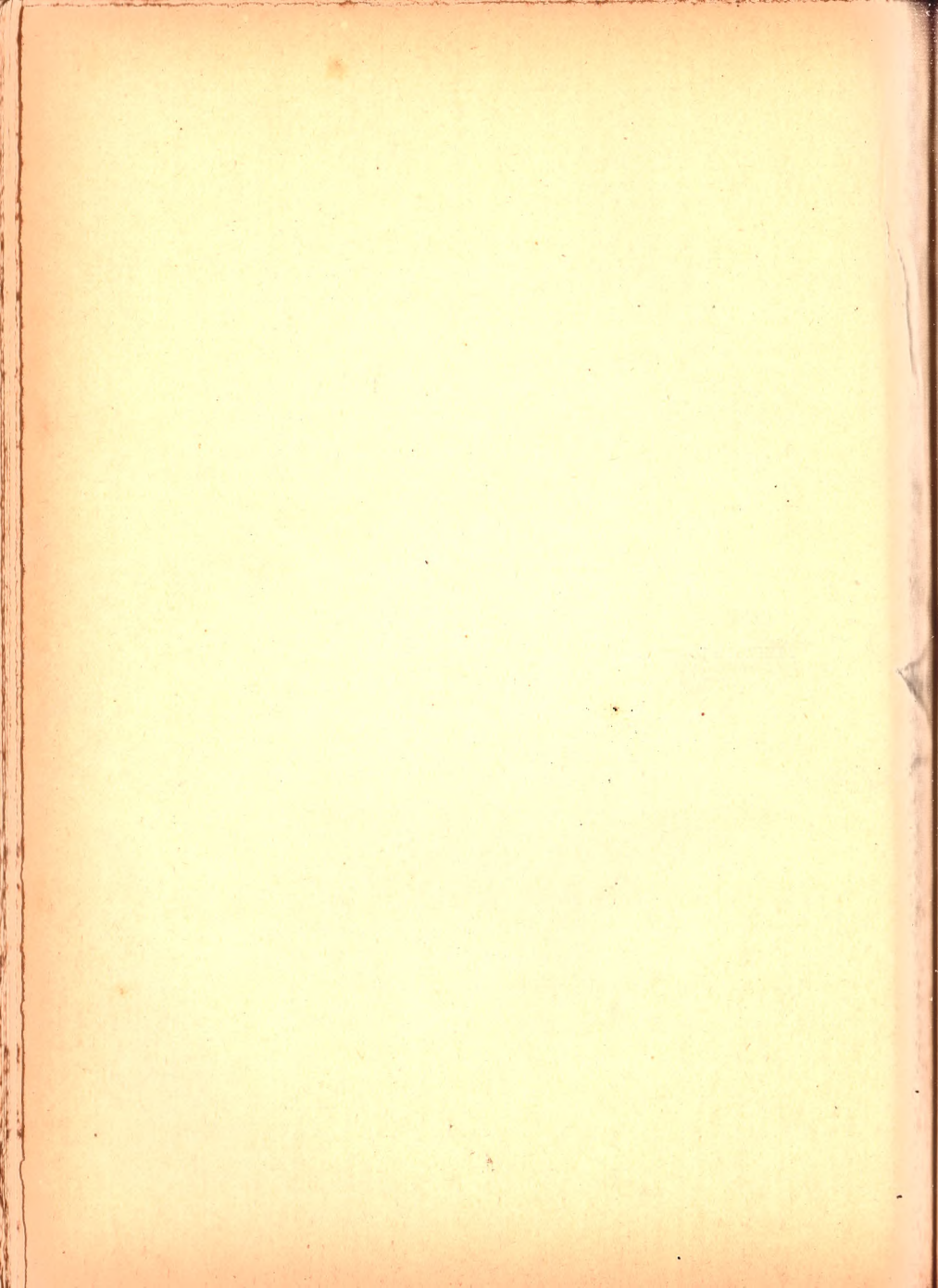
De Julián a Aroma.

Aroma:

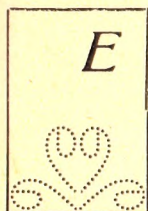
Estos renglones bien atravesaos, los primeros que saco de freno y que por lo mesmo se me abren de la güeya azul del papel, son pa decirte que va pa tres meses que Rosalía la hija de Maríncho, me tiene tuita la siesta al lao de ella apadrinando con su mano mi mano redomona y tanto hemos escrito juntos que... ¿comprendés? y, ¡perdoname!: nos queremos aura, semos novios y esta mesmita tarde nos casamos. No le hagás caso, Aroma, al pasao. Aquello tuyo trajo mi collera; las cosas vinieron muy rodadas. Sos moza, yo mozo, se nos atravesó la ausencia. El amor es pa cerquita. Adiós.

Julián.





## Allá en la chacra



NTRA el sol en la alcoba donde Rosaura Leiva, viuda de Genaro Ricci, se prepara a bien morir. La anciana hizo abrir de par en par la puerta. Pidió que la sentaran en la cama de caoba, para estar más cerca del crucifijo que adorna, desde hace medio

siglo su dosel y para mirar todavía su chacra llena de luz. Son las dos de una tarde primaveral. En todos los ramajes apuntan brotes que restan importancia a la agonía de la chacarera. En el patio, cacarean las "ponedoras", escarban las chuecas y los pollos grandes, por cuestiones de faldas, encrespán a cada paso las golillas. Retozan sin motivo los cachorros. Cerca de la casa, dos peones caminan por los surcos perfumados de trébol. La calle se muda de virazón en virazón. En la cocina una peona, pensando en el velorio, prepara locro para las visitas de duelo. Esta vez, por lo menos, doña Rosaura no podrá imponer los tallarines, como lo hiciera cuando el velorio del finado...

Junto a la agonizante, el padre Cirilo conversa por última vez con su amiga. El confesor es un sacerdote de los campos: viejo, culto y tolerante.



**Cirilo.** — Hiciste bien en acordarte de mí. El día es muy hermoso, Rosaura. Dios anda por sus caminos. Me detuve, recién, a sembrar unos consejos en tus peones, mientras ellos sembraban la buena tierra y por dos agujeros de mi sombrilla, el sol estuvo jugando conmigo.

**Rosaura.** — Hice abrir esa puerta pa no morirme tan soía.

**Cirilo.** — Allá arriba te esperan.

**Rosaura.** — Sí... puéde ser... el finao Genaro me solía decir desde la tristeza que lo mató: "Si junto a San Pedro se puede encender una pipa, te aguardaré allá." Mi compañero era güeno derecho... Sabía más que yo y eso que lo mismo que yo nunca aprendió a leer. ¡Trabajó mucho el pobre!

**Cirilo.** — También tú luchaste.

**Rosaura.** — Sí, padre. Cansamos un mancarrón pa alcanzar un juez que nos enyuntase; después, el gringo y yo vinimos a la chacra. Todo esto era campo potro. Se hablaba de que había indios en la costa del arroyo. ¡Nunca los vimos, a la verdad! En cambio, por todo esto, a la redonda, no hallamos un árbol. Cuando Genaro entró a romper el campo, los paisanos se paraban a verlo, cuasi asustaos, con ganas de santiguarse... Y jué duro el comienzo; helada a helada, seca más seca, la tierra mesma nos quemaba el sembrao...

**Cirilo.** — Pero la energía, Rosaura...

**Rosaura.** — Justo. Genaro tráiba juerza de allá lejos... de Uropa... Era gringo entuavía; luego,

## ALLÁ EN LA CHACRA

la misma tierra, a fuerza e' verlo, lo empezó a querer. El finao ya le decía palabras criollas a los güeyes. Nuestra voluntá pareció tirar de las plantitas y el trigo nació y el chingolo vino a buscarlo y peliamos con el chingolo. Dispués llegaron los negocios... hoy güenos, mañana malos. Con las manos y la intención limpias cerrábamos los tratos. Cuando se pudo hacer el bien, siempre se hizo. Poco daño podíamos hacer nosotros ¿no es ansina? Eramos dos inorantes. Campeo en los recuerdos y juera de alguna bolsa e' maiz picao po'el gorgojo y que vendíamos por güeno... a la verdá, no me acuerdo de ninguna porquería. ¡Francamente, padre!

**Cirilo.** — No es falta mayor.

**Rosaura.** — Si lo jué, ya está paga: en un cajón de la cómoda tengo entuavía dos onzas falsas, que nos dieron una ucación.

**Cirilo.** — Vaya lo uno por lo otro.

**Rosaura.** — Gracias, padre. Creo que en eso estamos a mano.

**Cirilo.** — ¡Adelante!

**Rosaura.** — Y llegaron los días felices. Ya al rancho le daban sombra muchos árboles. Era el único montecito de por aquí. Se véia dende lejos... de muy lejos y la gente paraba en la chacra a tomar resuello, sombra y agua. No sé de ninguno que se juese de aquí cansao u con hambre...

**Cirilo.** — ¿Pensabas, entonces, que esta hora llegaría a pedirte cuentas?



*YAMANDÚ RODRIGUEZ*

**Rosaura.** — No... entonces cuasi créiba que no había de morir nunca...

**Cirilo.** — Mejor.

**Rosaura.** — Ya teníamos fruta a la mano. Una pieza se juntó a otra, pieza, la casa creció con los árboles y la llenamos con los dos hijos: Rosina primero y Pietro después; "e basta", como decía el finao...

(Guardó silencio. Desde el sembrao llegó una vidualita.)

**Cirilo.** — Rosina y Pietro...

**Rosaura.** — Por aquí anduvieron gatiando, padre Cirilo. La niña tenía cuatro años y era una señorita, una moza. Siempre andaba por los rincones con algún gato recién nacido, engüelto en su rebozo. Una ucasión, Genaro le trujo un muñeco de verdá y Rosina, pasao el primer alboroto, ya no le hizo caso por seguir con el hijito feo que maullaba, de ojos cerraos... ¿Me oye, padre?

**Cirilo.** — Con ternura, Rosaura...

**Rosaura.** — Entonces jué cuando nació Pietro. El gurí que llegaba y Genaro, loco de alegría, salió de esta misma pieza, corrió al galpón, vino al patio con la pala y plantó ese naranjo del centro. (Señaló). El arbolito tiene treinta y cuatro años, seis meses y diez y nueve días, hoy. En todo este tiempo lo he mirao crecer y he prosiao un güen rato con él. En el entonces, con mi hijo en brazos, ya pensaba en los empachos y en los machucones que Pietro iba a ganarse por trepar al mellizo. Porque el naranjo y él eran herma-

## ALLÁ EN LA CHACRA

nos gemelos. Yo no sé si me explico bien, padre... ¿Usté comprende lo que quisiera decirle?

**Cirilo.** — No es claro; pero es tibio. Comprendo...

**Rosaura.** — Eso es cuanto busco. Ayer ya no pude dir a saludar al naranjo. Hoy a gatas consigo verlo medio borrao, como llovido... Usté, por esto, puede colegir que me muero...

**Cirilo.** — En paz.

**Rosaura.** — Hasta aura no lo sé... Usté puede que me dea una cuarta...

**Cirilo.** — Descansa un poco, ahora. Te fatigas. Calla un momento y en tanto, mira tu buena voluntad. Yo la encuentro en todas partes. Supiste vivir; sabrás morir.

**Rosaura.** — ¡Quién sabe! Me queda mucho por decir entuavía y tengo miedo que el resuello se me corte a media confesión. Padre, mire este cuarto tan vacido. Lo he llenao de retratos. Ansina, en todo topo con mis gurises.

**Cirilo.** — ¿Y ellos?

**Rosaura.** — Ellos son inocentes. Cuando Rosina cumplió los quince años, yo me arremangué a conversar con Genaro del porvenir de mis hijos. Mi compañero era verdaderamente feliz aquel día. Habíamos dao puerta y vino franco a la pionada. La familia rodeaba la mesa. Le pregunté: "Genaro ¿pa quién trabajás tanto, vos?" "Para los dos hijos", respondió. "¿Los querés sacar mejores que nosotros, Genaro?" "¿Por qué mejores? Nosotros somos buenos y sanos, Rosaura." "Pero no sabe-



## YAMANDÚ RODRIGUEZ

mos leer", le repliqué. "En cambio, sabemos lo que es bondá y trabajo. Hemos vivido en paz. Las bestias vienen a comer en nuestra propia mano y los problemas no entran en la chacra. Yo miro para atrás, mujer y miro para adentro y le soy franco: ¡dejaría a los hijos como están!" Padre, yo no sentía lo mismo; tenía más ambición que el finao. Nunca discutí nada con el gringo y aquella ucasión me callé la boca. No hablamos por un tiempo de ese asunto. Pero muchas veces, a escondidas, Rosina, que era cuasi moza, se me quejó de su inorancia. Andaba muy tristona por causa e'no saber ni deletriar, tan siquiera. Los piones le calentaban las orejas con leturas de algún diario cáido en la chacra. Una tardecita, los dos muchachos se me acercaron con un libro de estampas a que yo se las explicase... Sentí lástima y un poco e'vergüenza. ¡Vide a Rosina tan linda! Pensé en el novio que se le allegara algún día. Pensé en la ausencia, que una carta alivea. Vide que mi niña, por culpa nuestra dentraría manca en un noviazgo. Dispués, miré la frente ancha de Pietro, ande cabían tropillas de leturas... Colegí que era un delito dejarlo sin sembrar. Cuando alcé la vista, me hallé con Genaro. Algo muy projundo deberían decir estos ojos míos la tardecita aquella, porque el pobre gringo apartó la pipa, sacudió los hombros y me dijo: "Bueno, mujer, prepáreles la ropa. El domingo los llevaré al colegio." Se los llevó, como dijo, padre.

## ALLÁ EN LA CHACRA

¡De una sola sentada me dejó sin los dos muchachos!

**Cirilo.** — Hizo bien. Era un deber de ustedes...

**Rosaura.** — ¡Mesmo! Duro de cumplir. ¡Los extrañaba de veras! El padre también. Si él hubiera lagrimeao un solo momento... Al tiempo, golvieron a vivir un mes con nosotros. Después marcharon. Rosina me mandó pedir vestidos. ¡Pasé noches en vela pa medio hacerle uno, de lana color verde, bien lo ricuerdo! La pobrecita lo mandó de güelta. El color resultó que no se estilaba en el pueblo.

**Cirilo.** — ¿Era vanidosa, Rosina?

**Rosaura.** — ¿Por qué vanidosa? Rosina era bonita, tenía edá y razón pa querer usar trajes que le sentaran. La mama, gaucha, no entendía de modas... ¡Pobre m'hija! Ella misma, en una misiva, me explicó lo del traje con una pacencia! Jué la primer carta que recibimos. Nunca había dentrao el correo en la chacra. Al ver el sobre, adiviné que nos escribía la hija. Le dije al padre: "¿Ves, testarudo, lo que puede la ilustración? Gracias a ella, Rosina puede hablar con sus padres." "Cierto — contestó — pero desde lejos. Primero se nos fué, después nos escribió" ¿Quién tenía razón, padre?

**Cirilo.** — Los dos.

**Rosaura.** — Aguarde... Llamé a un peón leído y por éste supimos que Rosina no llegaría en aquellas vacaciones. Pedía licencia pa dir con una



familia a una playa mentada... Genaro le sacó de entre las manos la carta al letor y con ella encendió la pipa. Yo tuve el mismo dolor que el gringo. Rosina era de los dos... La inocente estaba tan ilusionada con aquel paseo, que a escondidas del padre le mandé el permiso. Pietro vino, en cambio. Trujo un aparcero y una escopeta; juntos se pusieron a tirarle balazos a los pichones del palomar.

**Cirilo.** — Cosas de muchachos.

**Rosaura.** — ¿Verdá que sí? A la cuenta, Genaro se había levantaó de lomo duro. “¿Qué le han hecho las palomas a su hijo?”, me preguntó. “Nada, gringo, se divierte. Ha pasao un año en el brete pa curtirse. Dejá que se distraiga, pues. ¿Vos querés que salga cura, el muchacho?” Padre, el finao sacudió la cabeza y ganó el campo. El pobre no entendía y lo pior estaba en que yo mesma comencé a no entender. Como Rosina no llegaba, Genaro, callao, vistió su ropa de cristianar, se puso las botas amarillas, añadió su pañuelo a cuadros, se encasquetó el chambergo abollao y, pipa en boca, se resolvió a buscar a la gurisa. ¡El finao era hombre muy capaz de hacerlo! Entonces, Pietro se le atravesó en la puerta e’la cocina: “Usté no debe ir, papá”, le dijo. ¿Por qué lo dice, caballerito?” “Porque a Rosina le dará mucha vergüenza que sus amistades lo vean a usté vestido de ese modo.” El gringo dentró a temblar. “¿Está seguro de eso, hijo?” Y el

## ALLÁ EN LA CHACRA

niño tuvo que decirle la verdad. ¿Padre, no debe decirse siempre la verdad?

**Cirilo.** — No estoy bien seguro de eso, hija...

**Rosaura.** — En la ocasión, la verdad le hizo mucho daño al finao. Risultó que Rosina estaba en una casa de gente copetuda. Sintió cortedá de sus padres rústicos. Nosotros no podíamos comprienderlo. Pa saber estas cosas es juerza haberse ilustra mucho. La nena dijo allá que éramos estancieros, de marca y pelo. Contó que Genaro era itallano mesmo, pero que venía de una gran casa europea, con muchos apelativos enrabaos al Ricci. La inocente dijo estas cosas porque, en sus ilusiones, véia a los tatas ansina, mucho mejor de como éramos... Mintió, es cierto; pero con güena intención. Padre, ¿qué vale más en este caso, la palabra o el intento?

**Cirilo.** — No estoy bien seguro de eso tampoco...

**Rosaura.** — Lo cierto es que Genaro no jué a la playa. En vez de guardar pa'l domingo su ropa negra, marchó al surco con ella. ¡Se ganó en una melancolía, como él la llamaba, en una tristeza! Noche a noche pasábamos cerca del fogón, uno al lao del otro, sin nada, sin naides. Vinieron los fríos, se juegon, llegó el verano y se jué. Dos años más tarde llegaron los dos hijos. ¡Cómo habían mudao! Pietro comenzaba a estudiar pa juez. Rosina tenía novio. Dijo que era un mozo muy bien parecido. Parece que el prometido le cuerpiaba al sol y a las víboras, razones que tuvo



## YAMANDÚ RODRIGUEZ

pa no acompañarla a la chacra. Genaro le pidió a la hija que aguardase otro poco entuavía, que no se le juese del todo, ¿comprende? Y cuando los dos muchachos se salieron de la cocina, conversando sobre cosas que nosotros no entendíamos, Genaro me dijo, de pronto: “¡Cristo! Este era el momento en que yo debía morir!” Lo reté al pobre... “¡A qué salir hablando e’dijuntos cuando Rosina había hallao novio y Pietro ya estaba arañando en el dotor!”... El gringo se quedó con los ojos fijos en las llamas y al rato, al mucho rato, me puso una mano pesada en el hombro: “Mujer, seguiremos arando a escondidas — dijo.

— La Rosina parece enamorada y es preciso ganar mucha plata aquí, para que ella no tenga que llorar allá.” Padre Cirilo, los hijitos intentaron quedarse con nosotros entonces. ¡Ya puede usted colegir si son güenos! Nos dió pena verlos aquí, trompezando con los terrones. Ya eran dimasiao finos pa esta vida de chacra. Les abrimos la puerta e’la jaula y volaron. ¿Verdá que eran inocentes?

**Cirilo.** — No lo sé, Rosaura... Prosigue.

**Rosaura.** — Y una mañana de invierno, el viejo Genaro se sintió morir. No tuvo, como yo, este día de sol. En cambio, me tuvo a mí, sentada en esa misma silla, padre; triste y calladita la boca. Rezaba pa dentro, mientras el viejo miraba, no pal camino, sino al techo. Quizá él no aguardaba ya a naide por el lao del campo. Redepente, sin torcer la cabeza, preguntó: “Rosaura, ¿se acuerda

bien dónde está enterrada la plata?" "Sí, gringo". Recomendó que hiciese dos montones parejos, uno pa cada muchacho. "Haga usté el reparto con su propia mano — dijo — De otro modo, Rosina y Pietro se pueden pelear por una plata que nosotros ganamos pensando en la paz de ellos..." Calló. Al rato pensé que ya no resollaba, me le acerqué con miedo a mirarlo y el gringo amigo me habló más despacio: "Mujer, no venda la chacra. No vaya a dar en vida su techo. Mire que es muy triste andar viejecita pidiendo limosna por los caminos..." Yo no hallaba el motivo de aquel consejo, ni lo campié. ¿Pa qué? Cerca mío, el compañero se iba, eso era lo único juerte. Estuve un día y una noche así. Le mandé un "propio" a los hijos. ¡Un día y una noche!... El gringo, quieto parecía difunto! Disesperada, le grité: "Genaro ¿por qué no los aguardás? ¡Pietro y Rosina van a venir! ¡Aurita no más llegan!" Me apreté a gatas esta mano. "Desde ayer los espero, Rosaura. ¡Pero demoran y ya no puedo más!" Caí de rodillas y recé casi a gritos, pa entretenerlo, pa dar tiempo... Pasó una hora ansina... Genaro medio se levantó y éstas fueron sus palabras: "Mujer: ¿está segura que hizo bien mandándolos al colegio?" Y así se me quedó. Los dos hijos llegaron tarde. Genaro estaba en el camposanto y mis dos muchachos seguían junto a mí; no se movían ¡pobrecitos!... No crea, padre, que hacía en la ocasión un tiempo así como el de hoy... Era invierno lluvioso. La chacra,



sin Genaro y bajo el agua, es muy triste! Si ellos hubiesen risuelto quedarse mucho tiempo, yo no los habría dejao. Éra cuestión de concencia atarlos al barrial... Jué con gran sacrificio que me risolví a pedirles que se juesen de nuevo. Pietro pensaba en la plata e' Genaro pa dirse a Uropa... Entonces, hice el reparto, peso a peso... Justo la mitá pa cada uno. Cuando terminé, Rosaura me preguntó qué pensaba hacer con la chacra. Sin saber clara la razón, ricuerdo que me puse a llorar... Aquí habían nacido ellos; si no juese por esto, que la hizo tan grande pa mí, les hubiera vendido la chacra, pa que tuviesen unos pesos más... Juí maula, padre Cirilo... ¡No la rematé! Ellos se jueron tristes y aquí quedó en lo obscuro la madre gancha. Rosina se casó, tuvo hijitos que una vez me trujo pa que los conociese. Jué hace años ya...

**Cirilo.** — ¿Saben que estás enferma?

**Rosaura.** — ¡No!

**Cirilo.** — ¿Ignoran, también, que eres vieja y te has quedado sola?

**Rosaura.** — Sí... Pietro anda por Uropa... Cambea de paradero y yo no sé ánde mandarle noticias mías. A la pobre Rosina, no le escribo cuasi nunca, pa no ponerla en vergüenza. ¿No comprende, padre? Yo me valgo de las pionas pa escribir y las cartas parece que salían con letras cambiadas, con faltas... ¿sabe?

**Cirilo.** — ¿Quieres que los llame, Rosaura?

**Rosaura.** — No van a tener tiempo e'llegar...

ALLÁ EN LA CHACRA

**Cirilo.** — Espéralos... ¡Recuerda tu ruego a Genaro!

**Rosaura.** — No padre. Mañana escríbales usted. Dígalos que yo me acordaba de ellos y que siempre los he creído inocentes... Esta jué mi vida... Queda un cabito a gatas...

**Cirilo.** — No encuentro en tu vida nada de que debas arrepentirte.

**Rosaura.** — Sí, padre. Miro 'este día de sol... véo mi cuarto vacío... y no quiero morir sin perdón... ¡Me arrepiento de haber mandado mis hijos al colegio!

**Cirilo.** — ¿Crees que hiciste mal?

**Rosaura.** — ¡Creo! ¿Perdona?

**Cirilo.** — Ellos...

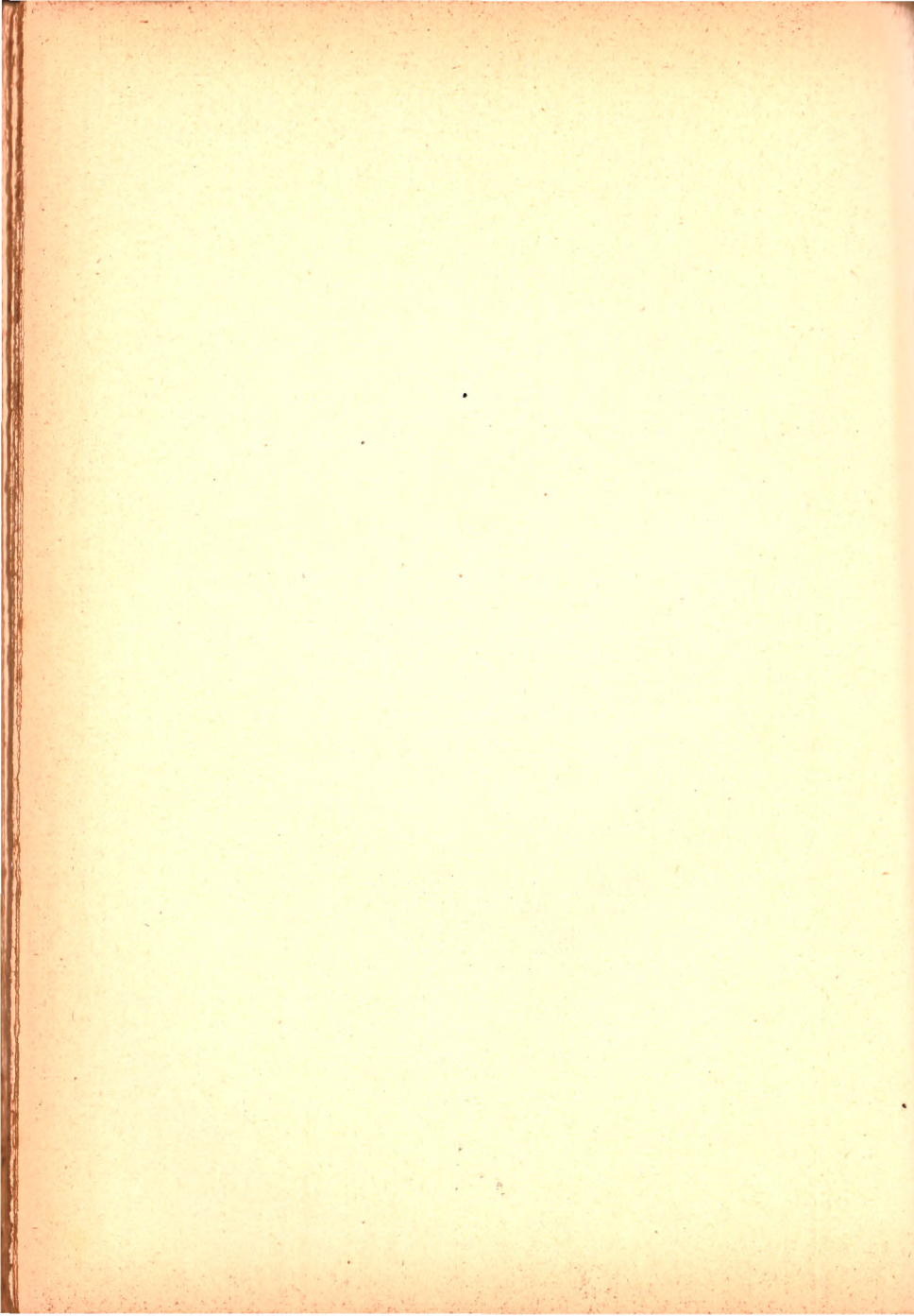
**Rosaura.** — ¡Ellos son inocentes! Yo tuve la culpa... Me arrepiento... ¿Perdona?

**Cirilo.** — ¡Te perdono!

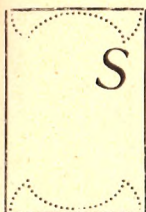
(El padre Cirilo empezó una oración. En el patio, la clueca repartía una sola lombriz entre sus quince pollos. Siguió el peón sobre el surco, soltando vidalitas al viento.)

Hasta acá.





## Cimarrón



ON las dos de la tarde. Falta aire y sobran moscas. Allá, en el norte, algunas nubes asoman, pero hace tanto calor que no se atreven a salir. Las chicharras telegrafían al sol. Bajo la sombrilla con borlas de un naranjo, dos charabones guachos le hacen guiños a los tábanos, lanceros de poncho gris. Hay olor a manzanilla. El pozo abre la boca para aspirarlo. Los pompones del cardal se agrupan sobre el patio y rondan con la virazón. Y un camino se acerca agachándose para que no lo castigue tanto el sol, encuentra entornada una puerta y se cuelga en el rancho.

Hace dos horas que, bajo el alero, "Terrón" da vueltas y más vueltas. Quiere envolverse en el sueño. Pero una mosca verde se le aquerenció en las orejas como una novia...

— ¡Es al ñudo! — rezonga — Con esta van pa quince tardes que no pego ojo. Justo desde el casorio de Rudecindo. Yo se lo advertí. Apenas me llevó a conocer a Lucía, en cuantito la vide, no bien la olfatí, supe que esa mujer no quería a mi amigo. El se quedaba bobo oyendo las palabras



## YAMANDÚ RODRIGUEZ

de la china. ¡Claro! El pobre Rudecindo es apenas hombre, no sabe, no puede oír intenciones. ¡Yo, sí, por disgracia! Me le acerqué arrastrando la barriga, afirmé la cabeza en sus rodillas y le previne: No te casés con ella, Rudecindo; esa novia te va a traír disgracias!... Cierto que yo se lo decía con los ojos, con el rabo, con todo el cuerpo; no me entendió! Aquella tarde cuasi rabeo. ¡Parece cuento lo adelantaos que estamos los perros sobre el hombre!...

Con trote desengañado fué hasta el bebedero y durante unos minutos pareció morder el agua. Desde los esponsales del patrón, el barcino tranquea enredándose en el rabo. ¡Le queda tan grande ahora! La cola es la única parte de un perro que no consiguen achicar las preocupaciones. "Terrón" vuelve a la querencia sombreada donde dejó esperando a su melancolía, extiende las manos, apoya en ellas el hocico frío y torna a monologar.

—Pobre Rudecindo Benítez! Se casó. Vive a la confía en larienda: le ceba el "dulce", come, sesteá. ¡No ve nada! Cuando cayó a este rancho ese Escolástico, más desteñido y chupao que un bacaray de yegua y Lucía lo priesentó como pariente y se quedaron los dos de mano dada, yo me le encaré a Rudecindo y esa vez le rezongué derecho: Amigo, ¿qué es eso? ¿no le dá vergüenza? ¿No ve que lo engañan? ¡El cariño e familia no tiene suspiros! El patrón me hizo a un lao. Escolástico acampó en el galpón. Lucía comenzó a madrugar... Y yo, dende entonces, a no

dormir... a no dormir, pa bombiarlos. No pasa hora que no le cuente a Benítez toda esta historia sucia. ¿Se hará el sordo? ¿Pa qué le habrá servido andar tantos años conmigo?

Porque hace mucho tiempo que desde aquellos campos, los barcinos bocas negras le ladran a la luna, queso en zarzo de nubes. Son perros de alcurnia cimarrona. Hay en su historia gloriosas cornadas de cerriles, vestidos de abuelas "cribaos" a trabuco. Sus patas crecieron con el rastro de las montoneras. Les hacían carlancas los espinillos. En cada alerta, por más que el tero le clavase al viento los espolines rojos de sus alas, los barcinos siempre "le ganaron el tirón" y hacia el bulto, la luz o la sospecha se arrancaban "carpiendo" con el pelo chuzo y en silencio. En las noches oscuras, desde la boca del camino, mirando "cosas" que nadie veía, los barcinos poníanse a aullar, enfriando la noche, hasta que en el fogón de los Benítez barbudos y crédulos, se cortaba el tema, bajaban los hombres la voz y los ojos y el más viejo de ellos, quitándose el chambergo, trazaba con éste una cruz en el aire y lo dejaba caer sobre los pastos. De aquellos Benítez queda Rudecindo. De aquellos cimarrones: "Terrón". La estancia se achicó también. Ahora es apenas un pañuelo verde tendido a secar al borde del camino. Cuando llegó la última primavera, sin un solo chingolo para cantarla desde el único ombú, Rudecindo tropezó con Lucía y lo pisó a "Terrón".

—Esta mujer del patrón me ha traído unas du-



YAMANDÚ RODRIGUEZ

das bárbaras. ¿Qué tiene Escolástico sobre un Benítez? Mañas, conversación, humos... Desde que sé cómo eligen las hembras, yo le puse un tramojo a mi corazón. Esa cuzca del "puesto e'la cruz" me ladraba bajito. Confieso que la perrita usa una camisa chocolate con remiendos blancos capaz de sacarlo a uno de "su casilla"... Pero, con lo que anda por pasarle a Rudecindo, ya es basta. No existe más que un cariño: la amistad. Yo he de seguir viviendo por eso sólo.

Se abrió una puerta. Haciendo saludar las chanquetas cruzó la peona. Se quejó una roldana. De la cocina llegó el ruido de leñas y de los "cuartos", el de jofainas. Luego, bufidos. Después, por una puerta, volcaron sobre el patio una palangana de agua y hacia el charco corrió una pata marrueca y empezó a abanicarse con la cola mientras se enjuagaba el pico. Con rumbo al comedor pasó Escolástico, oliendo a esencia de rosa.

—Ya está levantao! ¡Vamos, viejo Terrón!

Para disimular, miró unas palomas torcaces que se perseguían entre el rastrojo vecino. Sacudió la cabeza preocupado y entró en el rancho. Allí lo esperaba una dulce escena de familia: sentada junto a la mesa, Lucía, arrebolada, sonríe con ojos brillantes al marido, mientras pica para el mate una cáscara de naranja que parece dorar sus dedos puntiagudos. Cerca de Lucía, apenas separado por media cuarta de luz, Escolástico. Entre los dos, con manos que se encuentran sin querer,

## CIMARRÓN

ensillan el “dulce”. A un costado, Rudecindo, canoso y feliz, arma un chala.

“Terrón” le gruñe al forastero. Mira largamente a su dueño y se tiende a sus pies.

—Ya está rezongando ese perro — dice ella.

—Dejuro por las pulgas...

—No, hermano Benítez — protesta, gruñón — Vine a contarte a vos, muy bajito pa disimular, cosas íntimas. Entuavía estás en tiempo. Yo no he dejao de vicharlos ¿sabés? La cuestión camina; pero por aura, en palabras nomás. Las palabras se pueden borrar. El Escolástico éste le lleva unas cargas bagualas a tu moza. Hasta hoy ella se ha defendido como gato entre las leñas. Si en este mismo momento vos te arremangás a destrensar tu arriador en las costillas de ese sabandija, podremos arreglar el asunto... Pero apurate Benítez... yo sé por qué te lo digo.

Como su amigo continúa sordo, “Terrón” alza el ladrido.

—Sabés, Lucía, que este perro está cargoso... mismo...

—Espantalo, mi amor.

—Juera Terrón!

—Disculpá, Benítez, que esta vez no te obedezca. Estás en peligro y siempre me has hallao junto a vos en esas ucaciones... Algún día tendrás que agradecermeló...

—Vos tenés la culpa, marido. Lo mimás de come, sesteá. ¡No ve nada! Cuando cayó a este



masiao a ese bicho. Hasta que no te decidás a darle unos palos, no va a cambiar.

Benítez lo espanta nuevamente; pero “Terrón” se le acerca humilde:

—No te llevés de su consejo, amigo. Acordate de cómo hemos vivido nosotros. ¡Oíme, enténdeme! ¡Apurate!

De pronto, “Terrón” se eriza. Enseña los dientes. . . Alza la cola como para castigar. Va de un lado a otro, amenazante. Por último se yergue, apoya las manos en los hombros del aparcerero, acerca su cabeza y le gruñe al oído:

—¡Rudecindo, observalos; mirá abajo e’la mesa! ¡Hasta los muebles están contra vos! ¿Consentís que tu mujer y ese mugre se entiendan así, junto a tus narices?... ¡Ya no son palabras!

Pero Rudecindo lo echa y “Terrón” no puede más. Desaparece bajo la carpeta complaciente y se oye un tarascón, un gruñido y un grito de Escolástico.

—¡Juera, perro!... ¡Juera!

Todo inútil. Se ha prendido de una pantorrilla de Escolástico y tira de ella, testarudo, sangrientos ya los bellos; tira, entre los “agudos” de la víctima y un “váido” de Lucía, hasta que Benítez, para hacer abrir las mandíbulas del cimarrón, introduce dos dedos entre ellas.

—Aura sí, hermano — le gruñe. — ¡No te decía yo! ¡Ves como en mí tenés un amigo! No me des las gracias... yo sé que vos hubieses hecho lo mismo por “Terrón”...

Rudecindo lo ha tomado por el cuero del pescuezo y se lo lleva de arrastro.

—Lucía, tratá de curar al pobre Escolástico — le dice. — ¡Es una vergüenza! ¡Ya verás cómo este perro infiel no güelve a lastimar a naide más en mi rancho!

Le saca a los tirones. “Terrón” siente que se le estiran los ojos. No comprende por qué lo sacan de allí...

—¡No me llevés, Benítez! — le rezonga — ¡No los dejés solos!

Va casi asfixiado; lleva las patas más adelante que las manos; el cogote largo y saca chispas con el anca en juerza de rozar los terrones.

—¿Pa qué me arrastrás, viejo? — le pregunta con los ojos alargados. — Si yo te sigo siempre. Hoy no quiero salir del comedor porque es peligroso dejarlos solos aura que ella lo va a curar.

Cuando llegan al galpón, Rudecindo descuelga su arriador y empieza a castigar al barcino. No dice por qué. No pronuncia palabra. Pega únicamente. “Terrón” se manea en la cola para no huir. No se resiste al castigo; pero le hubiera gustado que, al menos, su amigo le explicara por qué lo trata de ese modo. Cuando al dueño se le durmió el brazo y la trenza tenía pelos y sangre, dejó solo a “Terrón”, maduro a golpes.

El barcino, desde el suelo, lo miró alejarse y con ojos buenos, mientras lame sus llagas, sigue preguntando: “¿por qué?”... Luego miró el galpón y el látigo caído; puso el hocico en el mango que



*YAMANDÚ RODRIGUEZ*

había tocado su aparcero y arrastrándose para que no lo vieran, por ahorrarle a Benítez la pena de su separación, salió despacio, pasó el portillo y empezó a tranquear.

—Sin duda me ha pegao por agradecimiento — se dice.

Al pasar junto al “puesto de la cruz” lo llamó la señorita de la camisa chocolate. El se acordó de la patrona; le dijo que no con el rabo y siguió su marcha. Está tan flaco que ya ni el camino reseco, que tiene tanta memoria, se impresiona cuando él cruza. Por fin, pisa la loma, se vuelve a mirar por última vez el alero, el pozo, el naranjo, la casa amiga y, desde allí:

—Adiós, Benítez — le ladra. — Sé que me castigaste de güeno... Si me quedo, voy a tener que prestarte muchos servicios ansina y calculo que no voy a tener juerzas pa aguantar tu agradecimiento... ¡Perdoname, hermano!

## Sandalio

**D**

ENTRE novillo, dentre! — Sandalio pregunta la hora por centésima vez.

—Debe ser l'auna che. Comenzó tarde el embarque y es un ganao arisco. ¡Hopa!... ¡Hopa!

Mugidos, picaneos, resbalones. La tropa avanza por la manguera; al pisar el vagón, cada vacuno se detiene temblando; pero caen diez soterías sobre sus ancas: entra y ya en el tren parece que no tuviera más que pezuñas, guampas y ojos.

—¡Dentre, pampa! Oime Sandalio, te cambeo un chala de los tuyos por este consejo: Cuando crucés por el almacén ande compraste la pastilla e'menta, comprá medio kilo e'pacencia...

El buche de ñandú pasa del mozo al viejo aconsejador. Este hace varias horas que ríe y el otro que suspira. Sandalio toma todo en serio. Siempre fué dulce, medio "abombao", sin dos dedos de fondo. Cuando soltero miraba todo como si se despidiera; desde que tiene a Rosario en el "puesto" mira todo como si recién llegase.

—Piense, viejito, que dende las tres de la tarde la he dejao sola pa venir a echar una mano...



YAMANDÚ RODRIGUEZ

—¡Tamién el patrón! Bien pudo compriender que a un hombre ricién casao y con mujer bonitilla, es herejía tenerlo juera e'casa hasta estas horas...

—Tiene razón...

Es inútil, a Sandalio no le "dentran" malicias. Es agua mansa. Vive al tranco. Quien lo observe no sabrá si es feo o lindo; sabrá que es güenazo. El sol y las tareas lo fueron haciendo parecido a todos los demás. Sin sombra, sin "segunda", sin una sola cardilla, llano y verde, patio que nadie cruza, eso es él. Suspiraba creyendo respirar. Pasó veinte años sin apear-se en ningún cariño, entre hombres que no le veían sus ojos húmedos, sus labios gruesos y su melancolía de forastero.

—Tome el "buche", amigo... No se me ponga triste...

—Es que a casa no llega naide, mi cachorro es un disgraciao y soy tan feliz junto a mi chinita, viejo! ¡Vaya que me la asusten a la pobre!...

El aparcero se levantó en los estribos y miró.

—Güeno, Sandalio, ya va a estar — le dijo con el tono de quien medicina a un niño — Viene entrando la "culata". ¡Hacés bien, muchacho, cuidá a tu compañera!... Cada mujer es invención de un hombre; ni es güena, ni es mala... te lo dice un lechuzón terroniao, es asigún la queremos... lo mesmo que l'agua. Pero eso sí; por poco que la sacudás, a la más clarita de ellas ya no le ves el fondo.

El paisanito oye, aparta las palabras buenas y

refuga el resto. Su china no arrastra barro. ¿Qué entiende aquel viejo?

—Aparcero, con respeto: ¿usté tuvo mujer?

—¿Sabés, muchacho, que ya ni me acuerdo? Creo que tuve una... De lo que estoy seguro es que se me jué, u me la jueron... Una ucación... Pero, escuchá, dentran las últimas reses... Vamo a dejar mi cuento pa más tarde. Vos aura estás sordo. ¡Cierren! ¡Cierren! — gritó. — Podés dirte Sandalio, memorias por allá...

—¡Güen viaje, mozada!

Le bajó la mano al rosillo.

—¡Este viejo es una garúa! — dice, mientras su flete escarcea saludando algunos árboles amigos. — Un caballo se hace... Una mujercita nace. ¡Güen animal soy yo al lao de Rosario!

Y para acortar la distancia, alarga la memoria...

Rosario no tenía ni siquiera apelativo. Cuando apareció en el pago era tan poca cosa, que con el nombre solo le alcanzaba. La criaron en lo de Aparicio Ortiz, un chacarero de campo lindo y mujer fea. Allí la "guacha" fué hija y peona, según lo dispusieran las lluvias. Con pocos trapos y ningún cariño pasó la infancia aquerenciada en los rincones. Nadie miró a la "orejana", encogida siempre, para caber dentro de su vestidito viejo y un buen día Rosario apareció moza. Desde entonces, para Aparicio fué más hija y para su mujer más peona, porque le estorbaban los ojos demasiado grandes de la "guacha". Ojos humildes, siempre bajos, en todas partes se tropezaba con ellos.



*YAMANDÚ RODRIGUEZ*

Una ocasión, mientras Sandalio y ella sacaban de pila al hijo del chacarero, las manos del "abombao" y de la "guacha" se encontraron por debajo del gurí. Al domingo siguiente, Sandalio llega a lo de su compadre Aparicio y Rosario se levanta y se va. Al otro, Sandalio llega y Rosario se queda...

—¡Pobrecita mi patrona! — Suspira. Abre el portillo y hace galopar a su caballo sobre la senda que cuerpea sin éxito las pisadas. Llega, desmonta y escucha... — Vamos, estese quieto, ya es basta amigo — dice a media voz. — ¡No ve que podemos asustarla!...

El cachorro, torpe, con las patas llenas de barro le borda el chiripá. "Corneta" está retozón; tiene una noche sin luna y quiere festejarla. Sandalio entra en su rancho.

—Duerme mi moza... ¡Pobrecita!

Muchas cosas velan aquel sueño: allá las margaritas rojas apretan los labios; sobre un mueble parpadea el candil; en cada rincón se acurruca algún objeto humilde y manoseado: el agarrador, el estrebe, el mate. Todo está quieto para no desvelar a Rosario. Hasta el gallo madrugador, cuando llega el día, aletea primero frente a la puerta y si Rosario demora en levantarse, recién entonces canta.

—Las cosas de ella, de mi mburucuyá — dice apenas. — Mi pobrecita, antes de acostarse las ha ido acostando a todas. Rosario sí, es capaz de hacer de un trapo un amigo... ¡Y aquel animal de

viejo créiba que un bruto como yo puedo mejorar a mirienda!...

¡Si Sandalio casi ni le habla! La mira despacio, con cuidado, los ojos sérenos se le llenan de rocío y no tiene cortedad en mostrárselos. Sus manos tiemblan cuando Rosario las besa. Al principio, él le pedía perdón por ello, ahora no, sonríe, sale al campo y las acerca al hocico suave del rosillo, a la lustrosa ubre de las lecheras, a la matadura de los borregos.

¡Aquella mujer tan chiquita es toda suya! Esta noche, Sandalio tiene ganas de no dormir para seguir mirándola dormida. Pero es tarde ya. Empieza a desvestirse y encuentra el agua en la palangana, la toalla a la mano, sus zapatillas juntas. Rosario le dejó todo servido y pronto para ahorrar un paso siquiera, siquiera un ademán al compañero.

—¡Rosario! ¡Mi china, no seas tan güena! ¡No lo merezco! — concluye por rogarla.

Mete dos dedos en el agua, se santigua y luego, despacio, busca su sitio en el lecho y entra en él con mil precauciones. Está cansado; pero tiene un nido; su mujer se lo entibió... es feliz. Apoya la cabeza en la almohada, nota que hay un objeto bajo ésta, lo toma; lo mira y palidece...

—¿Una chupa? — se pregunta, mirándola en su mano crispada ya. — ¡Una chupa! Llena e'tabaco... ¡Y no es mía!...

Apaga la luz para ver. Los celos y luego la certeza y la duda en seguida y el asco detrás y



## YAMANDÚ RODRIGUEZ

diez rencores le queman el puño. Estruja el objeto ajeno, rojo y frío y es su propio corazón lo que estruja.

—El ladrón se la dejó olvidada — se dice. — ¡Rosario! ¡La guacha! ¡La guacha!... ¡Aquí, en mi misma cama!

No hace un solo movimiento. No afloja aquella mano que ha dejado olvidada apretando... apretando y se asfixian la chupa y él. Sólo abre los ojos en la sombra. Se vuelve hasta la infancia en busca de algo en que esconder la cara y llora en todo el viaje. Cada vez que Rosario se mueve, finge roncar; tiene miedo que despierte y le hable y lo mire en lo obscuro, tomándolo por el otro. Si la toca, la mata. No quiere. Necesita conocer al hombre...

—No se me puede dir, lo tengo aquí agarrao por la tabaquera — se afirma y a ratos parece convencido de ello. — Soy el “abombao” de Sandalio... ¡me guampean! ¡Yo busco la cara de ese hombre y no la hallo! Es al ñudo, todos me parecían decentes. ¡Bah! la guacha también me parecía. A lo mejor es Ruperto o mi amigo Lucio o mi hermano Perico, cualquiera...

No sabe cuánto tiempo ha pasado. Qué duro va a ser para él seguir adelante con aquella chupa tan pesada, observando los ojos de todos los hombres que encuentre, hasta dar con unos... Aquella noche oscura el “Corneta” retozaba y él venía muerto ya. Piensa en cuando se quede solo, en cuando se vaya lejos y se olvida del dolor para vi-

vir el dolor lejano que lo va a esperar en todas las noches sin luna.

Se levanta despacito para no despertar el odio. Se viste. No quiere mirar aquellas cosas calladas contra él. Ni el piso le entregó un pucho ajeno: ni un trapo fué amigo para contarle un perfume. Nadie le avisó. Se ahoga en el nido de la víbora y sale...

—La guacha tira pa'l lao e'la madre! — le dice a la noche.

El "Corneta" dormía atravesado en la puerta y lo despertó de un puntapié.

—Yo he de agarrarlos a los dos. Esta noche, mañana, dentro de un año... No importa cuándo sea. Pa mí es lo mesmo aguardar un minuto que muchos. Soy güey, debo e'tener pacencia...

El flete le relinchó mientras él ensillaba. Luego, Sandalio tanteó la chupa, estribó y el rosillo se lo llevó al tranco, entre un leve lloriqueo de espuelas.

En el oriente, algo se ruborizaba al verlo. Le ladraron muchas perradas. Con el día, llegó al almacén de Mendieta.

—Preciso dos cosas, vasco — le dice de entrada — un muchacho y una giñebra.

—¡Caray, que has madrugao, Sandalio! ¿Andan por parar rodeo en la estancia?

—Eso es.

—¿Y Rosario?

—Allá quedó durmiendo.

—Venís raro mesmo. Trais cara de haber he-



*YAMANDÚ RODRIGUEZ*

cho una muerte, Sandalio — dijo riendo Mendieta.

—¿Yo? ¿Y diande he salido malo? Un disgraciao, eso es lo que he sido siempre. ¿Cuándo ha visto que un dijunto mate?... .

Apareció un sombrero y debajo un gurí.

—¿Qué quiere Sandalio?

—¿Conocés mi casa, muchacho? Güeno. Mi mujer ha de estar levantada, decile de mi parte que yo me vine sin despertarla pa que siguiese descansando. Le decís que estamos de aparte en el potrero del fondo, una tropa de apuro pa embarcar esta mesma noche y hacele saber que voy a gol-ver allá por la madrugada o con noche alta...

Se puso lívido. Notó que Mendieta lo observaba socarrón. Todavía le faltaba por decir lo más duro del mensaje: las palabras suaves que le lastimarían la dignidad. Debía pronunciarlas, sin embargo, para borrar cualquier sospecha. Apuró de un trago su ginebra.

—Atendé muchacho y no vayás a olvidarte de esto último: Dice Sandalio que si pasa usted el día sin acordarse con cariño de él, él se lo va a conocer en los ojos cuando llegue; porque sus ojos de mujercita güena no saben mentir... Andá.

Dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—Ya me parecía, Sandalio, que estabas enojao con la pobre Rosario...

Se irguió al oír esto.

—¿Por qué me mirás así tan duro, Sandalio?

El mozo lo encontró viejísimo y franco; lo pri-

mero más que lo segundo le convenció de que Mendieta no podía ser "el otro".

—¿Cómo duro, pulpero? Lo miro asombrado. ¿Usted cre que los hombres semos hembras pa querer hoy y no querer mañana? Yo me encariño a lo macho, una vez pa siempre...

Echó mano al bolsillo, apretó la chupa hasta que consiguió sonreír. Empuñó su revólver, se acercó al mostrador y se quedó un rato largo mirando un clavo del cinc. Mendieta acabó por mirar lo mismo.

—Diga vasco, ai de lo e'Tejería pa acá, por poco me comieron anoche dos perros bayos, boca negra... ¿Usted tiene balas pa este revólver?

—Tengo... ¡pero está todo tomao, muchacho!

—Arma de hombre güeno, amigo... llena e'ferumbre. Yo nunca le faltó a naide...

—¿Es un regalo e casamiento?

—Es...

Cargó el arma, pagó y se fué.

A las nueve de la noche ya está emboscado a una cuadra del ranchito y corta la única senda. Si el canalla ha "llegao", por allí ha de pasar. El camino, humilde como Sandalio, tiene que traérsele de tiro. Un árbol solitario, aparcero del alambrado, le presta ayuda.

—¿Será güena la suerte siquiera una vez conmigo? Yo no puedo con el peso de esta chupa, ni con el peso de ese hombre... ¡Ya hace tantas horas que los llevo encima!

Tienen luz en el "puesto". Sandalio clava tan-



## YAMANDÚ RODRIGUEZ

to sus ojos en el cuadro iluminado de la puerta que cuando los desvía, lo sigue viendo en todas partes, como fantasma. Pasa una hora así; cree ver dos sombras allá dentro. Empuña el arma, apoya el índice en el gatillo y espera temblando. Tiene resecos los ojos de no pestañear. Ni piensa, ni siente, ni sufre ya: mira únicamente.

—¡A'í está — dice de pronto. — ¡Está el otro! Vía resollar!...

En efecto, Rosario y un hombre han salido a la puerta y se abrazan despidiéndose.

—¡Guacha! ¡lo abrazás en la puerta, a la vista del abombao, del pobre Sandalio!... — dice.

El hombre ha montado a caballo. Rosario lo saluda con la mano, lo ve partir y cierra.

Sandalio, inmóvil, deja acercar al otro; no ve más que una sombra que se agranda; luego empieza a oír la coscoja y una "cifra". El hombre canta, llega alegre mientras el caballo levanta en las manos el camino, como si lo recogiese. Ya está a tiro. El mancarrón se espanta, grita algo el jinete. le contestan dos detonaciones y el otro se agarra de las cabezadas, tambalea y cae, mientras su caballo desparrama el "recao".

En el puesto, la guacha abre la puerta, levanta un candil, mira, mira y vuelve a cerrar.

El caído no se mueve. Sandalio se aproxima y reconoce a su compadre Aparicio, el filántropo del pago; el más generoso de los vecinos. Está muerto, con los ojos abiertos y mira aún.

—¡Mi compadre!

## SANDALIO

Le agarra por el chaleco y levantando aquel busto, pues los brazos siguen sobre el camino, furiosamente le sacude.

—Aparicio, canalla, me ensuciaste... ¿Vos? ¿Vos? ¿Vos?

A cada sacudida, la cabeza del muerto parece afirmar. Lo dejó caer. Cruzó a pie hacia su rancho, empujó la puerta. Rosario ve la cara blanca y las manos rojas.

—¿Sangre?

El marido encuentra agua en la palangana y siente placer en ensuciarla.

—Sí, señora — responde. — Sangre de un chimango que me robó una oveja. ¡No lo pelié, no te asustés! no lo pelié... le di muerte a gatas...

Rosario no puede hablar, se ha recostado a la pared y mira los ojos de loco, la boca temblona y la ropa sucia del "abombao". No entiende nada y llora.

—¿Y el güeno de mi compadre Aparicio? — pregunta sarcástico.

—Ricién se jué... No quiso pasar el día e'tu cumpleaños sin venir a verte. Te trujo esas espuelas de regalo... ¿Qué tenés, mi Sandalio? ¿por qué estás enojao? Yo pasé tu día tan triston... tan triston... — y sigue llorando.

El hombre continúa cejijunto y burlón.

—Mesmo, aura ricuerdo, lindo cumpleaños el mío; quiere decir que no debí nacer nunca...



YAMANDÚ RODRIGUEZ

—¡Lo pasé tan tristona!

El sacó la chupa, esperaba aquel momento de victoria; con los dedos manchados de sangre quiere armar un cigarro del otro y echar una bocanada de humo a los ojos de la guacha.

—Pitaba mucho mi compadre, era hombre fumador y muy tordo, vamos a hacerle gasto.

Introduce los dedos en la tabaquera, toca una hojilla, la saca. Se ha equivocado, aquello es un papel de esquila doblado en cuatro.

—¿Rosario?... — pregunta.

—¿No lo has leído entuavía? — le contesta.

El tembloroso, desdobla aquel papel, y lee:

“A mi querido Sandalio, en el día del santo, le ofrece esta humilde chupa llena e'picadura, su pobre mujercita. Rosario.”

# Perdón

A Ignacio Piroski.



Doña Luisa Mendieta pa entriegar a  
Cupertina Pérez.

Cupertina:

Van con la presente una docena  
e'cartas que te escribo. ¿Pa qué?

¡Si hasta aura denguna halló rispues-  
ta! Creeme, Cupertina; ¡si supieses

qué cambeo dentra en un año!... Cuando te conocí  
me raiba, ¿te acordás? Cualisquier "salida", cualis-  
quier trompezón, hasta cualisquier dolor ajeno me  
hacía cosquillas. Hoy, por mi disgracia u mi suer-  
te, se me ñublan las vistas en cuanto veo un des-  
venturao, y me le apareo y cambiamos penas por  
penas.

¡Yo te hice muy aporreada! Lo comprendo. Fué  
aquél un feo grande de esos que cuasi no tienen aco-  
modo en la conciencia. En ella acosté el ricuerdo,  
como un camino; pero alzaba cabeza, vida mía, pa  
mirarse en mi corazón.

Y una tarde, solo en el campo, mirando el oeste  
vendao en el amago de tormentas, comencé a sentir  
que garugaban estrellitas en mi recuerdo. Las es-



## YAMANDÚ RODRIGUEZ

panté. Y golvían. Las moscas se aquerencian en la carne abombada y yo soy eso dende que te juiste. Aura que te hallás en el pueblo y has de estar muy léida, colijo te burlarás de estos garabatos míos. Yo no juí nunca muy juerte pa manejar la picana. Pensaba que escrebir era lo mesmo que andar bolliando pajaritos; mientras tengan alitas los pensamientos es al ñudo querer boliarlos, ¿no? ¡Y lo que será el amor apadrinao! Que hoy escrebir se mi hace que es bañarme.

¡Juí un sarnoso derecho, mi prienda! Haceme arrimar al alambrao de púas del ricuerdo, haceme doler bien la ofensa que te hice; pero no te olvidés que de cerriles chúcaros salen güeyes y de espinillos, flores. Teneme lástima algún día, es todo lo que te pide el bruto de

**Ruperto.**

Ruperto:

En efeto. No te quise hasta aura risponder. Leí una de tus misivas y vide que seguías brutazo, duro, macho. Si contesto tu última es porque ri-cién hallo que te dueblaste sobre la carta y te temblequeaba un algo el pulso. Ansina sólo, olvidao de que sos hombre, estanciero y consentido, aceto el tratarte.

¿Yo te quise alguna ocasión? No sé. Tenía a gatas diez y ocho años; nombre limpio a pesar de las ollas, que siempre guardan tizne pa las pobres peonas; unos ojos dimasiao grandes, curiosos, sin malicia y poca ropa, porque si una quiere ajuar de novia debe ser muy modestita... Vos eras el

hijo del patrón. Sabías cerdiar yeguas y reyunar ariscas. Acostaste tuito lo que se te puso por delante. Despreciabas los óidos, ventanas del amor, pa saltar a caballo las tranqueras. ¡Tenías muchos campos, Ruperto! En mirarlos namás se cansaban tus "priendas" y cansadas las agarraste siempre. Yo creí una vez que andaba enamorada e' vos. ¿Sabés lo que me conquistó? Una golilla blanca que usabas ceñida al pescuezo. Nada más. El blanco aquel me despertaba de noche; lastimaba mi vista, aletiaaba al viento como llamándome. Dios sabe cuántas madrugadas me hallaron sentada en mi catre, acariciando con timidez la esperanza de que vos me vieses un amanecer, le pidieses a mama mi mano a la hora e' la siesta y nos casásemos esa mesma noche... Ya llevaba diez y ocho años de pelea pa ganar ese sueño.

Y me miraste, sí, y me seguiste, sí, y yo me puse toda colorada pa óir las cosas lindas de tu boca a mis ojos. Comenzaste a hablar, pero con las manos, ¡Cuasi me caí de la pena! Créiste que me arrocinaba como todas y me tiraste al suelo, allí en el corral, entre el polyo de la majada y por más que grité, mis aullidos fueron apagaos por el balar de las ovejas, mientras los carneros se empinaban paraos de manos pa mirar... Yo no te arañé, no te mordí, no te pegué. Uñas, puños, dientes, la vida mesma no me alcanzaba esa ucación pa lastimar tu golilla blanca, la maldita prienda que hacía tan triste mi cáida.

Hoy, hace un año pa vos de esa muerte. Pa mí,



## YAMANDÚ RODRIGUEZ

no. Pa mí ricién pasó y va a pasar. Por eso ricuerdo tan patente todo. ¡Si entuavía estoy tirada allá!

Dejé a mama. Era juerza mucho coraje pa dir a verla. No tuve. Aflojé. Y me vine buscando la cáida de los campos pal arroyo, ande se lavan las cosas: ¡las cosas nomás! Me acordaba entonces de tu cara; me olvidé entonces de tu pañuelo... Sé que créiste que Cupertina se había augau por amor. Y sé que hasta anduviste un tiempito acariciando, palmiando, esa esperanza...

Viví tranquilo, muchacho... Yo era muy basura, muy poca cosa pa prietender perder tanto, porque la manearon en un corral... Total, tuito jué una ilusión. ¡Se perdió! Compadezcó a la mujercita que la halle...

### Cupertina.

A doña Luisa Mendieta pa entriegar a Cupertina Pérez.

Cupertina:

Compadeceme, si querés, mi prienda; yo la hallé. Estoy pronto a degolverte esa ilusión. Quiero dir a tu lao. Alejarme de estos campos ande inverna mi pena. Ese corral es una armada de palo a pique, que se me cierra en el tragadero y me auga.

La güelta de mi mala acción, me hace bien. Eso apuntala mi idea de pagar tu pena con lo único que tengo: cariño. Tuito se puede perdonar y olvidar. Dice el cura don Rosendo, que un arrepentido ya no es pecador. Yo lo creo ansina. Dende que dejé de verte; cuando acampaste a lo carancho sobre la osamente e'mi alegría; cuando a juerza

e'picar en el corazón hiciste nido "carpintero", yo recién supe que no se arrea a una china. Compriéndi por qué tienen boca las guitarras: es porque en ellas resuella la novia de cada uno e'los que escuchan. Y conozco que, cuando se quiere, cada criollo "cortao" lleva una estrella e'tiro.

Cupertina: Por vos, a tus ojos grandotes y mansos de guasuvirá, les debo haber dentrao en ese pago e'las payadas, los dolores y las luces güenas.

Decime qué debo hacer pa que me perdonés. Me querías humilde: soy un patio pa vos. Ya no tengo ni siquiera un terrón ante podás trompezar. El viejo Tata acomodó con don Mamerto Peralta mi casamiento con la Eleuteria, ¿te acordás? Yo estoy dispuesto a ese sacrificio por razones de intereses, nada más. Aura busco el dir haciendo todo el bien que pueda. Pero pa que eso suceda, pa que yo porfie en el güen camino, es preciso, mi vida, que me digás ánde puedo hallarte.

Yo resuello namás que con esa esperanza.

Si vos seguís tan güenita como eras, me dirás tu pago y tu casa; yo a la fin del mundo galopiaré pa cáir y dejar de sufrir unos días a tu lao.

Ruperto.

P|D. Por la dadora mandame decir si precisás plata y cuánta.

Ruperto:

Ya te hallás una vara más cerquita e'mi alma. Pero entuavía no purgaste lo bastante tu pecao. Entuavía estoy en el suelo, preciso una mano leal



## YAMANDÚ RODRIGUEZ

pa levantarme. Puede ser la tuya... Si hacés méritos.

Oime, muchacho: pa que yo te perdone tendrás que dejar por lo pronto a la Eleuteria Peralta. Ella tiene campos, no precisa novio.

Pa que yo te quiera tendrás que hacer otra cosa... ¡Ganarme! Vos que me perdiste debés hacerlo. ¡Ganame!

Me decís al final de tu carta si preciso dinero. No, muchacho. Gracias. Yo trabajo mucho y gano mucho tamién. Aquí la plata se gana echada nomás. Los poblaos son ansina. Cuando pienso que hace un año yo, pa ganar diez pesos, tenía que salir temprano a chistarle al sol; pegarle en las verijas a las lecheras; augar terneros en la sogá, picar un monte pa leña y reventar... Cuando pienso eso, ¡la verdá! Se mi hace menos duro el destino. Ojalá en la vida tuito se hiciese con plata. Güeno...

Aura pensá mucho en lo que vas a resolver. Rumíá si yo valgo pa vos más que ese casorio por conveniencia... Dentrá unas horas en vos mesmo, recorré el alambrado por si hallás portillo pa juirte de mí. Si no es ansina, si tu cariño está cerrado, derecho, decimelo. No andés gastando pintura en floreo. El amor es color tierra... Hablá derecho. ¿Oiste? Ve que una equivocación, cualquiera errada, puede golver a separarnos. Y esta ucasión pa siempre.

Cupertina.

A doña Luisa Mendieta pa entriegar a Cupertina Pérez.

Cupertina:

Ya está risuelto. Rompí con Eleuteria. Miré pa dentro. Te vide a vos allá, en las raíces mismas del alma. A Cupertina sola, con los ojazos negros pidiendo justicia y los óidos guachitos de palabraje. Ansina es la verdá, sin floreos, a lo criollo, como la pediste. Denguna mujer jué más merecedora de cariño. Naide como vos supo mandarme en la ausencia la bondá que hoy hace suavita mi mano. Cupertina, mi prienda, vos y la finada mama, que Dios guarde, son las dos únicas almas capaces de enfrenarme. Ya estoy arrocinao y tiemblo en el palenque.

Mandá. Yo soy tu pión. Pedí: ricuerdo, confianza, cuchillo, hacienda mía, cualisquier hombrada u cualisquier afloje, a cambio de tu dirección. Escribí corto. Poné tus ojos sobre lo que digás. Tengo fe. Mucha fe.

Ruperto.

Ruperto:

Ansina te aguardo. Ansina te quiero. Ansina le he pedido al destino que te formase un alma nueva, ande el amor juese arao quebrando el pedregal de tus arranques pa que saliesen de ellos haciéndote doler, la fe, el respeto, el cariño, el entusiasmo...

Gracias, Ruperto. Tuito el daño que hiciste, aura mesmo lo podés reparar.

Casate conmigo. Si me querés hasta llegar a eso,



*YAMANDÚ RODRIGUEZ*

decimeló. Si no, perdé la esperanza de hallarme. Yo aura soy igualita a vos. Me agaché lo bastante como pa poder óirte; ¿comprendés? Había sufrido dimasiao... Te llevaba mucha ventaja. Estaremos parejitos...

¿Acetás?

**Cupertina.**

A doña Luisa Mendieta pa entriegar a Cupertina Pérez.

Cupertina:

Ansí será, mi prienda. Te hiciste querer y el casorio es justo. Con eso acabo e'lavarme. Yo nunca crei acollararme. Aura en cambio voy ansina a poner el testuz en las coyundas. Voy redotao y creyente. Pienso que no hay distancia de mi cocina a mi sala, si la recorro cantando. Por güena, por sufrida, por haberte agrandao con tuitos esos dolores que pasaste y de los que yo juí culpable, voy a llevar al juez y al fraile.

Cuanto más pienso en vos, más te almiro. ¡Sos tan llena e'dones, que me has ocultao tu nido pa cantarme dende lejos, a ver si reconocía tu voz!...

China güena, yo te prometo que vamos a ser felices. Es cierto que serás mucho más grandota que yo. El árbol tamién es más grande que el chingolo y viven juntos.

Cuando se conserva limpita un alma como la tuya, no hay más rimedio que cerrar los ojos y dir a ella ansina, tantiando, deslumbrao.

Dejo tuito lo mío por vos.

## P E R D O N

¿No te basta ya? Querías que yo antes conociese el dolor y los amores y los respetos. Querías que me descubriese ante la moral y la ilusión. Güeno. Ansí estoy. Tengo el chambergo aludo en la mano y unas gotas de agua en los ojos...

¿Ande estás? ¿Cuándo me ordenás dir?

**Ruperto.**

Ruperto:

Vení, pero con el cura y el juez. Vení cuando querás. No la campiés a Luisa Mendieta. Vivo en "Ñandú Culeco". Entrando por la calle real, después de vandiar la sucomisaria, agarrá a mano derecha unas cincuenta varas, te vas a hallar con una casa de azotea, de vidrios turbios, ¿sabés? Es el burdel de Carola. Allí preguntá por Aída "la flaca". Dende hace cuasi un año, Aída "la flaca" soy yo.

**Cupertina.**





# El pariente de Larriera

A C. Martínez Paiva.



ARROSO! ¡Roncador! ¡Firme, güey!  
Camino que está tristón hoy... Ni  
un criollo se ve... ¡Mariposa! ¡Ca-  
reto!

En el anca de un delantero se hizo arco la picana y la primera yunta torció hacia la derecha como el camino. La carreta, cargada de sandías, rezongaba también contra los baches. Primitivo Larriera llevaba seis horas de marcha al paso, siempre por la huella conocida y el paisaje sin ningún secreto para él. Le sostenía la esperanza de encontrar un compañero de paso. Era como un cigarro, le pegaba unas fumadas y lo dejaba luego. Cuando el caminante era de esos que tiran unas "güenas tardes", castigan y pasan, Primitivo picaneaba la primera yunta de modo que se le atravesase en el camino. Luego pedía disculpas o atención o rumbo y era muy difícil que no ensartase un chisme en la picana, con el cual acortaba unas varas del viaje y cuyo recuerdo, manoseado como un cimarrón, él lo cebaba luego en rueda de fogones o se lo cambiaba por otro cuento a cualquier compañero de camino



YAMANDÚ RODRIGUEZ

—Naide... dejuero... ¡quién como no se vea muy aporreao va a cruzar estos campos, ande el gringaje cobra por dejar hacer noche!

Abstraído en estas reflexiones no oyó a un jinete que se le acercó en silencio y descargó fuerte rebencazo sobre el anca del ruano. El caballo, brioso, saltó en un balance y Primitivo, torneándole en las riendas, revoleó el talero para azotar al bromista.

—¡Oigalé al maturrango! Pucha con mi primo Larriera, que ensilla arisco...

—¡Sos bruto mesmo, Dositeo! Quién te vido tan aficionao a andar asustando gente y no sos capaz de sujetar una perdiz con bozal...

—Güeno, te hallé alunao, colijo que andás con ganas de caminar solo... ¡Hasta'otra vez!...

Taloneó, hizo mosquear al matungo de un lazaso y se adelantaba; pero el carrero lo alcanzó con unas palabras afectuosas.

—Che, Dositeo, parate... No seas guarango. ¿Te crees que me empaqué? Si dende hace media hora te vengo bombiando. Me hice el asustao pa darte un gusto. ¿Hasta ande vas? ¿Cómo andan por allá? ¿Qué cosas nuevas sabés?

El pariente se dió por satisfecho. Era un mal compañero; hablaba siempre de él como los "dotores". Primitivo no le quería bien. Acaso le perdonase el que fuese su pariente y tan rencoroso y conversador, si no tuviera junto a esos otro defecto capital: la cobardía. Dositeo era de esos flojos que no se empardan.

—Como dir, voy hasta el ombú viejo, ai dueblo.

## EL PARIENTE DE LARRIERA

Mama anda bien y la noticia nueva de mi pago es que Clarita, la hija'el negro Quintín, anduvo muy enferma e los óidos. Créibamos que no juese nada. La llevaron a ver al dotor Mendillo, el hombre le anduvo jurguniando con unos fierros; a la moñenita comenzó a jugarle el güevo'el ojo, le dió un váido y esa noche era finada.

—Pero amigo, la familia andaría cansada e la negrita, porque ese dotor es sabido que no deja cristiano con vida; mata más que un jusil. Vez pasada dentró un tifus ahi en lo'el gallego Pérez. Jué Mendillo y de cuatro e familia salvó únicamente el gallego viejo y ese porque se subió a un árbol...

Así con los caballos apareados y una pierna cruzada sobre el lomillo, hablaron de los vecinos y de las faenas. Paso tras paso, cuento tras cuento, entre gritos que empujaban a los bueyes, fueron dejando sobre el camino dos huellas frescas unidas en la distancia. El ombú viejo había crecido mucho. Hubo un silencio de una cuadra. Dositeo ya no sabía nada más. Le dió la vuelta al pago y pisaba ahora las huellas del primer relato. Ya era pucho. Primitivo sintió ganas de echarlo, pero ¿cómo? Precisamente, más allá del ombú, veía acercarse otro carrero y no quiso perderlo por caminar junto a un hombre ya leído del todo. Buscó un pretexto y se acordó que Dositeo era cobarde. Ningún maula quiere que se lo digan. Hablarle de eso y espolearle el caballo era lo mismo.

—Che, pariente, ¿vos estás seguro e tener sangre e los Larrieras?



YAMANDÚ RODRIGUEZ

—Mama es de ese apelativo; del tata puede disconfiarse, pero de la madre, ¡che!... ¿Por qué me lo decís, Primitivo?

—Pensando en cómo habrás salido vos tan blandido e las tabas... tan flojo... tan maua...

El primo se encrespó.

—¡Maua! ¡Porque no balaqueo; ni dentro a pechar mamaos en los mostradores! ¡Ya estoy cansao de oírme tratar ansina! El único hombre que me puso una mano encima, el único que insultó a Dositeo Larriera, ¡murió!

—¿De viejo?

—¡No! Dijuntiao por mí, por el flojo, por el maua e la familia.

El carrero dejó de reír. Dositeo, colocó una pausa y luego:

—¿Vos conociste al finao Casco, Primitivo?

—¿Un sargento e polecía que supo andar en el pago hace cosa e cinco años? ¿Era un correntino atrevidote él, de cejas como pata de araña, que se le murió entre las manos a ese dotor Mendillo de que hablamos?

—El mesmo. Yo juí el que lo puse en ese estao y con hipo ya, ¿sabés Primitivo? Con hipo se lo llevé a ese dotor, atravesao en la rastrita e la leña. ¿Y sabés por qué jué ansina el sargento Casco? Porque unos días antes lo castigó a tu primo Dositeo... Nunca te hablé de esa muerte. ¡Es un secreto bárbaro! Yo no soy amigo de compadradas. Soy callao. Vos no lo supiste por lengua suelta. Pero hoy

## EL PARIENTE DE LARRIERA

ya no puedo más. Oirás de una vez la historia, con eso se acaba el cuento e mi cobardía.

Primitivo se perignó. Aquello no entraba en sus cálculos. En la familia, cada vez que alguno del pago envainaba su soberbia frente a un facón desenvainado, decían: se dositeó todo. Era el pariente, modelo de cobardes. Pero vivía con los suyos separado del carrero por diez leguas de campo. De tiempo en tiempo los unía un correo o una visita. Aquel hecho extraordinario, pialado por el silencio del héroe y el difunto, no pudo llegar a la estancia vieja. Era casi un milagro. Primitivo supo por experiencia cuán inconstante es el valor. Conoció a hombres guapos, asustados ante hombres apenas resueltos y aun ante luces malas. Sabía que se muere por miedo y que a veces por miedo se mata. Y si en un gato acosado asoma el tigre, bien pudo en un Dositeo acosado asomar el Larriera.

—¡Hermanito — le gritó — y te has callao esa hombrada!

Cerró piernas, se puso delante de los bueyes y los detuvo. Aquella hazaña bien merecía un alto. Habían llegado junto al ombú viejo, crecido allí arrugado allí en la cruz de los caminos, ofreciendo su sombra a los andariegos criollos, a todos los desconocidos amigos de los Larrieras; dando pretexto a una siesta, con las raíces a flor de tierra para asiento de cansados.

—Dositeo, apiate. ¡Me das un alegrón, muchacho! Vení, ganate acá, bajo este árbol tan viejo como el pago! Vas a contarnos tu guapeo a mí y



YAMANDÚ RODRIGUEZ

a este ombú que vido haçe añares a los Larrieras antiguos, aquellos vascos gauchones y derechos que no supieron escrebir y ponían una cruz al pie de un trato y cuando les faltaron a ese arreglo, ¡clavaron esa cruz sobre un dijunto!... Dejame hablarte de ellos pa que te oigan aura. De aquí abajo salieron con tacuaras pastoriando allegaos y peones los agüelos aquéllos... Dositeo... Allá entre los talas se pudrieron retobaos en cueros de la marca, los pocos que golvieron de esas patriadas. Eran los nuestros callaos, los galopiadores, los que plantaron el rancho junto al árbol, al revés de los gringos, los mismos que en cien años de trabajo fueron escrebiendo con los lazos entre una cidera y unas guampas el apelativo e Larriera!

Se emocionó. Fué hasta la carreta, eligió una sandía, la abrió a cuchillo y ensartando el corazón rojo y húmedo de la fruta se lo alargó al pariente guapetón.

—¡Tome, Dositeo, es carne dulce!

—Primitivo: la custión jué hace años. Yo había comprao por esos días un caballo picaso, chicuelón, en cinco pesos. Me lo dejaron en el campo con bozal y todo unos troperos que en cuanto les pagué cerraron piernas y ¡hasta aura!...

—Baratito el caballo.

—¡Muy caro! Ya verás. Era un reservao de esos que el criollo suele quemar por las carretillas. Mansito de abajo, de oreja cáida. Lo monté y salió al tranco sacudiendo la cabeza. Al llegar a la portera del camino se empacó. Le doy un lazaso y se arro-

## EL PARIENTE DE LARRIERA

lla. Le pego el segundo y me tuerce el estribo de un mordiscón; entonces le clavo las espuelas y comenzó a bellaquiar en güelta a lo burro, gruñendo, patiendo; arrancó en carrera, pegó la sentada, se vino como a pechar el alambrao ¡y ahí mismo clavó las manos! Yo salí por el aire con una estribera en esta pata, y entonces el picasito me persiguió errándome manotones, ¡me peinaba el viento e las patadas! ¡Era el malo con recaó! Le agarré miedo y lo largué en el campo. Naide supo la cosa, me callé, ¿sabés? pa ver si podía venderlo. De aquel golpe anduve diez días en cama ¡desconyuntao!... ¡No hubo Cristo que lo sacase al picasito de la portera pa allá!

—¿Y ese negocio qué tiene que ver con tu muerte?

—Verás. Cuando pude moverme, juí un domingo a la cancha e los Peralta. ¡La taba esa tarde corría más que un chisme! El finao Casco estaba allí como polecía y coimero. Yo voy diez pesos contra un tiro; gano, y Casco me corta tres como jugador; grito y me priende como sargento; echo mano y me da dos lazazos como hombre!...

—¿Ahí jué que lo peliaste, hermanito?

—No, Primitivo, no me animé. Casco me dió el lomo y siguió en la jugada. ¡Medio pago se riyó! Yo salí con el Larriera bramando; pero con el Dosíteo muy lastimao y me juí. No podía comer ni dormir pensando en los golpes que me debía el sargento. Era juerza cobrárselos ¿verdad, Primitivo?



*YAMANDÚ RODRIGUEZ*

—¡Sí, a puñal, ataos de la pata, pa salir el vivo arrastrando como un cepo al dijunto!

—Yo lo hice mejor entuavía. Atendé. Una tardecita que estaba en casa calculando mi venganza, lo veo al sargento cruzar por la portera. ¡Era lo que yo esperaba! El destino me lo tráiba cabrestiendo. Lo llamé. Cuanto se acercó, el corazón me quería romper el maniador. Yo había pasado muchos días agüaitándolo con mi caronero afilao. “¿Cómo es que pasa de largo por este rancho amigo, mi sargento?” — le dije.

—“Apurao, vecino — contestó.—Aprovecho, Dositeo, pa decirle que el otro día tuve que darle unos palos, lo hice por dejar la cosa así nomás y no tener que abandonar una jugada tan linda!”

—El hombre se explicaba...

—Otro se hubiese dao por conforme. Yo no. Me cuesta bellaquiar, pero ya enojao, no tengo yel, ni asco, ni lay. El finao estaba de a caballo, yo a pie; sentí comezón de sumirle calladito mi cuchillo. Pero, Primitivo, te confieso que cuanto el sargento se apió tan grandote con las jinetas, el sable y la fama e guapo, se me afluejaron las tabas y solté el mango e mi caronero, risuelto a seguir mi plan.

—Pero Dositeo, me tenés almirao; pensar que saliste matando y ¿a quién?

—“Ate el caballo, Casco — le dije y dentré. — Está en su rancho, tengo un porrón de ginebra pa copearlo. ¡Dispués hablaremos de ese asunto!” — Le serví mucho. El finao era muy tomador.

## EL PARIENTE DE LARRIERA

Se dió por amigo mío, nos ablandamos y el hombre comenzó a decir sonseras y a lagrimear. Me di ese gustazo, antes de matarlo, ¡che! ¿Lloraría por la concencia o por el peligro?

—Por la giñebra, pariente... seguí...

—Aura dentra lo juerte. Ya estaba bien punteo, como yo quería; le retiré la limeta con eso el finao alcanzaba a ver la muerte.

—Eso es Larriera derecho. — Asintió Primitivo entusiasmado. — Pará un poco Dositeo.

Cerca de ellos pasaba la carreta cuya vista habíale inspirado a Larriera el deseo de espantar al pariente. El carrero, un hombrachón rubio y desgargado manifestó la intención de detenerse bajo el ombú. Primitivo le gritó:

—Seguí el rumbo, Canario Perujo, que ya te alcanzo. Abrí los óidos, cuando te cuente una hombrada que yo sé, ¡te vas a cáir de la yegua!

Lo miró alejarse.

—Siga el rilato, pariente.

—Casco se paró agarrao de la mesa. — “Semos amigos, Dositeo — me dijo. — “Semos, finao, somos — le respondí — y pa mostrárselo, yo que sigo las costumbres antiguas de mis agüelos, le quiero regalar un caballo de estimación. Ansí monta en lo mío y yo lo acompaño al camino, ajueira e mi campo, en tierra e Dios, pa que hablemos.”

—¡Eso es flor de criollismo, pariente! ¡Dame esa mano guapa!

—“Que sea manso su caballo, vea que no estoy pa ginetear; ¡su giñebra es bravita! — dijo.”



YAMANDÚ RODRIGUEZ

“—Manso es, sargento, una oveja. No sabe ni patiar. Puede subirlo con la cara pal'anca.”—Yo até a mi overo la rastrita e la leña. Montamos. El finao, no cáiba en la cosa y medio confuso me priguntó:

“—¿Y esa rastra?

“—Ès pa cargar un dijunto” — le dije, riyendomé.

—¿Tenías ganas de ráirte, Dositeo?

—¿Y cómo no? ¡No te dije que lo iba a matar a ese hombre! Ya la suerte taba echada. Yo salí al galope, el sargento me igualó. Al llegar a la portera, me adelanté, la abrí, me tiré al suelo y le pegué el grito: “¡Ciérrele espuelas, sargento!, ¿no dice que es guapo?” — “¡Y soy guapo nomás!” — No concluyó de hablar. Se le subió el guaraní a las cejas; espuelió, el caballo rigalao lo trujo en carrera y antes de pisar el camino clavó las manos, se hizo un ovillo y pegó un gruñido. Casco sale por la cabeza, cuanto se acaba el cabresto chicotea con el lomo; el mancarrón se le arrimó bellaquiando y le quebró tres costillas de una patada. Corrí pa él, tenía espuma en la boca, las dos vistas pa dentro y le roncaba la viuda en los costillares.

—¿Vos qué hiciste, Dositeo?

—Por las dudas, lo atravesé en la rastra pa llevárselo a Mendillo.

Primitivo, tembloroso, le gritó:

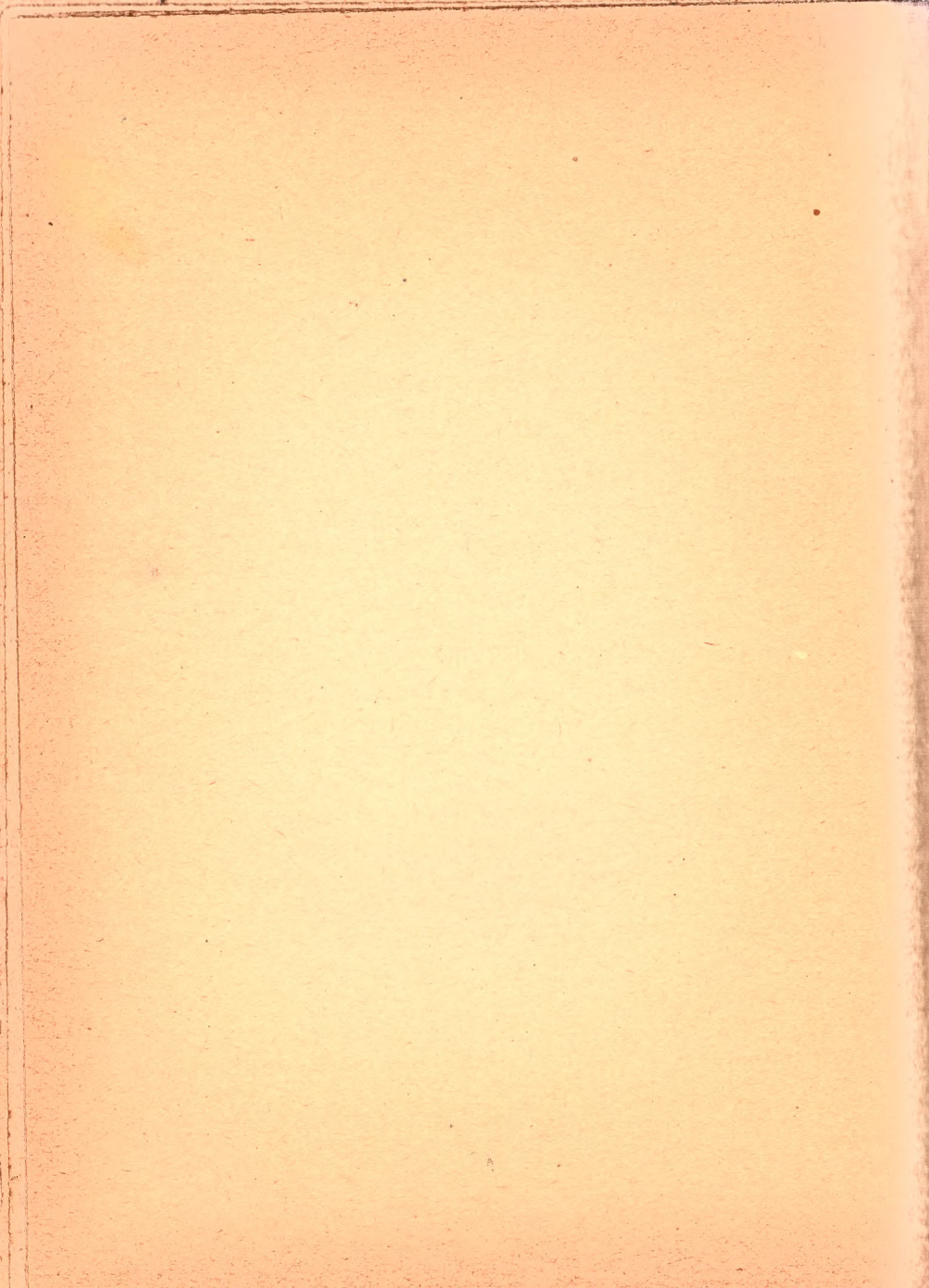
—No te compriendo, m'hijo, hablá claro, ¿qué caballo era ése?

## *EL PARIENTE DE LARRIERA*

—¿Y cuáló querías que juera? Pa matar al hombre que le pegó a Dositeo, le regalé el picasito, Primitivo, el picasito.

El carrero agachó la cabeza, montó a caballo en silencio y mientras se alejaba con la carreta rezon-gona, le dijo a los bueyes lo que pensaba del primo Dositeo: “¡Sinvergüenza! ¡Sarnoso! ¡Cambiate el nombre, güey!”

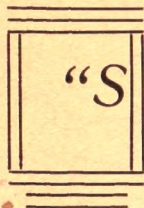




# HEROISMO

A Jorge Thenon.

17 de Marzo.



EÑOR Alférez a guerra Don Wenceslao Pimienta.

Puntas del Chingolo.

Apreciao compañero: Espero que al recibo de la presente se halle usted bien de salú. Yo sigo tan güeno como siempre y soltero. Se me hace que esto último ya no tiene güelta. Mejor será ansina. Los melitares habemos de andar siempre sueltos; porque está visto que las colleras arrocinan a los varones. Va pa cinco años que, acampaos junto al arroyo Negro, usted y yo, su servidor, prosiamos mucho sobre el particular. Entuavía lo ricuerdo patente: Agarramos un mate, lo cansamos; ensillamos un segundo que más tarde hubimos de largar muy chupao. Quería cair la tarde cuando despuntamos el tema y era noche alta al callarnos la boca.

Ha pasao tiempo de aquello. Yo sigo igual no más. Un poco más redondo, si acaso. Colijo que a usted, criollo aficionao al churrasco, el reyuno y la pelea, le pasará lo mesmo.



## YAMANDÚ RODRIGUEZ

Y a propósito: Alférez, ¿ande jué que lo baliaron a usté? ¿Jué en Guarapirú o en la Boyada? Desde ayer traímos una discusión con mi asistente. Yo, la verdá, que no sé fijo el día, ni el lugar. Ibamos, o mejor dicho: veníamos sosteniendo la retirada e la división. Reculábamos con mucha decencia. A tiro por tiro; tome y deamé. En esto, a unas cincuenta varas a mi derechá, nos hicieron una descarga cerrada, desde un montecito e sauces. La gente se quiso arremolinia. Le cerré piernas a un zaino marca de Netto, güen caballo, que después me lo mataron en las "Cañas". Les grité a mis oficiales que sostuvieran la guerrilla. Usté, Venceslao, voluntario en las "obligadas", se avanzó sobre el sauzal descargando el revólver y áhi jué que lo baliaron. Cuando me le allegué, ya lo vide echao sobre la cabezada.

—¿Ta lastimao, alférez?

—Parece — me contestó.

—Esto le acontece a los hombres.

—¡Claro!

—¿Puede seguir a caballo?

—Vía probar charquiando...

Ansina dialogamos. La cosa estaba que ardía. Mi deber de melitar era más juerte que mi deber de amigo. Conque le ordené a Eduviges que lo sacase a usté de tiro y me corrí pa'ande quedaban mis hombres. Por cierto que en aquel mesmo momento, el enemigo "cortaba" al teniente Colmán con seis muchachos y tuve que llevarles una carga a lanza pa poder salvarlos. Ansina pasó. Dis-

pués, un oficial de infantería, que por disgracia no recuerdo el nombre, nos trujo una protección. ¡Llegó bien a tiempo! Así comenzaron a desenriarse las cosas y ya el asunto se jué despintando. Ricuerdo que seguimos tirotiándonos hasta la tarde, por entre unas sierritas, pero a media cuadra e distancia. ¡Cuasi ni nos veíamos!

Cuando llegué a las carretas, usté estaba en manos de doctores. Ellos no daban ni un rial de esperanzas respeto a su salú. Yo me callé ande hablaba la cencia: "Que fiebre... Que gómitos... Que la bala no había sido hallada"... ¡Cosas! No pudieron asustarme. Estuve un rato largo allí. Dos o tres ucaciones le pregunté: "Alférez Venceslao, ¿cómo se halla?" Usté no me respondió. A la cuenta no reconocía a sus amigos. Esto suele acontecer cuando hay un poco e fiebre. Un entrometido, periodista por su laya, de esos que estorbaban en los ejércitos, habló de llevarle un cura. Yo me juí. En la ucación sabía más del asunto que los mismos doctores. Porque estos conocerán medecina; pero yo conozco a los Pimienta, amigo, y sé que los de su nombre no son criollos de esos que mueren con los tres primeros balazos.

¿Quién salió con la razón? ¡Yo!

No habían pasao quince días de aquello, cuando en el "Daymán" nos llegaron las caballadas de Mazangano y ya lo vide a usté enlazando un redomón pangaré que era una pintura.

¿Lo conserva? Bastaba verlo, Venceslao, pa darse cuenta que aquel era animal de mucha sangre:



## YAMANDÚ RODRIGUEZ

largo de abajo, alto e cruces, lomo corto, pescuezudo y cabeza chica. ¡En fin! Un pingo como pa mandar rempujar el freno en quinientas varas, sin mirar p'atrás.

¿Quiere que le diga una cosa? A'i va: mucho tiempo anduve deseandose. Soy aficionao a parejeros... Siempre me gustó entrar en la paz con caballos ligeros y en la pelea con caballos lerdones. Nunca me animé a proponerle la compra del potrillo, porque sé que usted es un amigo delicao capaz de regalarmelo sobre el pucho. Y así no era negocio. Lo dejé dir. Meses después, llegó el desarme; nos dimos las gracias, la mano, las señas de casa, usted agarró su rumbo, yo el mío...

Cinco años hace.

Una ucación, apenas apagada la guerra, en la pulpería de Casella, hablé con un vecino del "Chingolo". Me interesé por su salud y la del potrillo. Ansina supe que estaban güenos y que usted andaba por hacer entrar el pangaré en una penca de caballos nuevos.

¿Ganó?

De mí sé decirle que sigo tan pobre como siempre. Después que acabó la última, una tarde, el correo me trujo los despachos de comandante y una nota del gobierno, ande se ponderaban mis servicios. ¡Yo no hice nada, amigo! He dentrao en todas desde hace treinta años por afición, sin miras de interés.

Conque Eduviges despuntó un par de agujas cosiendo el quinto galón en mi divisa. El sueldo es

reducido, Venceslao. Mis gastos suelen ser muchos. Yo siempre tengo y mantengo en casa muchos hombres que han servido y ya no sirven. Soldaos viejos, sin paga, inválidos que no saben trabajar, ni pueden. Ya han dao lo suyo. Por eso, amigo, no hacemos plata nunca. ¡está visto! Y tal vez sea mejor ansina. Dios sabe lo que hace. A lo mejor, el Señor lo ha dispuesto ansina pa que podamos marchar apenas se nos precise en las cu-chiyas.

Colijo que a usté le acontecerá lo mesmo. El criollo viene en un pleito muy enriedao con el gringaje. Tenemos poca ambición y muchas obligaciones. Si yo me arremangase a'cobrar, alguna vez, todo lo que me deben desparramao por ái, tal vez juese hombre de capital. ¡Pero no he de hacerlo! La plata trái disgustos, alegaciones, desengaños. Después, Venceslao, el criollo viene debiendo, de muy atrás, favores, compañerismo y hasta sangre. En la última regüelta, no más, me mataron diez soldaos. Eran muchachos del pago. Los llevé lo mesmo que llevaría a mis hijos, sila suerte me los hubiese dao. Las madres se confiaron en mis barbas blancas y me los entriegaron pa que yo, bajo el fuego del enemigo, los hiciese varones o dijuntos... Los pobrecitos cumplieron con su deber y quedaron pa siempre allá lejos: éste en las carretas, cuál en el Río Negro crecido, los otros sobre el campo.

Y aura, amigo, ¿con qué cara les niego a cualisquiera de esas mujeres vestidas e negro, lo que



*YAMANDÚ RODRIGUEZ*

vengan a pedirme? ¡Si no lo tengo en casa, lo salgo a buscar!

Mantengasé ansina, Venceslao. Ustedes, los Pimienta, tampoco tienen campo que cuidar. Tal vez gracias a esto, han cuidao tanto el apelativo. El finao mi tata, que Dios guarde, era amigo de los suyos desde muy antiguo. Solía decirme que los de su nombre, eran criollos callaos, decentes y risueños. No bien comenzó un barullo, los Pimienta cayeron encomparsaos. Nunca dieron trabajo. Llegaban con sus "reservas" de tiro, sus lanzas y su modestia. Cuasi denguno llegó a peinar canas. El de más edá, ya que todos tenían un coraje muy parejo, era el jefe del montón: Alférez. Siempre alférez. Cuando ese cáiba, otro se ponía el gacho con el "fideo" y tranquiaba al frente del escuadroncito.

¡Hasta aura me pregunto cómo no acabaron con ese apelativo!

Lo cierto es que según se me alcanza, ya no queda más que Venceslao, usté, mi alférez, oficial sin hombres bajo el mando. No li hace. Lo principal es que no desmienta la fama e los propios. ¡De eso, salgo garante!

Y aura, pa final de mi carta, he venido dejando una güena noticia: se habla de guerra.

¡Carculo su entusiasmo! Sofreneló por aura.

¿Cuándo revienta? ¿Cómo? ¿Ande se peliará? Entuavía no puedo decirlo. No estoy autorizao. ¿Compriende? Pero el barullo se viene. En fija. Hay cosas, alférez, que lo asiguran. Desde anoche,

## HEROISMO

Eduviges anda muy atareao en el apronte de mis armas. Tengo unas cincuenta tercerolas y unos mil y pico más de cartuchos. No cuento un haz de lanzas que conservo; porque la gente nueva le tiene aprensión a es'arma. ¡Ya las cargas de antes se van perdiendo!...

¡En fin! Otra táctica; otra manera, no sé si mejor o peor...

Yo sé que voy a llevar mi lanza.

Dicen que algunos modernos acostumbran réirse del lancero. Yo espero que el gracioso que se ráiga de mí, lo haga despacio, a escondidas. ¡Estoy muy viejo pa'andar divirtiendo gente!...

Güeno, Venceslao, estea pronto. Por abajo'el poncho hable con algunos compañeros. Si los trái, mejor. De lo contrario, caiga solo, nõ más. Aquí no le va faltar trabajo. Estea siguro que, como el enemigo nos facilite, yo lo viá llevar al terreno ante pisan y echan raíces los hombres de su temple. Aquí tenemos mucho recluta, voluntario sin cencia militar, mozada nueva a quien conviene enseñarles lo que jué el coraje antiguo.

Sé que será usté e los nuestros.

Por eso me animé a ricordarle nuestra conversaci3n a orilla del arroyo Negro, cuando usté, pobre, sólo, cansao; jediéndole la paz con su trabajo pa comer y vivir y dormir, me dió su palabra de formar a mi lao en la primer rigoluci3n. Entre hombres como nosotros, esa palabra basta.

Agatas la cosa se risuelva, le mandaré un "pro-



**YAMANDÚ RODRIGUEZ**

pio" con dos letras. Al recibo de éstas, miente y vengasé.

¡Los güenos ratos que vamos a pasar en aparcería!

Se despide de usté su jefe y amigo.

**Florismán Carabajal.**

---

20 de Marzo.

Señor Alférez Don Venceslao Pimienta.

Puntas del Chingolo.

Alférez:

¡Se acabó la paz!

Antiayer, la gente de Chico Soto voló la alcantarilla de "Guasubirá". Se vienen arriando caballadas.

En este momento acabo e recebir orden de reunir mi gente y con ella incorporarme a la división que va rumbo al Río Negro. Al recibo de esta misiva pongasé en camino. Si en este pago no tiene noticias de mí, fuerce la marcha. Yo viá pasar dos días en Queguay Grande, Potrero e los Gauchos, barra del Ñacurutú. Calculo que en este tiempo se habrán incorporao todos mis oficiales con sus contingentes. Pienso poner bajo su mando los veinte soldaos del alférez Lucio Olivera, por motivo que este oficial se haya enfermo. ¡No pierda tiempo!

Lo saluda su jefe,

**Carabajal.**

Postdata:

En el almacén de Felipe Chiquela, en Queguay

Chico, le dejo cuatro tercerolas y doscientos tiros pa sus soldaos, si es que los traí, porque la cruzada por el "Rincón de Pérez" ofrece peligro a causa'e que mucho bandido e las chircas a ganao el monte. — Vale.

---

20 de Marzo.

De Wenceslao Pimienta a su señora doña Dorila Flores.

China:

Anoche, a eso e las ocho, avanzó la perrada. ¿Te acordás? Yo salí. En el guardapatio estuve conversando con un hombre. Vide tu cara blanca en la ventana. Querías saber quién era el llegao... Lo convidé a desensillar. No quiso. Tráiba apuro. Me pidió un rumbo, estiró la mano y se jué. En seguida vos estuviste a mi lao. Comenzaron las preguntas. Te dije que el paisano había venido a verme en nombre del portugués Suárez Netto, por asunto de unos novillos...

Te mentí.

Desde que el correo, hace unos días, me trujo la primer carta del comendante Carabajal y yo cái en la sonsera'e lértela, vos dentraste en cuidao. En esa misiva se hablaba e guerra y las mujeres dan en creer que naide güelve de una batalla...

Por esto acordé callarme la boca. A lo mejor todo se resolvía en alarmas...

¡Le erré, china!

Ese hombre era un chasque del comandante Carabajal. Me trajo la orden de marcha.



YAMANDÚ RODRIGUEZ

¡Estamos en guerra!

Desde que recibí la nueva, hasta esta madrugada en que te escribo, traigo una gran discusión conmigo mismo. Titubeo. No sé qué hacer... Miro pa'juera y del tambo, del campo arao, de los galpones, de la azotea levantada piedra a piedra, se mi hace que todo me grita:

—¡No vayás! ¡La guerra es consuelo p'al pobre!

En seguida, miro pa dentro y de los ricuerdos, el hombre que yo era antes de conocerte, me dice con un poco de aseo:

—¡Marchá. Has dao tu palabra!

Ansina jué. Media ese compromiso. Una palabra soltada al ñudo, en el viento. Agatas eso. ¡Pero la di no más y quién sabe ande me lleva años después! Don Florismán la ricuerda. No es hombre capaz de mentir. Y yo, por disgracia, soy un infeliz incapaz de negar. Quedamos, mesmo, acampaos junto al arroyo Negro. Naide me oyó. Estábamos el viejo y yo solitos, fogón en medio. Los tizones le doraban las barbas a Carabajal. ¿Hoy semos los mismos hombres? Creo que no. De mí estoy seguro que no. Y si será juerte un dicho de varón, mi chinita, que aquel: "estará al lao suyo, comendante", hablao hace tanto tiempo, es más juerte que todo lo demás!

¿Por qué le dije aquello? Porque en el entonces lo sentía. Estábamos muy cerca e la última pelea. Me habían herido. Padecí mucho... ¿Sabés? La bala primero, el cuchiyó del dotor después... más

tarde cuasi me abicho. Les tenía hasta un poco e rabia a los contrarios... Dispués, me comprometí por consecuencia. Vos sos brasilera. Inorás que en este páis los hombres toparon la primera vez empujaos por los caudillos. Ya de aí seguimos pechando siempre, llevaos por el cuesta abajo e la tradición de familia. Mi agüelo, mi tata, los hermanos, todos servimos del mismo lao, en favor de un pelo. Don Florismán Carabajal ya lo dice en esa carta que te dejo entre mis papeles. Leéla. Soy, por aura, el último alférez Pimienta ¿cómo querés que me destiña? Pienso en aquel momento, remojó las penurias pasadas con la pobreza en ancas y me disculpo, Dorila. Caigo en que también me comprometí por alivio. Hace cinco años yo no tenía a mi lao, en ningún pago, naides que me aguardara. Andaba de ajeno en ajeno, recostao a los palenques de las pulperías, solo, cortao. Y el fogón de la guerrilla, a la hora e comer, me empriestaba calor; me empollaba, mesmo. No me quedaba que-rencia, ni pago. El último lo abandoné cuando enterramos a la finada mama. Ya los Pimienta vivíamos de prestao en un puesto e don Antonio Matos. Nos desparramamos, quien pa Entre Ríos, mi tío Paulo buscó un asilo en el pueblo; yo gané los boliches. A juerza e no tener nada, ni un amor de mujer tenía! Por eso, en el campamento, amenazao por la paz, mirar p'adelante, el orden, las penurias de cada día pa seguir comiendo, era cosa mucho pior que la guerra! ¡Se necesitaba coraje pa ganar, solo, la vida adelante, sin rumbo, sin pla-



## YAMANDÚ RODRIGUEZ

ta, sin cariños, con la sola esperanza de un potrillo pangaré!

¡Estaba cansao, china! ¡Hasta gana e que me mataran tenía!

Esas fueron las razones de mi guapeo. ¿A qué cuerpiarle al peligro, si ande me alcanzase una bala, me alcanzaba un servicio? ¿Qué era lo mío: coraje o tristeza?

Don Florismán, que es guerrero a la antigua usanza, capaz de pararse ande el mismo diablo deja el humito, me vido siempre a su lao. Es decir: un paso a retaguardia, por respeto. Y debo hacerte saber que el comendante viene guerreando desde el tiempo en que Jesucristo era sargento. ¡Sabe lo que es un soldao! No lo marean con colas de laucha... Y a tu Venceslao, china, una ucación, ese jefe lo hizo tomar mate amargo junto a él, en la línea e fuego, entre los chistidos de las moras.

Nunca te había hablao de estas cosas, Dorila. Nos faltó tiempo... ¡Tengo muchos sustos en mi vida e soldao! Hoy quiero que me conozcás por ese lao. Es güeno. Me viste siempre manso, arador, amancarronao por tus quererres...

Escuchá: Otra vez, a boca e noche, en una garganta e las Sierras del Infierno, pechamos con los contrarios. Seríamos cien compañeros por junto. ¿Qué debíamos hacer? ¿Peliarlos? ¿Tocar retirada? En esta duda nos mataron un viejo "tortero" del escuadrón. En eso llegó un "parte" de retaguardia, muy asustao: acababan de cortarnos la salida.

## HEROISMO

Era juerza saber pa qué lao convenía abrir paso.  
Don Florismán me llamó:

—¡Alférez Pimienta, vamos a cargar!

—Güeno.

—¿Se anima a descubrir esa gente e la sierra?

—¡Mande!

—¿Cuántos hombres precisa?

—Denguno.

—¿Qué calcula tardar?

—Poco.

—¿Si dentro e un cuarto de hora no ha güelto, alférez, a quién le deja ese potrillo pangaré?

—Se lo regalo, jefe.

—¡Vaya!

En retaguardia venían apretando. Allí el capitán Torena no les aflojaba ni la pisada de un chimango. Me adentré en las sierras. Los vide cerca. Me vieron. Pelié. Reculé y entre la vida y la muerte me les vine parándolos con el revólver. Al fin, después de unos cuantos minutos, pude reunirme al comandante.

—¿Cuántos son, alférez? — me preguntó.

—Cuarenta — respondí.

—¡Pongasé a mi lao!

Se arremangó el brazo derecho. Pidió su lanza. Mandó que le acortaran los estribos y cargó. Nos enhebramos...

En el entonces, ser guapo era mi oficio.

¡Hoy me siento maula, Dorila! Esta carta, escrita con el caballo e la rienda, pa dir a peliar por



YAMANDÚ RODRIGUEZ

un compromiso, es cuasi mi testamento. Dejame que te diga la verdá en ella: me falta corazón pa dir. ¿Querés saber la causa? Ya no soy el mesmo hombre. Hast'aura te he venido explicando el porqué de mi coraje. Es justo que también te dea la razón e mi cobardía. No tengo que dir muy lejos pa hallarla: tres años agatas. Ese tiempo hace que te conocí. Vos y yo, Dorila nos vimos por primera vez en unas carreras. Corría mi pangaré. Ganó. Vos estabas con tu tata en un tilbury, abajo de un paragua colorao. Tenían en las varas un rosillo muy mosquiador. Un paisano de mi aparcería, me habló de tu tata como hombre de respeto, me allegué al coche a pedirle que juese mi "sentencia". El viejo acetó. Desde aquel mesmo momento vos y yo ya nunca más nos separamos del todo. Yo había sido querendón sin maliciarlo. Era novio pa rato. ¡Calculale! Cuando quise despertar de tu brujería, me hallé casao. Vos pusiste campo grande. Yo, brazos fuertes. Lo demás lo trajeron los años. Hemos sido felices. ¡Habrà que pagarlo!...

Tengo fortuna. Soy el único Pimienta que llegó a estanciero. El único que ha compraó el derecho a una aflojada. ¡No voy! Habré dao palabra. ¿Y diay? ¡Que vayan a morir allá los que no tienen asegurada la vida! Yo la he ganao con amor y trabajos. Dispués, china, compriendé: ¡me pesa la fama e valiente! Ya en el ejército, no puedo ser un cualisquiera, tendré que avanzar un paso más que los otros. Haberá que salir a cada rato a'cer un disparate, por los que hice cuando pobre, por lo

que juí... Yo, aura, vivo pa lo que seré. Y esto es una razón que no le dentra a don Carabajal. ¡Es triste, mesmo, andar campiendo la muerte!

Y si desierto, ¿qué pensará el comandante?

¡Dorila, asujétame! Llevo muchas horas en este pleito. Vos dormís. Es mejor ansina. ¡Si he de golver a qué llorar me! Y si no güelvo, te sobrará tiempo pa lágrimas... Hice agarrar tu lobuno. Quiero dir en él por eso: por ser de tu andar. Pensaré que vas en l'anca. Llevaré de "reserva" uno de los ruanos grandes. Este será el primer día que nos séparemos. ¡Pucha, la ausencia! He pasao por cuarenta tiroteos buscando la muerte. ¡Y hoy no tengo denguna gana de hallarla! Paro la escritura, pa escuchar... ¿Lo qué? Nada. Cantan unos gorrones en los ucalitos. Aura pronto comenzará a chispíar en la cocina la leña e mi monte. Aquí he sido güeno. Bajó aquel alero duerme entuavía un pión viejo que jubilamos. En esta casa, a la güelta e cada recorrida, me aguardan las alpargas detrás de la cama y vos detrás de un cimarrón.

¿Allá, qué me aguarda?

¿Gloria? ¡De ande! De eso churrasquean los jefes.

¿Amigos? La coluna yela todo...

Estoy seguro que denguno e los míos se vido en un aprieto ansina... Ellos, ¿qué dejaban atrás? Cuentas... ¡No! Se me va la mano. Aquellos Pimienta dejaron, cuando más, un rancho; pero con una mujer adentro, que los lloró. Eran otros tiempos, Dorila. ¡Qué sé yo! ¡Hasta las peleas te-



YAMANDÚ RODRIGUEZ

nían su razón de ser! Había más empuje... Y después de todo, mis antepasados fueron voluntarios. Les sobraba afición. A mí me falta. Ya he cumplido otras veces con mi conciencia y con mi apelativo. Les entriegué mi sangre. Estamos a mano. ¡No voy!

Quiero que vos, Dorila, vos solita, sepás esto: No pensés que me falta coraje. Es otra cosa. Tal vez me sobra comodidad. ¿Hallás? En el fondo, las hembras que lloran cuando ven a un hombre risuelto a cualquier cosa, gustan de los varones fuertes. A lo mejor, te duele que falte a mi palabra, que me reserte. ¿Será ansina? Tengo ganas de despertarte pa que me maniés o me des el empujón del estribo...

¡Pensalo! Me aguaitan las heladas, el poncho escarchao en cada aclarar, las marchas sin resuello, en recaó o en pelo o a pie. La pelea, el carcheo, el diablo! Puede que el viejo comendante se ráiga u me extrañe y le duela ver afluejar a un Pimienta. Dejuro que me borra de sus recuerdos. Acaso, si alguno me nombra delante suyo, don Florismán Carabajal se saque el sombrero, como ante un di-junto. Yo he muerto pa él... ¡Y güeno! ¡Que sea! ¿Cuándo vamos a encontrarnos con él? ¡Nunca! Puede que hasta lo maten en ésta, sin tenerme a su lao, un paso a retaguardia. Es lo más seguro. ¡El es tan amigo e chamuscarse las barbas en los fogonazos!... Y cuando llegue ese entrevero y me busque y no me halle, grite mi grado y mi apelativo y naide responda, ¿qué pensará el comendante?

## HEROISMO

¡China, no puede ser! ¡Juyo pà la guerra! Me voy otra vez. ¡Perdoname! No quiero llevar mi lanza. ¡Se mi hace que es ridículo cruzar con ella por entre tanto campo arao! Seguime con el recuerdo. La memoria acerca... ¡Ráite del coraje e mis agüelos! ¡Te garanto que, pa salir como yo, a pasar trabajos por aí, sin necesidá, sin cariño, sin ganas, se precisa ser guapo sin güelta!

Estribo sin esperar a que te ricordés. Me faltaría valor si llego a darte un beso. A la hora en que tomés el primer mate ya iré lejísimo, china, no alcanzarás a verme...

Si güelvo, reprendeme... Si no güelvo, rezame. Adiosito.

Pimienta.

---

6 de Abril.

Señora Dorila Flores de Pimienta.

"Puntas del Chingolo".

Apreciable doña Dorila:

Le he dao muchas güeltas a lo que debo e decirle y por más que busco acomodo siempre me resulta dura e pelar la cuestión. Yo era bien amigo del finao. Esto me juerza a tragar saliva y contarle la disgracia. He de dentrarle ansina, a lo que te criaste, en criollo: su marido murió en la pelea de ayer. Esta mañana lo enterramos. Jué sencillo, a lo pobre: un hoyo, cuatro compañeros en cabeza... Faltó el cura por motivo de hallarse en las carretas junto a un malherido. Yo, que ando



## YAMANDÚ RODRIGUEZ

siempre e luto por mis memorias, recordé el sacrificio de los Pimienta y recé allí un Ave María por el último d'ellos. Como amigo, la acompaño en el sentimiento. Por si alguna vez quiere venir a rezarle, sepa que el finao descansa sobre el Paso e Tarariras, unas veinte varas bajando a la derecha. Allí junto hemos dejao seis compañeros cáidos con honor. Al suyo, le puse una cruz de sauce con las iniciales. Si demorase en venir y las señas se hubiesen perdido, no pase cuidao; rece pa todos no más, que el dijunto alférez ha de escuchar lo mesmo.

Doña: Ya el amigo ha cumplido. Aura es el jefe quien le habla: no se avejente por llorarlo. Pimienta ya venía dijunto. No era ni la sombra e lo que supo ser. Murió al ñudo. Una bala lo encontró sin que él saliese a buscarla. Su guapeza se la robaron una cuarta e campo y unas enaguas.

Esto se lo digo y disculpe, pa desaogarme. Es todo lo que del finao alférez piensa su comendante.

**Florismán Carabajal.**

# PACENCIA



OSA!

Indalecio sabe que su compañera no responde sino al mucho rato. Continúa trenzando. Cuando han pasado los minutos de reglamento, insiste, en el mismo tono:

—¡Rosa!

Entonces ella pregunta desde la cocina:

—¿Qué?

—¿En qué anda?

—¿No me pidió que le asara un choco?

—Mesmo...

—Güeno: lo estoy cuidando.

El mozo corta a diente uno de sus famosos tintos delgados como cerdas. Se pone a la tarea, más de araña que de trenzador, y lamenta no tener otro remedio que volver a llamar:

—¡Rosa!

—¿Qué?

—Desde hoy que veo venir al cartero. ¿Quiere allegarse hasta el alambrao?

Mientras ella contesta, Indalecio mira el camino. Al tranco de su mancarrón pampa se adelanta Tucuna, cartero vecinal. Reparte la correspondencia



## YAMANDÚ RODRIGUEZ

del pago, por cinco pesos al mes, con derecho a dormir bajo quinchá "donde lo agarra la noche". Si Tucuna no llena sus funciones debidamente, es por culpa de dos huecos: no sabe leer y "sabe" tomar. Apenas cobra, los pesos de su mesada lo anclan en el primer boliche y las cartas sufren un atraso de "cinco peludos enrabaos".

—¡No puedo descuidar esto!—grita Rosa recién.

Sacude el paisano la cabeza donde se le ganaron por descuido las canas:

—S'tá bien... Yo iré... ¡Pacencia!

Es lo que gasta siempre a falta de dinero: paciencia. Se llama Indalecio a secas. A su finada mamá la suerte no le alcanzó para comprarle un apelativo. Ya lleva cuarenta años de duración. No tiene pasado y es mozo sin porvenir. Un día, al llegar a la adolescencia, se encontró consigo mismo en la cocina de don Gumersindo Chalar, su padrino. Era un yuyo de patio sin raíz y sin flor. Le faltó maestro y ternura. Se abrió una cueva entre el humo y sin nombre, sin plata, sin suerte, se fué dejando estar... En fuerza de no ser nada, no es siquiera bonito, ni feo; peor: es regular. Creció bastante; pero se ven sus dobleces, en el afán de achicarse para no estorbar. Como don Gumersindo le cede sus trajes usados, Indalecio carece de laya. Nadie sabe si su delgadez es falta de carne o sobra de ropa. Suele tener húmedos los ojos y las manos y reseco el guasquerío de su apero mestizado con piolas. Cuando se hizo mozo y ya no cabía en los rincones, empezó a callar para que

no lo vieran tan “patria”... Y llenó el vacío que le dejaron esas desgracias con una segregación de su espíritu humilde: paciencia.

Al cumplir cuarenta años fué ascendido a puestero. Allá en el fondo del campo, se había parado contra los alambres un rancho potro. Le fué ofrecido. Cada semana el gurí llevaría un cuarto de oveja. Aceptó. La tapera quedaba al borde de un camino feo, sin trillo, cortado, por culpa de sus pozos en invierno y de la fama de esos pozos en verano. No era “distraidor”. Sólo podría cruzarlo algún perdido...

—¿No decís que te gusta la soledá, ahijao?

—Sí; padrino — repuso.

—Allá la tendrás...

Sueldo no le ofreció. ¡Cómo don Gumerşindo iba a faltar al sacramento! A Indalecio le dolía “cortarse” solo, sin ambiciones, sin recuerdos... Hubiérale gustado siquiera reunir unos pesos para remendar sus guascas... Mas, ¿cómo pedirlos? Jamás había pedido nada... Se pasó sin ellos.

—¡Pacencia!

Aquí sigue en la estaca de su timidez. Para poder mover, al menos, los dedos, se hizo trenzador. Fué su maestro un viejo Saura, ex presidiario, peleador con facha de “aporreao”. Gracias a él, Indalecio cortó lonja, tiempo y campo; porque al trenzar siempre soñó que era un “alzaio”. Así tuvo riendaje. Su lobuno lo miraba trabajar. Monologaba. El puestero clavaba la lezna heroicamente, daba puerta a la imaginación y salía buscando su



*YAMANDÚ RODRIGUEZ*

eterna querencia: la audacia. Quería probar el cinismo, una vez, nada más. Ser atrevido en algo. ¡Salir a cortarle el rabo a mandinga!

Lleva tiempo en esto.

Hoy todavía, apenas atardezca, montará en un soliloquio a esperar la primera ocasión...

Como Rosa no oye llegar a nadie, abandona el choclo y se asoma a la puerta de la cocina:

—¿Y ese cartero, Indalecio?

—Ai está.

—¿Ande? — pregunta porque no puede moverse. Como tiene los ojos ocupados, sigue “mirando” el choclo con la nariz. Olfatea.

—En el camino. Se ha parao...

—¿Pa?

El, cachaciento, sigue informándola.

—Quiere armar un cigarro... Lleva rotas porción de hojillas... Ha de andar chupao...

Rosa se opone. Ha dado con el secreto.

—¿Usté sabe qué día es hoy?

—Sábado — responde inseguro.

—Qué día del mes — explica. — Malíce...

—No doy.

—Hoy es seis, lo que menos... Lo dice el pulso e'Tucuna. Está visto que cobró al dentrar el mes y recién se dispierta...

Con la mayor naturalidad, Indalecio asiente:

—Claro.

Y vuelve a su trabajo. Rosa bosteza y en el medio, pregunta:

—¿Esto que está principiando es otra cadena'e reló?

—Eso es.

Hace medio año cayó al boliche de los Badía un forastero con tres curiosidades: el barbijó, los gemelos para puños y la cadena de reloj, hechas con tientos y tiento. El trabajo era digno de un presidiario o de un monje. En sus complicaciones yacían seis meses de renuncia, de suicidio...

—Es cuestión de pacencia... —dijo el dueño.

Los otros se volvieron hacia Indalecio.

—Vos que sos guasquero a lo zorro, repará en ese trabajo y nos hacés una media docena...

Rieron mucho. Encontraban feliz llamar zorro a la gallina. El puestero sonrió. Mientras pudo, dió vueltas entre sus dedos los gemelos y el cabrestito del reloj. Se los llevó en la retina. ¿Qué distracción, qué nota de color podía borrarlos? Ninguna. Y se puso a pelear con aquello: a ratos, entre la siesta y el estribo; luego, de tardecita, al soltar al lobuno que no se iba por mirar. Los domingos le pegaba de sol a sol. Meses... Por fin terminó, y como no tiene mueble donde guardarlo, aquel juego diminuto, manoseado, negro, se pasa el día saltando a lo pulga del catre al apero.

—¡Rosa!

—¿Qué?

—¿Quería saber pa quién trabajo esto?

—Sí es gustoso...

—Pa don Claro de León.



## YAMANDÚ RODRIGUEZ

Pero Rosa no lo conoce. Es preciso ilustrarla: Don Claro es la tranquera, la mano y el cinto más abiertos del "país". Pobre que necesita aviarse de unos reales no tiene siquiera que pedirselos. El no le da tiempo. Basta con que llegue, salude y "entre" a suspirar. El estanciero no le deja salir "vacido". Cuando no es un peso, son dos. Y si al primer suspiro se "enanca" cualquier ademán desesperado ¡entonces son cinco los pesos! La vez que alguno fué a pedirle prestada, derecho, una libra esterlina, el viejo gaucho entregó el cinto, como quien entrega el rodeo, para que el otro apartase cuanta "doradilla" anduviera precisando...

—¿Pero usté, Indalecio, es capaz de galopiar hasta allá?... ¿Hast'ande?

—Buricayupí.

—¿Cuatro leguas?

—Seis — aclara Indalecio.

—Seis leguas... ¡Y, como si lo viese: en la tranquera llama a un peón, le entrega el presente pa que se lo dea a don Claro de su parte y pega la sentada pa'trás, todo colorao!

Rosa ha tocado en la matadura del compañero.

—¿Y aura? ¡Usté tamien dentra a decir que soy tímido! ¿Tiene derecho? Piensélo...

La moza se incendia:

—Por lo menos, vergonzoso...

—Bien criaio es lo que soy... Dispués, no hay pa qué. Diendolé con un presente ansina, don Claro de León es capaz que me meta la estancia en un bolsillo.

La entusiasma. Sube por Rosa la oruga de la tentación. Sonríe mostrando más que sus dientes amarillentos, las encías. ¡Hace tanto que espera una peinilla!

—¿Cuánta plata carcula tráir?

El abre una pausa para perspectiva de la cifra.

—Diez pesos.

Rosa se espanta. ¡Quién sabe qué vanidad va a despertar en ellos la riqueza! Desea que Indalecio no vaya...

—¿Y pa qué quiere tanta plata?

El interrogado se pone a sacarle punto al bigote. Mira hacia el suelo. Busca entre los yuyos... ¿Se le habrá caído la respuesta? Verdaderamente, no precisa nada. Tiene caballo, rancho, asador y mujer. Tal vez hasta le sobre algo...

—La verdá: ¿pa qué?

Y al final de la frase se enreda con el:

—¡Buenas tardes! — de Tucuna.

—Güenas.

—Abajesé...

—Gracias. — Con acompañamiento de talones, mientras se aproxima, explica: — Creo que ando un poco dimorao...

—¿Ande pasó la semana, correo?

Por entre el pajonal de las cejas, bicha a la curiosa; empieza a sacar de un bolsillo las cartas arrugadas y húmedas.

—En la almacén de Mendurri. — Se inclina hacia Rosa. — A ver, aquí tiene la tropilla 'e cartas. Corte la de ustedes...



YAMANDÚ RODRIGUEZ

—¿Qué la trujo, Rosa?

—Mucho dolor... — Nerviosa, exprimía los dedos hasta “sacar mentiras” Bajó la pantalla muy usada de los párpados. — Mucho dolor — repitió. — Anoche, tata, mamao, me dió una soba.

Cómo si entendiese, la paleta se puso a llorar grasa.

A pesar de todo, era una mujer y no había precisado ni anca para llegar al “puesto”. De cerca resultaba fea; pero él era muy pobre para andar eligiendo. No la quería; mas se quería. La moza llevaba tras ella, desgarrándola, el rencor afilado del alférez Núñez. Sin duda, el viejo estribaba a esas horas para caer a lo indio. Llegaría a sacársela. Era una topada, por lo menos, y ese duelo equivalía al amor. Casualmente, no le vendría mal un poco de sangre “pa” resbalar y dejarse ir camino abajo hasta dar con la suerte.

Y Rosa acampó.

Pasaron semanas. El empujón del viejo no llegó nunca. El amor tampoco. Se unieron. ¿Cómo impedirlo? A Rosa la empujaron sus hermanas, burlonas. Creíanla condenada a la vertical de su fealdad. Inocencio fué el mentís. Para el mozo, ella era mucho más: fué la tranquera que nunca había alcanzado, por “corto”; fué el salto sobre el hueco del apelativo; fué la conquista, sin el gasto de una sola palabra, sin la dispersión de aquella partida de gestos audaces que él venía empollando en la fantasía, para gastarlos en la primera mañana que despertase audaz.

## P A C I E N C I A

Pero no se tutean. No son casados...

Meses después, cierto atardecer, Rosa preguntó por vez primera:

—¿Me quiere?

—Tal vez no más...

Mentía. Habíase aquerenciado con ella, apenas. Le gustaba más que las otras. También la yerba le gustaba más en su mate. Eso era todo. Vivían. El se resignó a perder la mitad del catre. Ella se conformó con acostar la mitad del cuerpo. Están siempre cerca. Sentados, mirando a dos rumbos. Son muy pobres. Economizan hasta vocablos. Han llegado a calentar todo un día con cuatro palabras.

Esta tarde, el diablo les ha traído una carta.

—¡Abralá, Rosa!

—Hay tiempo.

—¿No ha perdonao a su tata?

—Yo sí... pero maliceo que él a mí, no.

Decídese. Abre con una horquilla el sobre. Lee:

“Indalecio: Después de saludarlo, paso a decirle que se viene acabando el plazo fijao pa su casamiento con Rosa. Este jueves dentraremos en el año. Mis renglones van pa prevenirle que el domingo...”

—¿Mañana? — interrumpe él.

—A la cuenta...

—Prosiga.

Obedece: “Dentraré al puesto a ver si me cumplió su promesa. De lo contrario, si m’hija sigue



*YAMANDÚ RODRIGUEZ*

soltera, se la quito y me la traigo, pues tenemos aquí quien se acollare con ella. Sin otro particular, reciba un saludo de su seguro servidor. — **Evaristo Núñez.**”

Rosa apoya los codos en las rodillas. Inmóvil, encorvada, silenciosa, se pone a llorar. Sus lágrimas caen directamente sobre un yuyo. Indalecio la imita. No llora: suda. Las gotas mojan otro pastito.

—¡Rosa!

Al rato, como cuando era feliz sin saberlo, responde:

—¿Qué?

—¿Usted qué piensa?

—Y... nada... — Diría muchas cosas. Asila una emoción desconocida; pero no tiene más que palabras viejas, muy usadas y se conforma con sacudir los hombros, sin agregar más.

—¿Quiere golver a su casa?

—¡Y... qué más remedio!

Por primera vez en cuarenta años, le duele ser pobre.

—¿Va'seguir llorando?

La muchacha desea secarse. No lo consigue. El, tórrido, levanta la cabeza.

—¡Pucha!

Mira su rancho, lo encuentra desconocido: sillón, doliente. Al costado le sale el tumor del horno. En este esquinero unos cuantos terrones cansados, apeáronse con ganas de volver a ser campo. Fué la tapera. Lo es aún. Está lleno de insectos. Se

arrimó al alambrado para rascarse. Revista el mueble: un catre de tijera, con el poncho boca abierta, asombrado de tanta mugre. Después, un hueco, y en la otra punta, el apero: cuatro guascas. Nada vale un peso. Precisa muchos... ¿Y su juego de tientos? ¡Respira!... De pronto, nota que su amiga habla. Oye sólo el final enhebrado con tres hipo:

—...Tata es porfiao... Como él se casó, ¿sabe? Quiere que me ponga en ley...

—Claro.

Sale al campo. Vuelve con el lobuno. Ensilla.

—¿Se va?

—Pa Buricayupí. Via'lllevar el presente.

—¿Cuálo?

—Mi juego... Por algún ujero había que salir. Su tata no es hombre de aplazar... No se pre-cupe. ¡Total, no tengo el perro, pa qué quiero cadena!

Levanta los hombros. Agita sus alones ridículos y canta:

—¡Pacencia!

Ella vuelve a llorar. Garúa sobre la sequía de palabras dulces. Así quedan clavados, uno frente a otro, sin mirarse.

—Indalecio, ¿me quiere?

—Y... ¡quién sabe no más!

Ahora está seguro de ello. Acaba de dar con su secreto. Hace tiempo que venía sintiendo corto el



*YAMANDÚ RODRIGUEZ*

camino a las casas. El mismo que antes estiraba el hambre. No malició. Ya sabe. Es ella. Continúa callado. Allá abajo, en el instinto, tiene miedo de enjaularse. ¿A qué hablar de esas cosas? ¿“Pa” que se hinchen?

Rosa le alcanza un trapito que quiere ser pañuelo.

—¡Tome!

—Güeno, lo usaré. — Anuda su golilla de seda. Las hilachas adhiérense a las uñas. Le erizan...

Y sin un abrazo, sin una palabra, sin una mirada, monta a caballo.

—¿Piensa pasar por lo e' Mendurri?

—Si es fuerza...

—Me trái una peinilla, ¿quiere?

—Está bien.

Galopa. Cierra la noche. Cuando vuelve la cabeza, su rancho es una mancha, un pedazo más sucio. Sigue el rumbo. Empieza a ver el cielo, agujereado, techo de pobre. De tanto en tanto, toca los bolsillos para cerciorarse de que el juego trenzado no se ha vuelto a la querencia del catre. Y llega al boliche de Mendurri. En ese momento el vasco cierra su puerta. Oye pisadas. Pero no abrirá hasta saber si le conviene...

—¡Pulpero!

—¿Quién es? — grita el vasco desde adentro.

—Indalecio.

—¿Cuál?

—El ahijao de Chalar...

Nunca ha sido cliente. Es una visita. Sigilosamente, Mendurri, tranca.

—¿Qué se le ofrecía, Indalecio?

—Nada, pasaba y me allegué.

Tras una pausa y un bostezo, el comerciante se despide:

—Güeno; ya lo he visto y me via'dormir...

—Escuche: ¿ánde queda el juzgao?

—Ai del palmar de Rivera una media legua a la derecha... — Y sigue el rosario de datos, donde figuran desde un cerro hasta un tala igual a otro millón de talas...

—Vasco, me perdona tanto curioso, ¿no? No tengo otro remedio: ¿sabe cuánto cobra el juez por un casorio pa pobre?

—¿En qué dablura anda?

—¡Conteste!...

—Doce pesos, creo...

—¿Quiere apadrinar una boda?

—¿Cuándo?

—Mañana...

Piensa Mendurri un instante:

—Mal día, muchacho... ¡Domingo! Tengo mucha gente. ¿No puede demorarlo hasta el lunes?

—¡No puedo!

—Fijáte vos... Me fastidea no poder prestarle ese servicio...

—Qué se va'cer, Mendurri... Güeno, hasta la güelta... Disculpémé que no abaje; porque llevo apuro...

Tras la puerta el otro grita:



—¡Ta disculpao!

Ya encontrará padrino. Galopa. El lobuno porfía hacia la querencia. Desde que fueron tras los cerdos al Espinillo, no volvió a dejar el potrero. Indalecio lo reprende. ¡Marcha tan animado!

—¿Cómo estará el viejo De León?

Porque lleva diez años sin verle. Piensa en esa larga llovizna de días. Le han dicho que el tiempo enfría a la gente. ¿No habrá obligado a don Claro a cerrar sus impulsos? A poco, argumenta en contrario:

“No hay peligro. Se nace generoso lo mismo que barrigón... Con cuerda para toda la vida. El natural porfía.” Se propone no dar cotejo a la reflexión: “Apenas el viejo se rasque el tirador — afirma — ya me tiene con él.” Pero una lechuza le roza el chambergo con una de sus alas. “¿Y si se hubiera muerto De León?”

En parecida discusión se acerca a Buricayupí. Lamenta no haber podido tomar una copa, para entonarse. “¡Después de todo, es lo mismo! — corrige. — ¿Pa qué día fuí juntando tanto coraje?” Esos huevos debe echarlos ahora que la ocasión viene “culeca”. Encuentra que ya no es delito pedir. Rosa ha hecho el milagro. En un año pudo más en él que su natural en cuarenta. Se dice esto muchas veces. En seguida se apercibe de la contradicción. “¿Entonces don Claro ha cambiao también?” No le conviene. Debe hacer triunfar el instinto. En consecuencia, vuelve a tener miedo de su coriedad...

Tropieza el lobuno y se arrodilla varias veces.

—¿Irá rezando mi caballo pa que tenga suerte?  
— se pregunta.

Quédale una legua de camino. La recorre ausente, olvidado del problema, que media hora después ha crecido. Al encontrarlo de nuevo se asusta. Divisa la estancia. Abre, más tarde, la tranquera e ignora qué sorpresa le tiene amartillada. Desea que el dueño no se encuentre en "las casas". Avanza al paso. Es medianoche. Así que se acerca, no sabe qué presagio le estruja el espíritu. Todo calla. En el fondo parpadea un candil. Los muros palidecen a trechos bajo la luz silenciosa de la luna. Tiene miedo de haber llegado tarde. En mitad del patio empieza a aullar un perro de sombra larga. Alguien saca la cabeza:

—¡Juera, sarnoso! — Distingue a Indalecio. —  
¿Quién va?

—Cuasi naide — contesta achicado por el presentimiento. — ¿Me hallo en la estancia 'e De León?

—En efeto.

—¿Don Claro.... vive?

—¡Avisé! — contesta el interrogado. — Está durmiendo.

Indalecio explica. Desensilla. Duerme.

Cuando "quiere" clarear, apera al lobuno. El estanciero lo recibe a la antigua: con churrasco.

—Sientesé. — Le mira un buen rato. — ¡Pero si usted es el ahijao de Chalar, pues!

—Pa servirlo, señor...



*YAMANDÚ RODRIGUEZ*

—¡Indalecio! — Vuelve a darle la mano.—¡Coma sin cortedá, m'hijo, a lo yegua! — Ve el lobuno ensillado. — ¿Cómo? ¿Se quiere dir ya? — Sin esperar contestación, grita desde la puerta: — ¡Ota-vio!

Todo esto con los bigotes blancos de fariña, la servilleta en una mano y el cuchillo de oro y plata en la otra. Tiene ojos verdes; pero es hombre maduro, de atardecer apacible y juventud endiablada. Indalecio aprovecha un silencio y entrega su presente:

—Sirvasé.

Don Claro, que es entendido en guascas, admira. Se entusiasma. Se emociona.

—¿Y ánde lo compró?

—Yo lo hice, señor.

—¿Pa mí?

—Eso es.

—¿Y en cuánto tiempo?

De cabeza gacha, el trenzador pide disculpa: no supo hacerlo mejor... demoró poco... meses, no más.

—¡Dejemé que lo abrace, amigo!... ¡Usté es más que yo! ¡Es un artista! Desensille...

No puede. Explica. Gasta todo el coraje en una alusión: "Tiene que volver al rancho. Dejó la china sola y con ganas de casarse." La indirecta resulta chiste. Don Claro ríe estrepitosamente. ¿Cuándo aparecerá el famoso cinto? Tal vez sea en la despedida. Indalecio deja apagar la conversa-

ción. Espera. ¿Qué pueden tener para trenzar un tema? Algunas preguntas... Pocas. Ya las han quemado... Entretanto, De León está en un conflicto. No quiere ofender a un artista y quiere retribuir su obsequio. ¿Cómo?

—Güeno... — Indalecio se yergue, suspira.

—¿Y qué puedo ofertarte, muchacho? — Si le tutea es para intimar. — Pedí...

No contesta. Enrojece. Tortura el chambergo...

—¿Por qué te ponés colorao, Indalecio? No quise ofenderte... Te lo digo porque aquí no vienen más que cuando precisan algo... ¿Sabés?

El visitante está a punto de confesar, pero una alabanza del estanciero le contiene.

—Güeno. No es preciso que te defendás... Sos un criollo pobre y altanero, de los que a mí me gustan. — Abandona el comedor. ¿Traerá el cinto?

No le trae; pero trae un juego de boleadoras de piedra, retobadas en cuero crudo.

—M'hijo — dice. — Estas boleadoras no valen un rial. Son de piedra india, cinchada. — Le ofrece una bola. — ¡Tantiá! Mi tata, que Dios guarde, las retobó en sus mocedades... ¡Calculáله cien años! Yo me crié rispetándolas por ancianas y por fieles... ¡Aquí ande las ves, secas y sucias, una uca-sión le salvaron la vida al finao mi padre! Te vi'a contar aquelo pa que sepás si las tendré en estima: jué cuando la retirada del Daymán. Venían bajando al paso el Chingolo...

Y el tropel pasa por el comedor desparramando los restos del desayuno. Llegan entreverados, en



pelotón: un camuati amargo. De tanto en tanto hacen pie firme, giran y avanzan. Ahora aquella lanza se estira, prende en el racimo, arranca un gaucho y lo deja atrás, de cara al sol...

—En esas amarguras le mataron a mi tata el zaino 'e las sierras. Desde el suelo, a las cuerpiadas, los invitó: "¡abajen!"... La pelea se ha ido refalando más lejos... Dos de los envitaos abajan y lo cargan al viejo, en aparcería.—Ganado por el combate, don Claro de León levanta las boleadoras.—Ai jué donde dentraron éstas que ves aquí... El finao las revoleó. Sobre la cabeza del guerrero, debieron parecer su corona de chimangos... Siempre tuvo vista y brazo, y era gallo... Los alcanzó a picar en la frente, dos veces, m'hijito. Sus enemigos cayeron y él salió con el hilo en una pata... Ansina jué. — El narrador mira las boleadoras largo rato. — Son tuyas, Indalecio: ¡llevatelás!

—No, señor... No es eso — balbucea. E intenta explicar; pero De León lo impide.

—Ya sé que no buscás recompensa, muchacho... ¿No te dije que no valen un rial? Usalas, no más. Podés hacerlo. Sos más decente que muchos... ¡Quién sabe qué criollo de mano abierta y campo abierto jué tu señor padre!... ¡No pensarás desairarme!

No puede. Para eso tendría que hablar y ahora, ¿cómo hacerlo? Acaba de pasar por bueno, resultado custodio de virtudes antiguas... ¿Cómo achicarse pidiendo limosna ante el primer hombre que le

habló bien de su tata? Ya no se trata de timidez. Es asunto de familia. Acepta.

—¡Pacencia!

Regresa. Ahora el lobuno quiere galopar. No lo deja.

—¡Pa qué me' de apurar!

No puede llegar a tiempo. Si galopa, tal vez el alferez Núñez que salió por la hija, encuentre la muerte. Estando en su rancho no se dejaría sacar a Rosa... Ahora ya ni tiene el consuelo de patinar en un coágulo. No quiere, no debe poner sangre entre su fea y él. ¡Que se la lleve! Desprende de su cintura las boleadoras que lo golpean. Sofrena. Arroja al suelo aquellas tres víboras cabezonas. Le saca el freno al lobuno. Y se echa de bruces sobre el camino... Quisiera dormir. Un recuerdo, uno solo, no lo deja: fué aquel día que Rosa agenció un gajo de clavel con un botón. Esperaba hacer una quinta y tapar el rancho. ¡Cuántas vueltas dió! Andaba de un lado para otro. En silencio siempre. Tucuna empezó por llevarle del boliche una lata vacía. Ella la llenó de tierra, agachada, mostrándole de atrás las medias zurcidas y hasta las ligas de trapo, disimuladas con un lacito. Luego, le puso abono... Marchó después con todo hasta el barril... La tarde pasó trabajando y cantando un arrorró. ¿Qué pensaría? ¿Que era un gurí el gajo? Iba a enterrarlo para que viviese. ¡Las cosas de aquélla! Recuerda que en una de esas vueltas le preguntó: "Hace luna creciente, ¿no?" "Jus-



YAMANDÚ RODRIGUEZ

to." Era el cuarto de plantar. Convenía. Entonces, luego de esperar que entrase el sol, terminó su tarea. Y cómo será de triste el rancho, que a pesar del trabajo de Rosa, del abono, de la luna y demás, aquel gajo, que tenía un botón, no prendió.

A las cinco de la tarde llega a lo de Mendurri. Se arrincona. Allí espera que acabe de pasar aquel domingo tan lunes. Son muchos los parroquianos. Vecinos. Burlones. Les hace cosquillas la primera caña y ríen. A Indalecio suelen caerle con burlas. Hoy encuentran en los ojos de "Pacencia" algo que los "sofrena". Desde otro rincón, el más distante, gritando por encima de la concurrencia, un "mamao" le convida:

—¿Gusta servirse de algo?

Quisiera, necesita una caña. Pero le falta dinero "pa corresponder".

—No tengo voluntá... Gracias...

Menos mal que la angustia va a emborracharle. ¿Duerme? Mendurri lo despierta.

—¿Sigue en la idea de casarse, Indalecio?

—No, señor — responde. — Jué broma...

Vuelve a su modorra. Pero no lo dejan en paz. Ha ocurrido cerca algo desusado.

—"Pacencia", ¿quién es un hombre que la polecía prendió ai pa ese lao de Chalar?

—¿Cuándo?

—Hoy temprano.

—¿Cómo es él?

—¡Viejazo! — grita voluntario el borracho.

—No sé. No me importa. ¡Mi suegro no ha 'e ser!...

Causa gracia otra vez. Todos ríen hasta saciarse. Por décima vez, el ebrio, único testigo, repite la historia:

—El sargento lo venía rastreando de muy lejos. Lo alcanzó ai en el trigo 'e los Alegre, de la cruz vieja pa allá, unas varas... Al prencipio el preso hizo mención de hacer armas. Pero se ablandó, y cuando, de güelta, pasaron frente a este negocio, ya iban los dos razonando... Parece que anoche el arrendador llegó a cobrarle la "media", hablaron y se retiró bastante lastimao...

Sigue el retrato temblón del preso: peludo, chiquito, bravísimo. "Bastante parecido al alferez Núñez", piensa.

Por fin anochece. Indalecio, cuando nadie le mira, huye del almacén. Es el lobuno quien lo lleva al "puesto". Cuando alza la cabeza se encuentra con su rancho. Los dos callan. Todo está en silencio, a oscuras. La sombra llena la tapera hasta la puerta. ¡Ahora Indalecio para qué quiere aquel hueco! No entra.

—¡Qué vi'hacer aura con todo esto, amigo! Es al ñudo...

Se sienta en el suelo.

—¡Pacencia!

No desensilla. No cree poder quedar allí. Se irá camino abajo. El silencio lo envuelve y empieza



*YAMANDÚ RODRIGUEZ*

a ahogarle. A esa hora, todas las noches llamaba a su compañera para que “ganase” el catre... No puede resollar. Y, por defenderse del nudo de sombra que le aprieta el tragadero, por ladrar a la luna, por dejar el nombre de ella sobre los terrores para siempre, grita:

—¡Rosa!

Espera...

Nadie responde. ¡Le han dejado solo!

—¡Pacencia!



# INDICE

---

|                                 | <u>Página</u> |
|---------------------------------|---------------|
| Flor de Cerco .. .. .           | 5             |
| Cansancio .. .. .               | 17 ✓          |
| El Agradecido .. .. .           | 31 ✓          |
| El invitado de Larriera .. .. . | 47 ✓          |
| Jazmín .. .. .                  | 61            |
| De Apuro .. .. .                | 71            |
| Liboria .. .. .                 | 83 ✓          |
| Manso .. .. .                   | 95 ✓          |
| El Rapto. .. .. .               | 105           |
| Aquella.. .. .                  | 123 ✓         |
| La carta de Julián .. .. .      | 137           |
| Allá en la chacra. .. .. .      | 145 ✓         |
| Cimarrón .. .. .                | 159           |
| Sandalio. .. .. .               | 167           |
| Perdón .. .. .                  | 179           |
| El pariente de Larriera .. .. . | 189           |
| Heroísmo. .. .. .               | 201           |
| Pacencia. .. .. .               | 219           |



Rodriguez, Lamandú, 1891-  
1957. 100000.

HUALLPA TUPAC